153

C. Della Croce

Bertoldo / Bertoldino y Cacaseno

Barcelona 1907

HISTORIA
E LA VIDA, HECHOS Y ASTUCIAS
DE
ERTOLDO,
LDINO Y CACASENO

RAL Y DIVERTIDÍSIMA, DONDE HALLARÁN
ENDER Y ADMIRAR EL IGNORANTE Y EL SABIO

POR

C. DELLA CROCE

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO



BARCELONA
CASA EDITORIAL SOPENA
PROVENZA, 95
1907

Imp. y estereotipia de la casa editorial Sopena.—BARCEL(

ɪERTOLDO, BERTOLDINO Y CACASENO

LIBRO PRIMERO

A manera de introducción.

ɪando Albuino, rey de los lombardos, dominaba asi toda Italia, y residía en la hermosa ciudad ʼerona, llegó un dia á palacio un labriego que ɪ por nombre Bertoldo. Era hombre de aspecto ɪe y repugnante; pero donde faltaba la per- : de su persona, suplía la sutileza y vivaci- , su ingenio; pues era muy agudo y pronto en ɔnder á cualquier pregunta ó en resolver cual- ' asunto. Además, era sumamente malicioso y ɪtural melancólico, como generalmente suele tecer á toda la gente rústica.

drás formarte cabal idea de su aspecto leyen- siguiente descripción de la figura de Ber- :

Era pequeño de cuerpo; tenia la cabeza abultada y redonda, á modo de bola; la frente muy arrugada; los ojos rojos, brotando fuego; las cejas largas y cerdosas; las orejas de pollino; la boca grande y torcida, con el labio inferior colgando, á modo del de los caballos; la barba bermeja, y tan larga que le llegaba al pecho, concluyéndole en punta como la del macho cabrío; las narices agudas, respingadas y largas en extremo; los dientes le salían de la boca á modo de colmillos de jabalí; tenía tres ó cuatro papadas, y su hablar semejaba el hervor de unas cuantas ollas que cocieran á la lumbre; tenía las piernas enjutas y huesosas, á manera de nigromántico; los pies muy largos; el cuerpo sumamente velludo, como si lo llevara cubierto con una piel de oso.

Llevaba medias de lana, con más remiendos que puntos; zapatos muy gruesos con tacones muy altos. De este hombre podía decirse que era la antítesis de Narciso.

Audacia de Bertoldo.

Llegado que hubo Bertoldo á palacio, atravesó las antecámaras y, sin cuidarse de la sorpresa que ocasionaba su visita á los grandes palaciegos, se introdujo por entre la turba de éstos hasta el lugar en que se hallaba el Rey, al lado del cual se sentó con el sombrero puesto y sin hacer la menor cortesía ni acatamiento.

El Rey era benigno y piadoso, y gustaba de ver semejantes figuras; así, imaginó que este hombre sería de ingenio gracioso y bufonesco, considerando que muchas veces suele infundir la Naturaleza con algunos dones particulares, que no á todos se les

concede, una gracia tan especial. El Rey, sin dar muestras de enfado ni alteración, comenzó á preguntarle afablemente:

Primera plática entre el rey y Bertoldo.

Rey.—¿Quién eres tú? ¿Cuándo naciste? ¿De qué tierra eres?

Bertoldo.—Yo soy un hombre, nací cuando mi madre me parió, y mi tierra es este mundo.

Rey.—¿Quiénes son tus ascendientes y descendientes?

Bert.—Las judías en la olla; porque, cuando se cuecen, suben y bajan, y comiéndolas yo vienen á parar á mí.

Rey.—¿Tienes padre y madre, hermanos y hermanas?

Bert.—Los tengo; pero todos han muerto.

Rey.—Pues, ¿cómo los tienes, si han muerto?

Bert.—Porque cuando salí de mi casa los dejé á todos durmiendo, y por eso digo que han muerto; yo hallo tan poca diferencia de lo uno á lo otro, que estoy convencido de que el sueño es hermano carnal de la muerte.

Rey.—¿Cuál es la cosa más veloz del mundo?

Bert.—El pensamiento.

Rey.—¿Cuál es el mejor vino que hay?

Bert.—El que uno bebe en casa ajena.

Rey.—¿Cuál es el mar que nunca se llena?

Bert.—La codicia.

Rey.—¿Qué cosa es la más fea que se puede dar en un joven?

Bert.—La desobediencia.

Rey.—¿Cuál es el defecto que se puede notar más en un viejo?

Bert.—La lascivia.

Rey.—¿Y en un comerciante?

Bert.—La mentira.

Rey.—¿Cuál es aquella gata que por delante te lame y por detrás te araña?

Bert.—La mujer ramera.

Rey.—¿Cuál es el peor fuego de una casa?

Bert.—La mujer viciosa y la lengua de un criado.

Rey.—¿Cuáles son las enfermedades incurables?

Bert.—La locura, la gangrena y las deudas del tramposo.

Rey.—¿Quién es el hijo que quema la lengua á su madre?

Bert.—El pabilo de la vela.

Rey.—¿Cómo me traerás una criba con agua, sin verterla?

Bert.—Esperaría á que helase, y congelada la traería sin verterse.

Rey.—¿Qué cosas no quieren hallar los hombres, á pesar de buscarlas?

Bert.—Los parásitos de su cuerpo y los puntos de sus medias.

Rey.—¿Cómo cogerías una liebre sin perro?

Bert.—Esperaría á que estuviese guisada, y entonces la cogería.

Rey.—Tú tienes buenos sesos, si se vieran.

Bert.—Y tú mejor humor, si no comieras.

Rey.—Ea, pídeme cuanto quisieres, que estoy dispuesto á dártelo.

Bert.—Quien no tiene nada suyo, mal puede dar á otros.

Rey.—¿Por qué crees que no te puedo dar lo que me pidas?

Bert.—Porque yo ando buscando felicidad, y tú no la tienes, y así no me la puedes dar.

Rey.—Para saber si soy feliz, ¿no basta el verme sentado sobre este alto trono?

Bert.—Aquel que más alto se sienta, está en mayor riesgo de caer y precipitarse.

Rey.—Mira cuántos caballeros andan alrededor de mí para obedecer mis órdenes.

Bert.—También los hormigones andan alrededor del árbol, y le roen la corteza.

Rey.—Pues yo luzco en mi corte como brilla el sol entre las más lúcidas estrellas.

Bert.—Tienes razón; pero yo veo mucha obscuridad en la adulación.

Rey.—Bien, acabemos: ¿quieres quedarte en la corte?

Bert.—El que se halla en libertad, no debe buscar la esclavitud.

Rey.—¿Qué te movió á venir aquí?

Bert.—El creer que un Rey fuese más alto que los demás hombres, con diferencia de diez ó doce pies, y pensar que sobresaliese por entre todos los campanarios y tejados; pero ahora veo que eres un hombre como los demás, y que no tienes más diferencia, fuera de ser Rey.

Rey.—Así es verdad. Confieso que soy hombre como los demás en la estatura; pero en poder y riqueza sobrepujo, no sólo diez pies á los demás, sino más de mil varas, y ahora sólo deseo que me digas, qué te mueve á hacer semejante discurso.

Bert.—El borrico de tu factor.

Rey.—¿Qué tiene que ver el asno de mi factor con la grandeza de mi corte?

Bert.—Te diré: el asno ya rebuznaba lo menos cuatro mil años antes de que tu corte existiese y de que tú vinieras al mundo.

Rey.—¡Ja, ja, ja! ¡lindo asunto has hallado para hacerme reir!

Bert.—Siempre abunda la risa en la boca de los 'ocos.

Rey.—Tú eres un rústico malicioso.

Bert.—Mi naturaleza permite que lo sea.

Rey.—Yo te mando que al instante desaparezcas de mi presencia; y si no, te haré echar para tu vergüenza y escarmiento.

Bert.—Yo me iré; pero advierte que las moscas son de una calidad y naturaleza tan porfiada, que aunque las echen, vuelven; y así, si tú me mandas echar, tengo de volver á importunarte.

Rey.—Pues vete; y si vuelves delante de mí como dices que hacen las moscas, mandaré que te corten la cabeza.

ALEGORÍA PRIMERA

La ciencia es amable, aunque resida en un hombre rústico y mal parecido, cuyo aspecto demuestre ser de no cultivada inteligencia.

Con el auxilio de la ciencia el hombre prudente afronta los más graves peligros.

Astucias de Bertoldo.

Salió Bertoldo de palacio, fuése á su casa, se montó en un borrico muy viejo que tenía, todo lleno de cuartos y mataduras, y casi comido de moscas y se volvió de nuevo á palacio, acompañado de millares de moscas y de tábanos que acudían al olor de la carnaza, de modo que todos juntos hacían un nublado, que apenas dejaban ver á Bertoldo; el cual, llegando á la presencia del Rey, así dijo:

Bert.—Ya me tienes aquí, Rey mío.

Rey.—¿No te dije que si volvías delante de mí como las moscas, te haría cortar la cabeza?

Bert.—Las moscas, ¿no van sobre las mataduras?

Rey.—Ciertamente, así van.

Bert.—Pues yo vuelvo sobre esta matadura gangrenada y llena de moscas, que al borrico y á mí casi nos tienen comidos; ya ves que cumplo lo que prometo.

Rey.—Desde luego te califico de hombre de grande ingenio; anda, que yo te perdono. ¡Hola! criados: llevadle y dadle de comer al punto.

Bert.—No come á gusto el que aun no ha acabado la obra empezada.

Rey.—Pues, ¿tienes que decirme otra cosa?

Bert.—Aun no he empezado.

Rey.—Ea, quita de ahí esa peste; y tú retírate luego de mi presencia; porque veo llegar dos mujeres, y es probable que vengan á que las dé audiencia. Después que las haya despachado podrás volver aquí.

Bert.—Ya me retiro; pero advierte que debes dar la sentencia justa.

Pleito de las dos mujeres

Llegaron las dos mujeres á presencia del Rey, una de las cuales había hurtado un espejo á la otra; la dueña del espejo se llamaba Aurelia, y la que lo había hurtado se llamaba Lisa, y tenía en la mano el espejo. Aurelia, querellándose ante el Rey, así dijo:

Aur.—Señor: has de saber que esta mujer entró anoche en mi cuarto, y me hurtó el espejo que tiene en la mano; yo muchas veces le he suplicado

que me lo devuelva, y ella no quiere devolvérmelo; y así, vengo á tu presencia, para que, como Rey y señor justo, hagas justicia.

Lis.—Señor, no es verdad lo que dice; el espejo ha muchos dias que lo compré con mi dinero; y no sé cómo esta pícara tenga la osadía de pedir aquello que no es suyo.

Aur.—Justísimo señor, no dés crédito á las mentiras de esta mujer, porque es una conocida ladrona que no tiene conciencia; y sepa V. M., que si no fuera cierto lo que digo, yo no me hubiera movido, por todo el oro del mundo, á pedir lo que no fuera mío.

Lis.—¡Miren la santurrona! ¡Ay, hija mía! ¡Qué bien sabe fingir, para que todos la crean! ¿No has dado con otro pretexto más á propósito? Lo que me consuela es que estamos delante de un juez, que conocerá mi honradez y tus embustes.

Aur.—Pero, Señor, ¿por qué no se abrirá la tierra y tragará á esta infame, que con tanta desvergüenza me niega lo que es mio, y con tanta picardía finge que ella sola tiene razón? ¡Ay, Dios mio! Descubre tú la verdad de este caso.

Justicia del rey.

R.—Vamos despacio y aplacaos, que ahora quedaréis complacidas. Tomad el espejo—dijo el Rey á uno de los presentes;—rompedle en pedazos muy menudos, los cuales repartiréis entre las dos por partes iguales: de este modo quedarán ambas contentas.

Lis.—Yo consiento en que se rompa el espejo, porque así se acabará el pleito.

Aur.—Yo no, señor; antes que romperlo permi-

tiré que se lo lleve ella todo; no tengo ánimo para ver romper un espejo tan hermoso. Además, estando entero, me queda la esperanza de rescatarlo algún día en que se arrepienta esta mujer; conque yo permito que se lo lleve ella sola.

Lis.—La sentencia del Rey me ha gustado: hágase pedazos, que con esto no habrá más motivo de riña: cúmplase el fallo.

Prudencia del rey.

Rey.—Ahora veo, realmente, que el espejo es de Aurelia, la cual no quiere que se rompa; su llanto y su ruego son los mejores testimonios. Désele el espejo; y á esta otra, que es la ladrona, echadla de aquí ignominiosamente.

Aur.—Piadosísimo Rey mío, yo te doy infinitas gracias por este favor, pues como benigno y justo, con tu gran prudencia has conocido la malicia de esa infame; y por lo mismo has dado la sentencia como juez sabio y justo; yo quedo pidiendo al cielo que te guarde y que te dé las mayores prosperidades.

Rey.—Vete en hora buena, y procura ser honesta. En verdad que se sabía ciertamente de quién era el espejo.

Comentarios de Bertoldo.

Bert.—Rey mío, tú has perdido la cabeza.

Rey.—¡Cómo! ¿Por qué?

Bert.—Porque crees en lágrimas de mujeres.

Rey.—Y ¿por qué no he de creer en ellas?

Bert.—¿No sabes tú que su llanto es engañoso, y

que cada cosa que ellas hacen ó dicen es todo con artificio? Aunque parece que lloran con los ojos, ríen con el corazón; suspiran delante de ti y por detrás hacen burla; hablan lo contrario de lo que piensan; y derramar lágrimas, repelarse, morderse, mudar de rostro, todo son fraudes y engaños que les dictan sus insaciables deseos y pasiones mujeriles.

El rey defiende á las mujeres.

Rey.—Tanta bondad tienen en sí las mujeres juiciosas y prudentes, que es todo muy al revés de lo que tú te imaginas; porque si alguna peca, es por descuido, ó por su mala fortuna ó frágil naturaleza; y por esto más dignas son de compasión que de castigo, por ser más débiles y flacas que los hombres. Pero dime la verdad: á un hombre que viviese aislado, sin relación alguna con la mujer, ¿no le considerarías como á un muerto? Has de saber, en primer lugar, que la mujer ama á su marido, gobierna sus hijos, los cría, los educa, los mantiene y los enseña á ser buenos; la mujer cuida de la casa, mantiene la hacienda, atiende á la familia, procura que las criadas cumplan con su obligación, y evita los desórdenes que pueden ocurrir en una casa. La mujer es el amor y el encanto de los jóvenes, el consuelo de los viejos y la alegría de los niños; ama con fidelidad, trata con dulzura, habla con nobleza; es franca en todo contrato, discreta para mandar, pronta en obedecer, honesta en sus razones, modesta en sus procederes, moderada en la comida, sobria en la bebida, agradable con los de casa y tratable con los de afuera. En suma, la mujer, junto al hombre, se puede decir que es una

piedra preciosa, engastada en el oro más fino; y no porque alguna caiga en un frenesí ó extravagancia, se debe culpar á todas; porque hay millares, al contrario de ésta, que son mujeres de bien y sumamente apreciables; y así, la sentencia que yo he dado, estoy seguro de que es muy justa.

Bert.—Bien se conoce que tú amas mucho á las mujeres, pues de ellas has hecho un elogio tan elocuente, que parece imposible poder elogiarlas más; no obstante, ¿qué me darás si antes de que te acuestes mañana dijeras lo contrario de lo que has dicho hoy en su favor?

Rey.—Si yo me desdigo de lo dicho, afirmaré que eres el hombre más sagaz del mundo; pero te advierto que si no lo cumples, te he de mandar ahorcar.

Bert.—Ea, pues, hasta mañana á la noche.

Cuando anocheció, retiróse el Rey á su cuarto; y Bertoldo, después de haber cenado, se fué á dormir á la cababalleriza, discurriendo sobre la manera de hallar camino para que el Rey se desdijese de las alabanzas que había hecho á favor de las mujeres; y habiéndole ocurrido una buena estratagema, se acostó, esperando que amaneciese para ponerla en obra.

Astucia de Bertoldo.

Levantóse Bertoldo á la hora del alba y fué á buscar á la mujer en cuyo favor había sentenciado el Rey. Y le dijo:

Bert.—¿No sabes tú lo que ha dispuesto el Rey?

Aur.—Nada sé y nada sabré, si tú no me lo dices.

Bert.—Pués ha resuelto que se rompa el espejo, como lo sentenció, y que á cada una de vosotras se

os dé la mitad de él: pues la otra apeló de la sentencia, y para no oir más quejas quiere que se sasatisfaga á entrambas.

Aur.—¿Conque el Rey ha determinado que mi espejo se rompa? Pues, ¿cómo se entiende? ¡Después de haber sentenciado que se me restituya entero y bueno! ¿Te burlas de mí? ¡Anda, quítate de mi presencia.

Bert.—No me burlo: te aseguro con verdad que de su misma boca lo he oido decir.

Aur.—¡Ay de mí! ¿Qué es lo que oigo? Puede ser que lo haga para dar satisfacción á aquella infame mujer. ¡Oh, qué sentencias tan justas y qué acciones tan nobles de un Rey! ¡Oh, pobre justicia, qué bien administrada estás! Ahora conozco y creo que se da más crédito á la mentira que á la verdad. ¡Es posible que te vea yo hecho mil pedazos, querido espejo mio! ¡Ay, ay!

Bert.—No quisiera que te sucediese algo peor.

Aur.—Pues ¿qué cosa peor me puede suceder?

Bert.—Que el Rey ha promulgado una ley permitiendo que cada hombre pueda casarse con siete mujeres; conque mira tú si esto es áun peor que si hiciera romper todos los espejos de la ciudad.

Aur.—¿Pero qué diablos de locura le ha dado?

Bert?—Yo no te puedo decir más; lo que sé es que todo lo que te he dicho se lo he oido decir á él mismo: es tiempo, pues, de que vosotras os defendáis antes que el mal pase adelante.

Dejándolas con este enredo alborotadas, y volviéndose á palacio, esperó en él, antes que anocheciera, el resultado del suceso.

Tumulto de las mujeres.

Aurelia creyó que era verdad la invención de esto enredo, y precipitadamente se fué á buscar á sus amigas y vecinas, y les contó, añadiendo algo, lo que había oído decir á Bertoldo. Ellas, que oyeron tan nunca oida novedad, se enfadaron de tal suerte, que como perras rabiosas y feroces leonas, echaban fuego por los ojos y arrojaban injurias por la boca. La noticia se divulgó en breve por la ciudad; se juntaron millones de mujeres, que hablaban á un tiempo sobre el caso; y habiendo tratado bastante el asunto, resolvieron ir todas juntas á ver al Rey, y confundirle á fuerza de gritos y denuestos, para obligarle á que se desdijese y no tuviese efecto la ley que había determinado promulgar. En efecto, así como lo pensaron y trataron, llenas de rabia y despecho, fuéronse á palacio, y amotinadas se introdujeron hasta las mismas cámaras reales, en donde produjeron tan grande ruido y gritería, que parecía un infierno ó la torre de Babel, como si todas las mujeres del mundo estuviesen dentro de ella. El Rey nunca pudo entender palabra de semejante alboroto; estaba aturdido y confuso, no dando con la causa de tan excesivo tumulto, pero deseando saber el motivo de aquel estrépito. Faltóle paciencia para sufrir tal insolencia, temeridad y algazara y tomó el arbitrio de la seriedad y del enfado; y lleno de cólera y severidad de rostro, en alta voz así les dijo:

R.—¿Qué novedad es ésta? ¿Qué es lo que oigo? ¿Qué motivo habéis tenido para sublevaros de tal suerte? ¿Quién os ha puesto en tal desorden? ¿De

qué ha nacido vuestro bullicio? ¿A qué fin son todas estas exclamaciones? ¿Estáis borrachas? ¿Qué demonios tenéis? Decid pronto cuál es el motivo de este alboroto.

Mujeres.—Venimos—dijeron todas juntas,—á saber lo que contra nosotras has publicado, y de qué ha dimanado la extrema locura que se te ha puesto en la cabeza.

Gritó otra en alta voz de las más descaradas y rabiosa, diciendo:

—¿Qué frenesi te ha dado tan raro contra toda ley divina y humana, para mandar que á cada hombre le sea permitido casarse con siete mujeres? ¡Ay, qué consideración tan prudente ha hecho V. M.! mas yo le aseguro, que no logrará imponer una opinión tan bárbara y temeraria.

Rey.—Locas, ¿qué es lo que decis? Hablad claro, para que yo os entienda, á fin de que os pueda responder.

Muj.—Compañeras—dijo una de ellas,—vamos poco á poco, callad por Dios, y dejadnos entender. Digo, señor, en nombre de todas, que mereces bien que te derriben del trono en que estás sentado; y hasta que te saquen los ojos ignominiosamente; pues bien te lo tienes merecido, por la ley que has publicado.

Rey.—Pero, ¿en qué os he afrentado ó injuriado yo? Hablad claro, no me tengáis suspenso, deponed vuestra rabia y enfado.

Muj.—¿No te lo hemos ya dicho bien claro otra vez?

Rey.—No os he entendido muy bien; volvedlo á decir.

Muj.—No hay peor sordo que aquel que no quiere oir. Nosotras volvemos á decir, que no se puede cometer error más grande que el que tú has come-

tido en imponer por una ley nueva, que cada hombre pueda tener siete mujeres: mucho mejor sería que cuidaras de tu reino, y de tantos negocios arduos, puesto que para ello eres el Rey, y no meterte en lo que nada te importa: ¿lo has entendido ahora? Pues mira, si eso intentas, has de permitir también, que cada mujer tenga siete maridos. ¿Qué partido es el que tomas? Resuélvete; que en eso venimos empeñadas, y deseamos saber tu resolución.

Rey.—Ah, ¡sexo ingrato y descortés! ¿Quién os ha dicho, que yo he impuesto ley semejante? Apartaos de mi presencia; idos muy enhoramala, rebeldes, importunas, desatentas y temerarias; pues ahora conozco lo que quiere decir mujer; quien dice mujer, dice engaño, maldad, cizaña, daño, discordia; no hay casa ó lugar, donden entran y salen, que no lleven consigo, arrastrando como rastrillo, todas estas maldades, siguiéndolas el fuego de sus propias pasiones; mujer quiere decir un caos de engaños y de traiciones; es cosa infernal, y por ella se oyen continuamente llantos y lamentos de los pobres maridos; ellas son ruina de los padres y tormento de las madres, desgracia de los hermanos, vergüenza de los parientes y destrucción de las casas; en suma, ellas sirven de pena y aflicción á todo el género humano. Quitaos de mi presencia y no volváis más aquí, espíritus infernales. ¡Oh! ¡válgame Dios! ¡Qué fatigado me tienen con tanto ruido estos diablos de mujeres! Pero si yo llego á conocer al inventor de este chasco, aseguro que le he de hacer castigar según su merecido. Ya se han ido estas insolentes; ¡gracias á Dios que me veo libre de ellas! Pues no ha faltado mucho para que entre todas me saquen los ojos.

Cuando se hubieron retirado las mujeres, Ber-

toldo, que lo había escuchado todo, desde un lugar oculto, apareció ante el Rey y le dijo:

Bert.—¿Qué dices ahora, Rey mío? ¿No te dije que antes que anocheciese habías de retractarte de cuanto habías dicho en alabanza de las mujeres? Ya discurro que quedarás desengañado de lo que son.

Rey.—No se puede creer ni imaginar semejante impostura; pues han fingido que yo he mandado que cada hombre pueda tener siete mujeres á un tiempo, cosa que hasta ahora no ha imaginado el mismo diablo, ni á mí me ha pasado por el pensamiento. Oh, ¡qué mala semilla y que ruin canalla!

Bert.—¿Tú no te acuerdas del convenio que hemos hecho entre los dos?

Rey.—Digo que te has salido con la tuya, y que tienes mucha razón; y pues has ganado, en premio quiero sentarte conmigo en mi real trono.

Bert.—No pueden cuatro nalgas caber en un trono solo.

Rey.—No importa, que yo haré hacer otro junto al mío, te sentarás en él y darás audiencia conmigo.

Bert.—Ni el enamorado ni la señoria quieren compañía; así gobierna tú solo, pues tú eres el señor y dueño.

Rey.—Yo creo que habrás sido tú el autor de este enredo ¿es verdad? Dímelo.

Bert.—Tú lo has adivinado; y no me puedes castigar en virtud de la palabra que me diste.

Rey.—Supuesto que ésta ha sido invención de tu ingenio, yo te perdono; pero quiero primero que me digas cómo has tramado semejante enredo.

Bert.—Yo fuí á buscar á aquella mujer á quien tú favoreciste en el pleito del espejo; hícele creer nuevamente que tú querías hacer romper el espejo, y

dar la mitad á su contraria; añadí que habías mandado que cada hombre pudiese tener siete mujeres; motivo por el cual se han amotinado en número tan crecido, y han hecho tan grandes extremos como has visto, y hablado tantos desatinos como has escuchado.

Rey.—Tú has sido mayor inventor de enredos que el mismo Merlín; y así tanto por tu malicia como por el desorden que has causado, has incurrido en delito gravísimo. Ahora digo que las infelices han tenido mil razones de mostrarse contra mí tan iracundas: no podía yo creer que el sexo mujeril pudiese estar tan privado de juicio, que cometiese tantos desórdenes sin grandísimo motivo; y á la verdad, no podía ser mayor que éste para irritarse con su Rey. Y pues tú me has dado ocasión de decir mal de ellas (cosa que yo no quisiera haber dicho por todo el oro del mundo), desde luego me desdigo y me arrepiento, y de nuevo vuelvo á decir que el hombre sin la mujer es como la viña sin poda, jardín sin fuente, río sin barca, prado sin hierba, espiga sin grano, monte sin leña, árbol sin fruto, ciudad sin plaza, fortaleza sin guarnición, palacio sin balcones, torre sin escaleras, rosa sin olor, sortija sin piedras, pino sin sombra, río sin pesca, selva sin árboles; en suma, todo aquél que se halla privado de tan deliciosa compañía, se puede decir que es espejo sin azogue, diamante sin brillo; y en fin...

Bert.—Un borrico sin cabeza.

Rey.—Gran bestia eres.

Bert.—Tú me has conocido el primero; ya veo que tú proteges mucho á las mujeres; no quiero que hablemos más de ellas; y así lo pasado pasado.

Rey.—Todo aquél que quisiere ser amigo mío, guárdese de decir mal de las mujeres, pues ellas no ofenden á nadie, no llevan armas ni buscan qui-

meras; son de naturaleza muy dóciles, plácidas y benignas, quietas, amables y de toda buena correspondencia; en suma, están adornadas de todas las virtudes, y llenas de santas costumbres; y así, te aseguro, que no me incitarás con motivo alguno á provocarme á ira contra ellas, pues si tal me sucediera y segunda vez tú lo intentaras, te había de castigar severamente.

Bert.—Me guardaré bien de volver á tocar las cuerdas de esa guitarra; pero espero darte otro chasco, y con todo eso hemos de ser amigos.

Rey.—Dice el refrán que no porfíes con el hombre poderoso, porque estarás lejos del agua corriente.

Bert.—También el hombre que calla; dicen que es agua mansa.

La Reina envía por Bertoldo.

Hallándose Bertoldo y el Rey en semejante coloquio, llegó un criado de parte de la Reina, diciendo que Su Majestad deseaba ver á Bertoldo; y así le suplicaba le enviase á su cuarto, porque había sabido que tenía sumo gusto en chasquear á las mujeres. La Reina tenía intención de hacerle dar una buena tunda de palos; y el Rey, luego que oyó la súplica de la Reina, se volvió á Bertoldo y le dijo:

Rey.—Bertoldo, la Reina dice que te quiere ver; aquí está el mensajero, y así, vete luego con él, que Su Majestad estará impaciente.

Bert.—Los mensajeros tanto suelen tener de bueno, como de malo.

Rey.—Al hombre melancólico, siempre su conciencia le remuerde.

Bert.—La risa de palacio no es gustosa, y más tiene de falsa que de verdadera y sencilla.

Rey.—El que está inocente, siempre pasa seguro entre las bombas.

Bert.—La mujer airada, el pábilo encendido y la sartén agujereada, son tres cosas que acarrean grandes males á una casa.

Rey.—El hombre melancólico á menudo se acuerda de aquello mismo que teme.

Bert.—Muchas veces el cangrejo salta de la sartén para librarse de ella, y cae en las ascuas.

Rey.—Quien siembra infamias, recoge culpas.

Bert.—También debajo del sombrero se esconde la esquerosa tiña.

Rey.—Quien ha enredado la tela, que la desenrede.

Bert.—Mal se puede desenredar, cuando las cabezas están añudadas.

Rey.—Quien siembra espinas no ande descalzo.

Bert.—Contra el estimulo, es dificil oponerse.

Rey.—No temas, que nadie te ultrajará.

Bert.—Al buen pagador no le duelen prendas.

Rey.—Yo creo que tú temes que la Reina te dé alguna pesadumbre.

Bert.—Mujer iracunda, mar con espuma.

Rey.—Pues mira que la Reina desea con ansiedad el verte, anda gustoso, y no dudes que serás bien recibido.

Bertoldo ante la reina.

Llevaron á Bertoldo á presencia de la Reina, la cual, noticiosa de la burla que había hecho á las mujeres el día anterior, había mandado preparar unas cuantas, y ordenado á los criados que encerraran al burlador en un cuarto, para sacudirle bien el polvo. Pero cuando ellas vieron la mons-

truosa figura de Bertoldo se irritaron más contra él y dijo la Reina:

Rein.—¡Jesús! ¡qué figura de mico!

Bert.—Díjole la zorra al lobo, ¿qué haces, bobo?

Rein.—¿Cómo te llamas?

Bert.—Yo no llamo á nadie, y cuando me llaman respondo.

Rein.—¿Cómo te apelas?

Bert.—Yo no me acuerdo que jamás me hayan pelado.

Mientras que la Reina preguntaba á Bertoldo, una de las criadas venía preparada con un jarro de agua para mojarle por detrás; pero advertido, por no haber faltado persona que le avisara, intentó nueva industria para librarse del chaparrón; no obstante prosiguió su conversación con la Reina, sin darse por entendido de nada.

Nuevas astucias de Bertoldo.

Rein.—Dime, ¿quién te ha enseñado tantas astucias, que pareces adivino?

Bert.—Digo que yo conozco y adivino cuanto hay y puede haber: si acaso alguna mujer ha cometido algún delito, si está enamorada, si no es casta ó tiene otro género de flaqueza, inmediatamente daré individual noticia de todo, ó si hubiese alguna que me quisiese mojar á traición, yo no me detendré en decir lo que de ella sé, pues es cosa que no me puedo contener en semejantes ocasiones.

Una de las criadas, que llevaba el agua para mojarle, oyendo semejantes razones, volvióse por donde había venido con todo disimulo, para que no la viese Bertoldo; porque tuvo miedo no adivinase, ó descubriese algún pecadillo que tenía oculto, ni

tampoco de las demás compañeras se atrevió ninguna á seguir el chasco, porque cada una por sí tenía sus trapos en la colada; pero como la Reina estaba quemándose de cólera contra Bertoldo, ordenó á todas, que cada una de por sí buscase un palo, y le apaleasen á toda su satisfacción. Con semejante orden arremetieron contra él con grande furor y rabia, como quien deseaba complacer y dar gusto á su señora. Viéndose el pobre Bertoldo en tan grande peligro, recurrió de nuevo á sus acostumbradas astucias, y les dijo:

Bert.—Cualquiera de vosotras, que haya sido la que ha dispuesto dar venenos al Rey en su mesa, yo estaré contento con que tome el palo, y me rompa los huesos.

Empezaron todas á mirarse unas á otras diciendo:

—Yo no he pensado en cosa semejante.

Respondía la otra:

—Ni yo tampoco.

Y así todas fueron respondiendo, aun hasta la misma Reina: conque, volviendo cada una á poner su palo donde lo había tomado, quedó Bertoldo ileso en la cruel batalla de tan furiosas leonas.

La Reina, sin embargo, insistió en que se le diese á Bertoldo la tunda de palos. Envió un recado á los guardias para que, al tiempo que saliese de palacio, descargasen sobre Bertoldo todos de mancomún sus garrotes, y que no tuviesen conmiseración. Salió, pues, haciéndole acompañar de cuatro criados, para que le conociesen, y estos mismos trajesen la noticia de lo sucedido.

Cuando vió Bertoldo que no había medio de poder escapar de orden tan estrecha, consultó con su entendimiento, y volviéndose á la Reina, con gran humildad le hizo la siguiente súplica:

—Señora: ya que conozco tan claramente que es tu voluntad el que yo sea castigado y apaleado de tus guardias, te ruego me concedas una gracia, que es muy fácil y está en tu mano concedérmela y por ningún motivo te puede ser difícil el darme el sí; baste que tu voluntad se cumpla en que yo quede apaleado; pero te pido que mandes á los criados que me han de acompañar que digan á los guardias que descarguen la furia de los palos con la condición de que no toquen á la cabeza, y que á lo demas descarguen con ímpetu furioso, como quisieren.

La reina no entendió la picardía del rústico y mandó á los criados que dijesen á los guardias que no tocasen á la cabeza, y que á lo demás descargasen como cada uno pudiese; los criados iban detrás de Bertoldo hacia el cuerpo de guardias, los cuales tenían ya dispuestos los palos en las manos para servirle, según la orden. Bertoldo se adelantó al acompañamiento á gran distancia; y los que le acompañaban vieron los guardias ya formados, y llegando Bertoldo á ellos, los criados empezaron inmediatamente á decir que no tocasen á la cabeza, y que á lo demás apretasen fuertemente, que ésta era la intención de la reina.

Los guardias, viendo á Bertoldo que venía delante de los demás, pensando que él era cabeza de ellos, dejáronle pasar sin hacerle daño alguno; pero cuando llegaron los criados fué tal el nublado de palos que cayó sobre los pobres, que casi les rompieron los brazos; en suma, no les quedó hueso sano. Viéndose tan maltratados y molidos, se volvieron á la Reina, la cual, habiendo sabido que Bertoldo se había escapado y librado con una tan impensada astucia, y que en lugar de haber sido él apaleado lo fueron sus criados, más encendida de cólera

se puso contra Bertoldo, jurando por su persona que se había de vengar de tal infamia; pero no obstante, por algunos días propuso disimular su enfado hasta la primera ocasión que se proporcionase, ínterin que hacía curar á los criados, habiendo vuelto los pobres trasquilados sin haber buscado lana.

Excelente burla de Bertoldo á un cortesano.

Al día siguiente se llenó la antecámara de grandes, señores y caballeros de todas clases, según costumbre de palacio, y no faltando Bertoldo á su obligación de hacerse presente, vióle el Rey y le llamó, diciéndole públicamente:

Rey.—¿Y cómo te ha ido con la Reina?

Bert.—¡Ay, señor! Que entre la alpargata y el zapato hay muy poca diferencia.

Rey.—¿Estaba el mar muy alborotado?

Bert.—Quien sabe navegar bien, cualquier golfo pasa seguro.

Rey.—¿Amenazaba tempestad el cielo?

Bert.—Si que amenazaba, pero descargó sobre otros.

Rey.—¿Concibes tú el que se haya serenado?

Bert.—Yo lo dudo, porque el cielo quedó muy nublado.

Hallábase un palaciego presente, el cual andaba á diario junto á la real persona, y sólo servía de hazmerreir ó de bufón del Rey: su nombre era Fagoto, y su aspecto muy extraño, pues además de ser sumamente pequeño, era muy gordo y desproporcionado de facciones; tenía la cabeza tan despoblada, que parecía calavera. Llegóse al Rey y le dijo:—Señor, te pido que me hagas una especial

gracia, y es, darme licencia para que examine á este salvaje rústico, pues le quiero enseñar cómo ha de tratar lugares tan respetuosos, y cómo se debe hablar en palacio. A lo que respondió el Rey: —Por mí, haz tú lo que quisieres; me holgaré mucho de eso; pero te encargo mires no te suceda lo que acaeció á aquel llamado Bienvenido, que fué á raer y fué raído.—No, no—respondió Fagoto,—no tengo miedo de él, ni de ninguno. Y volviéndose á Bertoldo, con un gesto de loco, le dijo:

Fag.—¿Qué dices tú, pollo caído del nido?

Bert.—¿Y con quién hablas tú, grajo pelado?

Fag.—Vaya, ven acá; dime cuántas leguas hay desde donde sale la luna á los baños de Arnedillo.

Bert.—¿Y cuántas son las que pones tú desde la caldera de tu calva á la caballeriza?

Fag.—Dime, ¿por qué causa la gallina negra pone el huevo blanco?

Bert.—¿Y cuál es la razón de que el látigo del Rey te ponga las nalgas negras?

Fag.—¿Cuál es el mayor número, el de los turcos ó el de los judíos?

Bert.—¿En dónde tienes más, en la camisa ó en la barba?

Fag.—¿El rústico y el burro, nacieron en un parto?

Bert.—¿El puerco y el cuervo comen en la artesa?

Fag.—¿Cuánto há que no comiste nabos?

Bert.—Lo que há que á ti no te echaron las raiduras.

Fag.—¿Eres tú búfalo ú oveja?

Bert.—No metas en la danza á tus parientes.

Fag.—¿Cuándo dejarás de usar de tus astucias?

Bert.—Cuando dejares tú de lamer los platos.

Fag.—También aconseja el refrán, que al villano no hay que darle vara en mano.

Bert.—De igual modo se aconseja, que al puerco y á la rana no debe de sacárseles del lodo.

Fag.—El cuervo nunca es portador de buenas nuevas.

Bert.—También el milano anda alrededor de la carniza.

Fag.—Te aseguro que soy hombre de bien y mejor educado.

Bert.—Aquel que se loa, se enloda.

Fag.—Todo hombre rústico es animal dañino.

Bert.—Y el adulador, un bruto monstruoso.

Fag.—No se puede encontrar un villano sin malicia.

Bert.—Tampoco se pudo encontrar gallo sin cresta ni palaciego sin adulación.

Fag.—Mira que tus zapatos están con la boca abierta.

Bert.—Es que se rien de ti, porque eres una bestia.

Fag.—Tienes las medias llenas de remiendos.

Bert.—Mejor es llevarlas remendadas, que tener la cara llena de costurones, como tú la tienes.

Tenía Fagoto muchas señales en la cara que en diversas ocasiones le habian hecho con no poca razón, por las muchas insolencias que había usado; mas como vió que le tocaban á lo vivo, empezó á tragar saliva y no encontraba palabra qué responder. Púsose más encendido que las llamas al verse avergonzado y corrido entre tantos señores, que soltaban la risa al contemplar los gestos que hacía y verle tan inquieto; de suerte, que el pobre habría tomado á mejor partido el escaparse, como así lo quería ejecutar, á no haberle detenido todos los circunstantes.

Bertoldo tenía la boca llena de saliva, por haber hablado tanto, y no sabiendo dónde escupir, por

estar la sala toda alfombrada y las paredes colgadas de tapicerías riquísimas, se volvió al Rey y le preguntó:

—¿Adónde quieres que escupa?

—Escupe—le contestó—en la plaza.

Entonces, Bertoldo, se volvió á Fagoto que, como dijimos, era calvo, y le encajó en medio de la cabeza una buena porción de saliva. Viéndose afrentado de tal suerte, querellóse al Rey de la injuria recibida, y al mismo tiempo dijo Bertoldo en voz alta:

—El Rey me dió licencia para que escupa en la plaza, y no creo que se encuentre mayor plaza que tu cabeza. ¿No se llama á la cabeza calva plaza de piojos? Pues ahora te harás cargo de que no he cometido delito en lo ejecutado.

Todos los de la corte dieron la razón á Bertoldo. Fagoto quedóse muy avergonzado y corrido, pero determinó usar de prudencia y sufrir lo pasado pacientemente, asegurando que hubiera tomado con más gusto haberse quedado sin comer, que haberse puesto á pullas y refranes con Bertoldo. Todos los allí presentes quedaron gozosísimos de que Fagoto hubiera quedado vencido, porque éste se tenía en concepto de uno de los primeros ingenios del mundo, y á todos les contaba mil fábulas y desatinos; mas después no se atrevía á levantar los ojos del suelo de la vergüenza que le causaba el haber sido ultrajado, de modo que casi llegó á términos de ahorcarse.

Al anochecer, y estando el Rey ocupado con la audiencia de unos señores, le dijo á Bertoldo que volviese á su presencia al día siguiente; pero que había de ir, ni bien vestido, ni bien desnudo.

Graciosa estucia de que se valió Bertoldo para presentarse al rey como se lo había mandado.

A la mañana siguiente apareció Bertoldo delante del rey envuelto en una red; pero no llevaba otra ropa que la red; y viéndole de aquel modo el Rey le dijo:

Rey.—¿Cómo te pones delante de mí en forma tan indecorosa?

Bert.—¿Pues no me mandaste que hoy por la mañana me presentase á ti; pero que no viniese ni vestido ni desnudo?

Rey.—Si, es verdad.

Bert.—Pues aquí me tienes de la misma forma que mandaste, porque con esta red cubro parte de mi cuerpo, y la otra queda desnuda.

Rey.—Dime, ¿dónde estuviste hasta ahora?

Bert.—Donde estuve ya no estoy, y donde estoy ahora, ya no puede estas ninguno otro que yo.

Rey.—¿Y qué hace tu padre, tu madre, tu hermano y hermana?

Bert.—Mi padre es hacedor de un daño; mi madre hace á una vecina suya, lo que no le volverá á hacer más; mi hermano cuantos halla tantos mata; y mi hermana está llorando lo que ha reído todo el año.

Rey.—Descíframe tales enigmas, que no lo entiendo.

Bert.—Pues sabe que mi padre está en el campo cercando una senda, y cerrándola con espinos, de modo que aquellos que solían pasar por medio de la senda pasan ahora unos de una parte y otros de la otra de los espinos; de forma, que antes sólo había una senda, y ahora, con la continuación de tantos

pasajeros, se han hecho dos. Mi madre cierra los ojos á una vecina suya, que acaba de morir, cosa que no volverá á hacer de nuevo. Mi hermano está al sol, entretenido en matar los piojos de su camisa. Mi hermana casi todo el año se lo pasó riendo, y ahora está con dolores de parto.

Rey.—¿Cuál es el día más largo que hay?

Bert.—Aquel en que uno se queda sin comer.

Rey.—¿Cuál es el hombre más loco?

Bert.—Aquel que se alaba de discreto.

Rey.—¿Por qué razón nacen más pronto las canas en la cabeza, que en la barba?

Bert.—Porque el cabello nace primero que la barba.

Rey.—¿Quién es el hijo que pela la barba á su madre?

Bert.—El huso.

Rey.—¿Qué hierba es la que hasta el ciego la conoce?

Bert.—La ortiga.

Rey.—¿Quién es aquella hembra que siempre está en el agua, y jamás se lava los pies?

Bert.—La barca.

Rey.—¿Quién es aquel que se aprisiona por su gusto?

Bert.—El gusano de seda.

Rey.—¿Cuál es la flor más triste?

Bert.—El vino que sale de la cuba, cuando se acaba.

Rey.—¿Qué cosa es la más atrevida y desvergonzada que hay?

Bert.—El viento, porque se entra debajo de los vestidos de las mujeres.

Rey.—¿Cúál es la cosa que nadie quiere en su casa?

Bert.—La culpa.

Rey.—¿Quién es aquel torcido, que corta las piernas á todos los derechos?

Bert.—La hoz de segar trigo y cebada.

Rey.—¿Cuántos años tienes?

Bert.—Aquel que cuenta los años, cuenta la muerte.

Rey.—¿Cuál es la cosa más clara que hay?

Bert.—El día,

Rey.—¿Más que la leche?

Bert.—Más que la leche y la nieve.

Rey.—Si no me hicieres ver con claridad cuanto dices, te he de hacer castigar.

Bert.—¡Oh, y qué infelicidad es la corte!

Astucia ingeniosa de que se valió Bertoldo para librarse del castigo.

Buscó Bertoldo un cubo de leche, y sin que nadie lo viera lo introdujo en el cuarto del Rey, y aunque era medio día, cerró todas las ventanas por donde podía penetrar alguna luz, entró el rey en el cuarto, y como no veía, tropezó con el cubo de la leche; vertióla por el suelo, y nada faltó para que cayera de bruces y se hiciera gran daño en su persona. Empezó á gritar diciendo:—¡Hola, vengan aquí y abran esos balcones!—Acudieron al alboroto, abrieron las ventanas, y como vió aquel cuarto lleno de leche, y el cubo en que había tropezado, con grande enfado preguntaba quién había sido el autor de semejante delito.

Rey.—¿No hay ninguno que diga quién es ó ha sido el que tuvo la desvergüenza de poner en mi cuarto este cubo de leche, cerrando todas las ventanas para que yo tropezase?

Bert.—Yo he sido; y lo hice para que te desengañes más claramente de tus porfías, y confieses que el día es más claro que la leche; porque si fuera más clara la leche que el día, ella te habría alumbrado, y no hubieras tropezado en el cubo.

Rey.—Eres un astuto villano; y á cada cosa hallas salida fácil; pero, ¿quién es éste que aquí viene?

Bert.—Parece que es un criado de la Reina, que trae una carta en la mano.

Rey.—Apártate un poco de aquí que quiero oirle.

Bert.—Ya me voy, pero á la verdad temo que sea alguna mala embajada para mí.

Idea fantástica que tuvieron las mujeres.

Llegado que hubo el mensajero á presencia del Rey, hizo su debido acatamiento, y le presentó una carta que traía, cuyo contenido era el siguiente:

«Señora; hacemos presente á Vuestra Majestad (para que interceda con el rey), las justas razones de todas las nobles de la ciudad. Deseamos y pedimos al Rey humildemente, que nos conceda el poder asistir á los consejos y gobernar la ciudad, oir querellas, sentenciar como es concedido á los hombres y tener mando en el gobierno, como le tienen el senado y los primados de la ciudad. Para esto alegamos: que hubo ejemplares de muchas mujeres que mandaron y gobernaron imperios y reinos con tanta prudencia, y aún más, que algunos reyes y emperadores; no rehusando acudir armadas á campaña y defendiendo sus reinos, estados y señoríos tan valerosamente, como los más valientes campeones; y así, por estos motivos, no debe des-

preciar el Rey la súplica; antes bien, aceptar la instancia y hacerlas patícipes de todo; pues es cosa intolerable, que sólo los hombres tengan el dominio en todo, y nosotras no tengamos mando alguno. A esto añadimos: que prometemos ser tan sigilosas en todo género de cosas de importancia, que excederemos á los hombres. Esperamos que Vuestra Majestad, como mujer, recomendará con gran eficacia nuestra súplica.»

Leyó el Rey la carta, y se hizo cargo de pretensión tan desatinada; y no sabiendo qué resolución tomar, volvióse á Bertoldo, leyóle el contenido de la la carta, y tal gana le acometió de reir, que no pudo contenerse, hasta que el Rey, viéndole así le dijo con mucho enfado:

Rey.—¿Qué ocasiona tu risa, majadero?

Bert.—Me río, y quien no se riera, merecería que le sacaran los dientes.

Rey.—¿Pero por qué?

Bert.—Porque estas mujeres creen que tú eres majadero, y no rey Albuino; por esto te hacen súplica tan disparatada.

Rey.—A ellas les toca pedir, y á mí servirlas.

Bert.—Desdichado es el perro que se deja coger la cola.

Rey.—Habla de modo que te pueda entender.

Bert.—Desdichadas las casas en que cantan las gallinas y el gallo enmudece.

Rey.—Tú eres como el sol de marzo, que conmueve y no resuelve.

Bert.—Al buen entendedor con pocas palabras le bastan.

Rey.—Explica lo que dices y sácame de dudas.

Bert.—El que quiere tener la casa limpia, no tenga pollos, ni palomas.

Rey.—Vamos, acaba, ¿qué dices?

Bert.—Unos lo entienden, y otros no lo entienden, y algunos no lo quieren saber.

Rey.—A quien cuece la comida con paja, el caldo le saldrá ahumado.

Bert.—En suma, quiero saber qué quieres.

Rey.—Quiero que en esta ocasión me des luz con un prudente consejo.

Bert.—Cuando la hormiga pide pan á la chicharra es mala señal.

Rey.—Yo sé que para todo encuentras buena salida; y, pues estás colmado de inventivas y de astucias, deseo fiarte la resolución de este negocio.

Bert.—Como fíes en mí, no dificultes que te sacaré muy presto de toda dificultad, y conseguiré que no te vuelvan á molestar sobre su pretensión.

Rey.—Pues ingéniate con tu maña, y despáchalas cuanto antes puedas.

Astucia chistosa de Bertoldo para curar á las mujeres del capricho ó tema referido.

Encaminóse Bertoldo á la plaza, compró un pajarillo, y lo metió dentro de una cajita, la llevó al Rey y le dijo, que mandase aquella caja cerrada á la Reina, y que S. M., de su parte, la enviase á las pretendientes; pero con la prohibición de que ninguna la abriese; amenazándolas, si tal hacian, con penas rigurosas; y que á la mañana siguiente fuesen á palacio, y llevasen la cajita en la misma forma que se les entregara, que inmediatamente el rey les concedería la gracia solicitada. Tomó el mensajero la caja, la llevó á la Reina, la que la entregó á las mujeres que estaban aguardando en su cuarto el resultado de su pretensión; y entregándosela á todas en general, les dijo de parte del Rey: que su

voluntad era que bajo ningún pretexto se abriese aquella caja, agregando, que al día siguiente la llevasen de la misma suerte que se les entregaba, que les prometía despachar conforme su pretensión. Despidiéronse de la Reina muy gozosas y consoladas por la palabra que les habia dado tan favorable á su deseo.

Curiosidad de que, por naturaleza, se ven aquejadas las mujeres.

Cuando se fueron y se vieron lejos de la presencia de la Reina, les dominó tal curiosidad, de saber lo que en la misteriosa caja se encerraba, que empezó á decir una á otra: ¿Quieres que veamos lo que hay aquí dentro? Respondian otras: No hagamos cosa tal, porque tenemos prohibición de abrir esta caja, y quizá puede suceder que haya dentro de ella alguna cosa de importancia para el Rey. Replicaban las más curiosas y decian: ¿Pues qué puede haber? Decia la otra: No, no, que no sabremos cerrarla de igual modo que está. Habló otra más resuelta, y dijo: Si, si, abrámosla, haya dentro lo que hubiere.

Al cabo, tras de muchos debates que hubo entre ellas, resolvieron abrirla; y no bien quitaron la tapa cuando voló el pajarillo con tal velocidad, que se quedaron suspensas, confusas y apesadumbradas, por no haber podido ver qué señales tenia, ni si era jilguero, pajarillo ó ruiseñor, pues si hubieran visto la especie de ave que era lo hubieran podido remediar colocando en la caja otra semejante y con las mismas señales, y así se hubiera disimulado llevando al otro dia la cajita de la misma forma que se les

había entregado y no hubieran tenido nunca una pesadumbre tan grande.

Cuando supo la reina el caso se entristeció de tal manera, que no sabía qué hablar ni qué hacer, porque tenía un gran disgusto; pero con todo eso se animó, y con la comitiva de las mujeres fué á la presencia del Rey. Entraron tímidas y aturdidas, con la cabeza baja y llenas de confusión. La Reina saludó al Rey, quien le correspondió con gran alegría; y haciéndola sentar junto á sí, le preguntó: ¿Qué novedad la llevaba á su presencia con tanto número de mujeres? (pues iban más de trescientas).

Yo vengo ante V. M. con estas nobles matronas por la contestación de la súplica que tienen hecha para desempeñar los mismos oficios, empleos y encargos que desempeñan los senadores, y habiéndolas mandado entregar esta caja con orden expresa de que bajo ningún pretexto la abriesen, y encargádoles la devolviesen como se las había entregado, la casualidad permitió que una, más curiosa que las otras, tuviese el impulso de ver lo que en ella se encerraba; abrióla, no figurándose se encerrase en ella el pájaro, el cual voló sin que lo pudiesen evitar, desgracia con la que todas las demás están tan condolidas que no se atreven de vergüenza á mirarte por haber quebrantado tu real precepto; y así, señor, ya que tú fuiste benigno y clemente para todos, te suplico las perdones, pues no lo hicieron con motivo de desobediencia á tu persona, sino por una leve curiosidad de su frágil naturaleza: ésta sólo fué la causa de haber incurrido en tal yerro; y así, pues, aquí las tienes delante de ti, arrepentidas y humildes. Te suplico las perdones; así lo espero de tu clemencia y venignidad.

El Rey, fingiéndose enojado en demasía, se volvió

hacia ellas con rostro airado y les dijo á grandes voces:

—¿Sois vosotras las que dejasteis escapar al pajarillo que estaba dentro de la caja? ¡Ah, mujeres locas! ¡Y qué poco juicio os comunicó vuestra débil naturaleza! ¿Y tenéis valor para pretender entrar en los consejos secretos de mi corte? Decidme, ¿cómo habíais de poder guardar un secreto de entidad que importara á mi reino y á mis Estados, y defender, castigar y disponer sobre la vida de los hombres, si no fuisteis capaces de tener cerrada la caja una hora tan sólo, habiéndoos encargado tanto que no la abrierais? Volved á vuestras casas y dedicaros á vuestros oficios mujeriles; aquéllos, digo, para los que vuestra naturaleza os tiene constituídas: cuidad de vuestras familias y casas, con todas las otras circunstancias que se requieren para el aseo de ellas, que tal es vuestro empleo propio, y dejad el gobierno de la ciudad á los hombres; pues si recayera el gobierno en vuestras manos, todo caminaría sin pies ni cabeza: no hubiera cosa por más oculta ni secreta que fuese, que dentro de una hora no la supiese toda la ciudad: levantaos, que ya os perdono; idos á vuestras casas, y os aconsejo que alejéis de vuestras cabezas semejante frenesí.

Al poco rato despidió á la Reina, con poca diferencia, en la forma que á las demás, haciendo que la acompañasen á su cuarto muchos caballeros. Se fueron las pobres mujeres tan desconsoladas, que jamás volvieron á pretender ascender á consejeras, quedando bien escarmentadas con lo que les acababa de ocurrir.

Entonces el astuto y sutilísimo Bertoldo se volvió al Rey con gran risa, y éste le dijo:

Rey.—Esta es una ingeniosísima invención y nos ha salido muy bien.

Bert.—Bien va la cabra coja, como el lobo no la coja.

Rey.—¿Por qué dices tú eso?

Bert.—Porque mujer y fuego, encuentran lugar luego.

Rey.—Aquel que se sienta en la ortiga, alguna vez le pica la hormiga.

Bert.—Quien al cielo escupe, le cae en la cara.

Rey.—El que se orina en la nieve, luego la deshace.

Bert.—Quien lava la cabeza al asno, pierde jabón y tiempo.

Rey.—¿Lo dices por mí?

Bert.—Por ti hablo, y no por otro.

Rey.—¿Pues qué motivos tienes para quejarte de mí?

Bert.—¿No me puedo quejar de ti?

Rey.—¿En qué te agravié?

Bert.—Te diré: fuí tu coadjutor en una cosa de tanta importancia como ésta; y tú, en vez de asegurarme la vida, me das cordelejo, dándome á entender que alguna vez tengo que caer en la trampa, pagándolas todas juntas.

Rey.—No soy tan ingrato que no conozca tus méritos.

Bert.—El conocerlos no es nada; pero conocerlos con justicia es mucho.

Rey.—No dudes que te quiero remunerar de todo; pero con la condición de que siempre estés á pies juntos.

Bert.—También los ahorcados se quedan á pies juntos.

Rey.—Tú lo interpretas todo al revés.

Bert.—Quien piensa mal, casi siempre acierta

Rey.—Tú dices y haces muy mal.

Bert.—¿Qué mal hago en tu corte?

Rey.—Lo que te digo es que no tienes cortesía, y estás muy mal criado y peor acostumbrado.

Bert.—¿Y qué te importa que yo esté mal criado y peor acostumbrado?

Rey.—Mucho me importa; porque delante de mí estás con grande indecencia.

Bert.—Quiero saber la causa.

Rey.—La causa es que, cuando vienes á mi presencia, no te quitas el sombrero ni me bajas la cabeza.

Bert.—El hombre nunca debe de bajarla á otro hombre.

Rey.—Según la clase, se debe usar de atención y cortesía.

Bert.—Has de comprender que todos somos de tierra: tú eres tierra, yo soy tierra, y todos nos hemos de volver tierra; así es que la tierra no debe ni puede bajarse á la tierra.

Rey.—Dices bien; todos somos tierra; pero hay mucha diferencia entre las tierras, pues de una misma tierra se ve que se fabrican varias cosas de vidriados exquisitos; ocurre, que en los unos se ponen y guardan licores preciosos y odoríferos, y otros se emplean y sirven para cosas muy viles é indecentes: yo soy uno de aquellos en los cuales se encierran todo género de bálsamos, nardos, claveles, rosas, inciensos y otras cosas varias de licores preciosos, y tú eres uno de aquellos indecorosos en donde se encierra todo género de inmundicias; no obstante que uno y otro estamos formados por una misma mano.

Bert.—Es verdad, no te lo niego; pero también te digo, que tan frágil es el uno como el otro, y cuando los dos se rompen, del mismo modo se arrojan los pedazos á la calle, y ni del uno ni del otro se hace caso ni aprecio.

Rey.—Tienes razón; pero, fuera como fuere, tú me has de hacer una reverencia.

Bert.—No la haré; y así paciencia.

Rey.—¿Por qué no?

Bert.—Porque comí asadores, y no quiero que se me rompan, al tiempo de bajarme, las tripas.

Rey.—¡Ah, villano! ¡Aunque revientes me harás una cortesía si vuelves á mi presencia.

Bert.—Todo puede ocurrir; pero se me hace muy dificultoso el creerlo.

Rey.—Por la mañana veremos; entretanto, por la noche te puedes ir á tu casa.

Se despidió Bertoldo, y aquella noche hizo el Rey bajar la puerta de su gabinete de tal manera, que quien hubiese de entrar, era necesario que bajase la cabeza, sólo con el propósito de que cuando Bertoldo entrase dentro, la bajase al Rey al tiempo de entrar, cumpliéndose de este modo el deseo de que le hiciese la reverencia y de quedar victorioso con su tema; y así, esperando estaba el Rey por instantes á que llegase la hora.

Astucia de que se valió Bertoldo para no bajar al Rey la cabeza.

Volvió á la mañana siguiente el astuto Bertoldo, y reparó en la puerta; sabía el empeño del Rey de obligarle á bajar la cabeza al tiempo de entrar; pero el gran socarrón, en vez de bajar la cabeza, se volvió de espaldas, y le honró con el fiador: conoció el Rey su gran sutileza, y al mismo tiempo tuvo gran gusto de ver semejante agudeza: no obstante, fingióse algo enfadado contra él y le dijo:

Rey.—Idiota, rústico y descortés, ¿quién te enseñó á entrar en mi cuarto de esa manera?

Bert.—¿Quién? El cangrejo.

Rey.—¿Y de qué modo te ha enseñado el cangrejo?

Bert.—Sabrás, señor, que mi padre tenía diez hijos, y era muy pobre, como me sucede á mí con gran frecuencia; era muy regular que aun el pan nos faltase para cenar, y en vez de darnos algún alimento para poder dormir, nos solía contar algunas fábulas y cuentecillos para que nos quedásemos dormidos; sucedía como lo deseaba, pues entre el hambre y el sueño, cuando la primera no se satisfacía, se daba entrada al segundo, y así lograba lo que quería hasta el día siguiente, que la Providencia asistía en la mayor estrechez. Entre una de las muchas cosas que le oí referir, se me quedó en la memoria la que te voy á referir; y si me das audiencia con quietud y reposo, oirás una cosa que será muy de tu gusto, pues es muy á propósito y del caso.

Rey.—Ya te permito que la refieras, pues no dudo será muy interesante.

Bert.—Mi padre decía, que cuando hablaban los animales, y las lechuzas tejían manteles, el cangrejo y la langosta eran amigos íntimos. Dispusieron, pues, el ir á correr mundo, y ver cómo se vivía en las demás tierras. El cangrejo caminaba entonces adelante, como los demás animales, y lo mismo caminaba la langosta, que no andaba de medio lado como ahora camina: en fin, habiendo salido de casa de sus padres, caminaron mucho tiempo por el mundo, llegaron al país de los saltones, después pasaron al de los gusanos de luz, el cual confinaba con el de las mariposas; de suerte que corrieron todas aquellas tierras, y conocieron las costumbres de aquellos animales; internáronse más adentro, llegaron á la tierra de los erizos, los cuales, á la sa-

zón, estaban empeñados en una grandísima guerra contra los murciélagos, cuyas tierras eran inmediatas y confinantes, por una sospecha de traiciones y otras causas que unos y otros alegaban. Llegaron, pues, estos dos compañeros al primer lugar, y fueron descubiertos por una de las guardias avanzadas; figurándose ó sospechando que fuesen dos espías, los prendieron y los condujeron atados de pies y manos ante su capitán, el cual así que los vió los examinó minuciosamente sobre el fin de su llegada á aquellos lugares; y no habiendo encontrado en ellos más malicia ni interés que el deseo de caminar y ver mundo, se aquietó al punto; ellos aseguraron que la casualidad les había llevado á aquella tierra, y que, como eran forasteros, no estaban enterados del país ni de lo que en él ocurría; que sólo deseaban se les pusiese en libertad para volverse á su país; y si esto no se podía lograr por razones de estado, ó por política bélica, pedían se les diese puesto en la tropa para servir de soldados, dándoles el sueldo igualmente como á los demás, y que de esta manera servirían fielmente y muy gustosos en aquella guerra. Así que el capitán oyó tal proposición, los mandó desatar pareciéndole que eran bestias de muchas acciones, por la gran cantidad de patas y brazos que tenían, haciendo que los pusieran en lista con todos los demás. Sucedió, pues, que habiendo mandado al cangrejo fuese á espiar todo lo que pasaba en el campo del enemigo, como el pobre era nuevo en el país y caminaba con tanto silencio y escondiéndose la cabeza debajo de la cola, se presumió que no sería conocido tan fácilmente. No obstante, caminaba animosamente al campo del enemigo, y al llegar encontró las guardias dormidas, pasó adelante, hasta llegar á la real tienda de la comadreja, pensando que también dor-

mirian las guardias; pero el pobre infeliz tuvo mala fortuna, encontrando que estaban todos despiertos.
Divertíanse los guardias al juego de paro y pinta, y al tiempo que el cuitado fué á meter la cabeza dentro para ver lo que pasaba, lo vió uno de aquellos soldados, el cual se levantó del juego poco á poco, de modo que el cangrejo no le viese; y tomando un palo se lo tiró con tan buen acierto y destreza, que le dió en la cabeza; de suerte, que lo dejó como muerto con tan formidable golpe, y á no tener las armas que le dió la Naturaleza, los sesos se los hubiera echado al aire: el soldado que le tiró, no imaginó que fuese espía, antes bien creía que hubiese llegado allí por casualidad, y especialmente viéndole de figura tan rara, ¿quién había de pensar cosa semejante? No obstante, creyendo le había muerto, le tomó por los cuernos y le tiró á una laguna de agua que estaba allí inmediata, y sin más novedad se volvió á sentar al juego. Cuando volvió en sí el desgraciado cangrejo, no pudiendo casi levantar la cabeza, por el gran golpe que había recibido, juró y protestó no volver á entrar en parte alguna con la cabeza adelante, procurando entrar siempre y caminar al revés; pues así, si le sucedía otro lance por el estilo, más quería le diesen en el espinazo, que en la cabeza. Volvióse al campo, hizo relación detallada de todo lo acaecido, notició cómo las centinelas dormían; pero que en la real tienda de la comadreja se velaba; oyendo esto el capitán, hizo armar secretamente el tercio de las ardillas, y determinó con ellas dar un asalto al enemigo: así ocurrió que, hallándolos todos juntos en la tienda real, no dejó á ninguno libre, ni dió cuartel; á todos los pasó á cuchillo, tomando venganza del infeliz apaleado cangrejo, el que dijo á la langosta,

después de todo este suceso:—Marchemos de este país, que no quiero verme en otro semejante empeño, pues veo que la guerra no es buena para nosotros. Dices bien; ¿pero cómo nos escaparemos?—respondió la langosta.—Es muy posible que nos vean y nos descubran por las pisadas. A lo cual contestó el cangrejo: tú caminarás de lado, y yo andaré hacia atrás, y así saldremos de toda dificultad. La determinación gustó mucho á la langosta, y poniéndose luego sobre las puntas de los pies, empezó á caminar de lado con tal ligereza, que apenas la podia alcanzar el cangrejo, y de esta suerte se pudieron escapar del campo por un paraje escabroso. Llegaron á sus casas molidos y mortificados, por los peligros tan grandes en que se encontraran; y á la hora de su muerte dejaron dicho en sus testamentos, que todos sus descendientes, en lo porvenir, caminasen del mismo modo que ellos lo habian hecho cuando volvieron á sus casas, y que este mandato se observase con todo rigor, pues asi era su última voluntad; y asi que desde entonces, en cumplimiento de lo ordenado por el cangrejo, caminan todos sus descendientes como lo dejó mandado. Y yo, conservando en la memoria este caso al tiempo de entrar en este cuarto, tuve por conveniente imitar al cangrejo; pues si alguno me descargaba algún golpe, era mejor que lo padeciese el trasero que la cabeza. Ahora quiero saber qué te parece, aunque discurro que habrá sido de tu gusto la fabulilla.

Rey.—En verdad que lo es: con ella me has divertido y me has dado entera satisfacción, y ahora vete á tu casa; pero has de volver mañana delante de mí en tal conformidad, que te vea y no te vea, y me has de traer al mismo tiempo una huerta, un establo y un molino.

Bert.—Adivínala, grillo; ya me voy, y buscaré el modo de satisfacerte. Adiós.

ALEGORIA SEGUNDA

Los grandes, ó por amor ó por fuerza, quieren ser reverenciados y cuasi adorados de los inferiores; pero en ocasiones un rústico puede humillar la altivez de un soberbio. Las mujeres son vehementísimas en la ira, en particular cuando se les toca en sus pasiones más delicadas, que son la vanidad y la soberbia.

Astucia de Bertoldo para aparecer delante del rey de la manera que se ha dicho.

El dia siguiente mandó á su madre que le hiciese una torta de acelgas, manteca, requesón y queso con abundancia de harina por defuera; tomó luego un harnero, se lo puso por delante de la cara, y con la torta en la mano volvió de esta suerte á la presencia del rey: viéndole aparecer en tan extraña figura, empezó á reir, y le dijo:

Rey.—¿Qué significa ese harnero que traes tapándote la cara?

Bert. — ¿Pues no me dijiste que viniese á tu presencia, de modo que me vieses y no me vieses?

Rey.—Es verdad.

Bert.—Pues ya me ves y no me ves, por los agujeros de este harnero.

Rey.—Ya veo yo que sales de todo bien con tus gracias y sutilezas; pero dime, ¿dónde está la huerta, caballeriza y molino, que te mandé me trajeses?

Bert.—Aquí está todo, en esta torta, en la cual están comprendidas las tres cosas: las acelgas significan la huerta; la manteca, queso y requesón el establo, y la harina no es otra cosa sino el molino.

Rey.—En verdad que no he visto, ni he tratado entendimiento más perspicaz que el tuyo; y así desde hoy en adelante pídeme cuanto quisieres, y te doy permiso para que te sirvas de mi corte en todas tus necesidades.

Con tal oferta se apartó un poco distante, y retirándose á un patio, se bajó las bragas, y fingió querer hacer alguna necesidad: el rey casualmente lo vió desde una ventana, y gritando á Bertoldo, le dijo:

Rey.—Bestia incapaz, ¿qué es lo que vas á hacer?

Bert.—¿Pues no dices que me sirva de tu corte para todas mis necesidades?

Rey.—Lo he dicho; pero no lo decia por tanto, ni pudiera pensar semejante atrevimiento.

Bert—Pues yá que me dijiste y me ofreciste, quiero servirme de la oferta, y descargar el grave peso que tengo en el vientre, que me agrava mucho y no puedo sufrirlo más.

Viendo esto uno de aquellos guardias alzó un palo para sacudirle, y le dijo con enfado: ¡Bruto, insolente, vete á la cuadra donde están los asnos, más racionales que tú, y otro dia no te atrevas á desvergüenza tal en palacio y cuasi delante del Rey, si no quieres que te rompa las costillas con este palo!

Volvióse entonces Bertoldo á él, y dijo:

Bert—Hermano, vete, y no seas tan pronto, ni te hagas tan celoso; advierte, que también las moscas, que vuelan sobre las cabezas de los tiñosos, se

ponen sobre la real mesa, y se ensucian en la propia taza del Rey, á pesar de lo cual come la sopa sin escrúpulo ninguno, sin reparar en una cosa tan sumamente asquerosa; pues si esto es así, ¿cómo reparas en que yo haga en el suelo esta cosa tan precisa? Fuera de que, si el Rey me manda que en mis necesidades me sirva de su corte, ¿qué más necesidad me puede ocurrir que la presente para aprovecharme de ella? Por esta acción entendió el Rey la alegoría de Bertoldo; y sacándose del dedo una sortija, se volvió á él, y le dijo:

Rey.—Toma esta sortija por premio: y tú, tesorero, tráeme aquí mil escudos, que quiero hacer luego un presente á Bertoldo.

Bert.—No quiero que tú me interrumpas el sueño.

Rey.—Pues, ¿por qué motivo te lo interrumpiré?

Bert.—Porque si yo tengo esta sortija con tanto dinero, no descansaré jamás; pues me estaré imaginando y alambicando los sesos continuamente, y no podré encontrar sosiego de ningún modo; que regularmente he oído decir, que quien de otro toma, á sí mismo se echa la maroma: á mí la naturaleza me hizo libre, y libre quiero conservarme.

Rey.—¿Pues qué te podré yo dar para gratificarte?

Bert.—Paga bien quien conoce el beneficio.

Rey.—No basta conocerlo solamente, también es necesario para el reconocimiento hacer alguna gratificación.

Bert.—La buena intención es bastante paga para el hombre de bien.

Rey.—El superior no debe ceder al súbdito en generosidad.

Bert.—Tampoco debe el súbdito aceptar nada, que sea más de lo que se merece.

Instancia de la reina al rey para que le envie á Bertoldo.

Mientras hablaban, llegó un criado de parte de la Reina con una carta, en la cual le suplicaba al Rey le enviase á Bertoldo, pues quería divertirse con sus gracias, asegurando que se encontraba bastante melancólica; pero era todo ficción, pues tenía pensamiento de hacerle quitar la vida: á esto la movía el haber sabido, que por su culpa recibieron las matronas del Rey una afrenta y disgusto tan grande como el pasado: por este motivo estaban tan rabiosas contra él, que si le hubieran podido agarrar entre las uñas, le hubieran desollado vivo. El Rey leyó la carta, y dando crédito á su contenido, se volvió á Bertoldo y le dijo:

Rey.—De nuevo me suplica la Reina, que te dé licencia para ir á su cuarro. Se encuentra algo indispuesta y quiere que vayas un rato á divertirla y quitarle el mal humor de su gran melancolía.

Bert.—También las zorras fingen algunas veces que están malas, para poder cazar mejor los pollos.

Rey.—¿Y á qué intento dices esto?

Bert.—La práctica me sirve de libro.

Rey.—Enfado de mujér noble presto se pasa.

Bert.—Las ascuas cubiertas mantienen mucho tiempo la ceniza caliente.

Rey.—¿No oyes el fin por qué te llama?

Bert.—Buenas palabras y malos hechos engañan á locos y cuerdos.

Rey.—Ea, pues, al que se ha de ir, enviarle, que el agua pasada no mueve molino.

Bert.—El que una vez se quemó con las sopas, las sopla, aunque estén frias.

Rey.—Vaya que de corsario á corsario no hay más pérdida que los toneles vacíos.

Bert.—También piensa el borracho una cosa, y otra el tabernero.

Rey.—Pues por hacer un gusto, nunca se pierde nada.

Bert.—Gusto que causa daño, Dios te dé mal año.

Rey.—Mientras estés en mi corte, no tengas miedo de nada.

Bert.—Preferible es ser pájaro de campo que de jaula.

Rey.—Vé en seguida, no te hagas desear más; porque cosa muy rogada suele ser poco agradecida.

Bert.—Desdichado de aquel que dá ejemplo á otro.

Rey.—Aquel que está más, más quisiera estar.

Bert.—Quien empuja el navío á la mar, está más expuesto al peligro.

Rey.—Acaba, ve y nada temas.

Bert.—Cuando va el buey al matadero, suda por delante, y tiembla por detrás.

Rey.—Revístete con ánimo de león, y entra con descaro.

Bert.—No puede tener ánimo de león, quien tiene el corazón de oveja.

Rey.—Anda seguro, á la Reina se le acabó el enfado contra ti, pues la burla pasada se convirtió en risa.

Bert.—Risa de señor, serenidad de invierno, sombrero de loco y trote de mula vieja hacen una primera de pocos puntos.

Rey.—No hagas que te aguarden, pues toda tardanza es enfadosa.

Bert.—En fin, voy, porque tú me lo mandas, salga lo que saliere, ó vaya como quisiere; porque de cualquier modo es necesario entrar, sea por la puerta ó por la cerradura.

ALEGORIA TERCERA

Dar audiencia á los súbditos es virtud y obligación de príncipes magnánimos y justos, pues es preciso que escuchen los pleitos de menos entidad, indagándolo todo por menudo, aunque sean ridiculeces femeniles; ya que es el medio más proporcionado para satisfacer al vulgo: y así, quien se halla constituido en esta obligación, debe usar de la política en ocasiones de ver y no ver; debe no hacer caso de unas, y atender á otras de mayor entidad. Al cortesano avisado, recatado y prudente, no le falta medio ó arte para comprender los preceptos de su soberano, que aunque los mande con rebozo, resulta prudencia ejecutarlos.

Buena industria con que se defendió Bertoldo del ímpetu de la reina.

Bertoldo se encaminó al cuarto de la Reina, y cuando se disponía á entrar oyó casualmente cómo había dado orden á los que cuidaban de los perros, que apenas le viesen entrar en su cuarto los soltaran todos, para que por este medio quedase de ellos bien castigado (que es á cuanto puede llegar la crueldad). Aquel día por casualidad, cuando en verdad iba á palacio, pasó por la plaza: tenia un hombre una liebre viva, y la compró: llevábala oculta debajo de su capa, y al llegar arriba para

cumplir con la orden, ya cerca de la antecámara de la Reina, le soltaron los perros, que iban furiosos á acometerle; y en verdad que le hubieran hecho pedazos á dentelladas, si él, viéndose en tan grave peligro, no soltara la liebre, la que vista por los perros, éstos se dieron prisa á seguirla y dejaron libre á Bertoldo, llevándoles más la afición á la liebre, propio impulso de su inclinación natural á la caza. Beltoldo quedó ileso de las crueles mordeduras quo le esperaban. Mientras se celebraba la fiesta de la liebre con los perros, entró y se presentó delante de la Reina, quien al verle quedó sumamente admirada, pues estaba segura de que le habrían hecho pedazos los perros; y así con gran cólera y enojo le dijo:

Rein.—¿Tú estás aquí, embustero, asesino?

Bert.—¡Ojalá no estuviera como estoy!

Rein.—¿Pues cómo te escapaste de los dientes de mis fieros y crueles dogos?

Bert.—La providencia ha previsto el caso.

Rein.—Calla, que no se ríe siempre la mujer del ladrón.

Bert.—Quien va al molino, preciso es que se llene de polvo.

Rein.—El que lleva el primero, no va vacío.

Bert.—Aquel que le toca es el que lleva.

Rein.—Pues á tí te toca esta vez.

Bert.—No hay engaño más que para aquel que se fía.

Rein.—Prometer y no dar es gran locura.

Bert.—Quien faltase, que pague la res.

Rein—El que no lo juega, lo malgasta.

Bert.—A quien le va bien está en concepto de hombre prudente.

Rein.—Ir bestia y volver bestia es igual.

Bert.—No entremos, dijo la zorra al lobo.

Rein.—Pero no obstante logré que tú entrases, aun con toda tu malicia y preciándote de astuto.

Bert.—Paciencia, dijo el lobo al borrico; tales andan las bodas, que no me llaman á la mesa.

Rein.—Su tiempo le llegará á quien lo espera.

Bert.—Ventura me dé Dios, que el saber poco me vale.

Rein.—Tras el trueno viene la tempestad.

Bert.—Es verdad, porque el pescado grande se come al chico.

Rein.—No todos los gallos conocen las habas.

Bert.—La sierpe guarda el veneno en la cola; pero la mujer airada lo tiene esparcido por todo el cuerpo.

Rein.—Te aseguro que esta vez no te escaparás aunque intentes las más sutiles malicias de que te vales: te juro que ahora no te has de ir alabando de que has hecho burla; veamos si tus estratagemas contra las mujeres te valen siempre.

Bert.—Al que no le toca una, le pilla la otra; el que camina más presto, engaña al compañero; sólo te pido, que ya que estás empeñada en castigarme, sea cuanto antes, para salir del susto en seguida, y salga como saliere.

La Reina, enojadísima, le hizo prender y atar fuertemente de pies y manos; mandó que lo llevasen á un cuarto próximo al suyo; porque de nada se fiaba, temiendo que se escapase, como había hecho en otras muchas ocasiones, valiéndose de sus sutiles astucias; para mayor seguridad le hizo meter dentro de un saco, haciéndole atar para que no pudiese sacar la cabeza: púsole un alguacil por centinela, para que le vigilase hasta la siguiente mañana, en que debia mandarle arrojar en la corriente de un río, impidiéndole de tal manera para

que volviese á dar más chascos y usase de sus industrias.

Quedó, pues, nuestro Bertoldo atado de pies y manos en el saco, y nunca vió más próximo su fin, ni tuvo más miedo á la muerte que en esta ocasión; pero en medio de tanto susto pensó una nueva astucia para librarse del saco, y le salió del modo que lo habia pensado, y fué fingir el hablar consigo mismo. Empezó á suspirar y á quejarse, diciendo: «¡Oh, maldita fortuna, y cómo te alegras y te gozas de mortificar tanto á los pobres como á los ricos! ¡Oh, maldita hacienda, en el estado en que »me has puesto! ¡Mejor hubiera sido para mí y más »felicidad tendría, si mi padre me hubiera dejado »pobre mendigo, pues de esta suerte no me hallaría »en tan triste conflicto! ¡Ahora me desengaño de »que nada me ha servido el disfrazarme, ni vestir»me de este grueso sayal, dando á entender con mi »vestido que era un pobre miserable, no bastando »mi humildad, ni abandonar todos mis bienes, para »que con todo esto no me hayan descubierto y co»nocido por hombre rico! Ellos, en verdad, no se »han engañado: ¡pluguiese á Dios no lo fuese! ¡No »otra cosa, sino la avaricia de gozar mi hacienda, »les hace querer emparentar conmigo! Pero bien »puedo padecer trabajos, que nunca consentiré, ni »admitiré la proposición de casarme con ella; pues »siendo yo (aunque con riquezas) un hombre todo »contrahecho y feo, tengo la seguridad que la no»via tendrá tentaciones de no serme fiel; así, si la »Reina insiste en que me case con ella, contra toda »mi voluntad, ya me imagino perdido y sin saber »en semejante lance qué hacer, ni cómo escapar de »semejante violencia.»

El guardia oyendo las razones de Bertoldo, llevado de la curiosidad de saber la verdad de tal dis-

curso, movido también á compasión le preguntó á Bertoldo:

Alg.—Hombre, ¿qué conversación ó qué discurso estás haciendo? Dime, infeliz, ¿por qué te metieron en este saco?

Bert.—¡Ah, hermano mío! Déjame, que nada te interesa el saber mis cuitas: sólo te suplico que no me toques, ni preguntes respecto á este asunto; déjame quejar de mi desgracia, y cumple con tu oficio.

Alg.—Advierte, que aunque soy alguacil, soy humano y compasivo, y me mueven á lástima las calamidades del prójimo; y si no pudiese ayudarte en el trabajo que ahora padeces, porque mis fuerzas no lo alcanzan, á lo menos te daré algún consuelo que te sirva de alivio.

Bert.—Poco consuelo me puedes dar, porque el término es harto breve para todo lo que conmigo se ha de ejecutar.

Alg.—Pues qué, ¿te quieren dar doscientos?

Bert.—Peor.

Alg.—¿Tormento?

Bert.—Mucho peor.

Alg.—¿Mandarte á galeras?

Bert.—Tres veces peor.

Alg.—¿Ahorcarte y descuartizarte?

Bert—Todavía peor.

Alg.—¿Quieren quemarte?

Bert.—Mil veces peor.

Alg.—¿Pues qué te pueden hacer, que sea peor?

Bert.—Me quieren casar.

Alg.—Hombre ó diablo, ¿es peor eso que todo lo que se ha dicho? Creia que eras hombre de entendimiento; mas ahora veo que eres un bestia; pues yo juzgué en ti un extraordinario delito, y veo que

sales con esa rara extravagancia, digna de risa mucho más que de lástima.

Bert.—Amigo, no digo que el casarse sea peor que todo lo que se ha dicho; lo peor consiste en la manera de ejecutarlo, y para mi genio te aseguro me ha de costar más dificultad y trabajo, que todas las cosas dichas.

Alg.—¿Pues qué manera es esa? Explícate más claro, para que pueda entenderte.

Bert.—Ninguna: sólo que no quisiera que me oyera nadie, pues sé que de seguro acabarían conmigo.

Alg.—Nadie hay más que yo, habla con toda seguridad.

Bert.—Te suplico y ruego que no me seas traidor.

Alg.—No te figures de mil tal cosa; y así, bien puedes hablar con toda seguridad, que te guardaré secreto, y te seré fiel.

Bert.—Yo, en fin, me fío de tí; pues por tu trato racional se conoce que eres hombre de bien; y así confío en que no faltarás á tu palabra.

Alg.—Ea, pues, empieza á contarme todo el caso, que yo te escucharé atentamente.

Bert.—Pues sabrás que yo me encontraba con abundancia de bienes, á que se juntaba el lustre de un honroso nacimiento, dotes ambos con que quiso adornarme el cielo; pero como todo no puede ser cabal en el mundo, tuve la desgracia de nacer muy al contrario de la regular figura de todos los demás hombres; pues soy tan sumamente disforme y monstruoso de cuerpo, que no se encontrará segundo en el mundo. Con el motivo de ausencia, dejé mis poderes á un caballero de mi patria para que cuidase de mi hacienda: este caballero tiene una hija muy bonita, y llevado de mis muchas riquezas determinó (aunque yo soy tan feo como te digo) que

me casase con su hija; muchas son las ocasiones en que me ha rogado, varios sujetos me instaron sobre el asunto, procurando reducirme á que consienta; y yo, al considerar que todas estas diligencias no se llevan á cabo por el amor que me tenga la novia, ni tampoco me puedo persuadir la haya llevado la pasión de mi figura, porque discurro le ciega solamente el interés de mi hacienda, me resistí, sin dar oidos á pretensión semejante; y te juro que antes quisiera verme ahorcado, que casado con ella.»

Alg.—¿Con qué tú eres tan rico?

Bert.—Sí, por cierto; tanto en raíces, como en bienes muebles, me ha dado mucho el cielo.

Alg.—¿Y cuánto tendrás de renta?

Bert.—Un año con otro, hago cuenta, que tendré seis mil escudos, antes más que menos, y limpios de polvo y paja.

Alg.—¡Ciruelas! muchos marqueses hay que no tienen otro tanto: y dime, ¿ese caballero, que tú dices, es muy rico?

Bert.—Está bien acomodado; pero, en comparación á mi caudal, es pobre.

Alg.—No obstante, ¿cuánto tendrá de renta?

Bert.—Tiene próximamente mil escudos.

Alg.—No es tan pobre como tú dices, y dime: ¿es bien nacido?

Bert.—Eso sí, es caballero bastante conocido.

Alg.—¿Y no te quiere dar algo en dote?

Bert.—Sí por cierto: espera, que te lo he de contar todo, ya que deseas saberlo: pero te juro, que no puedo hablar dentro de este saco, si no le desatas la boca un tanto para que pueda sacar la cabeza fuera, y referírtelo sin tanto trabajo. Desata, que después tú lo volverás á cerrar en habiendo oido mi historia, que es bien peregrina.

Alg.—Con mucho gusto lo haré. Ea pues, ya está desatado, habla ahora á tu gusto, pero ¡qué cara tan fea tienes! Sólo con ella puedes espantar una corrida de toros; y si lo demás del cuerpo corresponde á tu maldita fisonomía, serás un animal muy horrendo.

Bert.—Sácame del todo fuera del saco, y verás mi persona, que bien plantada que está.

Alg.—Lo haré; pero es necesario que te vuelvas á meter dentro no bien que hayas acabado.

Bert.—Quedemos de acuerdo en lo que me dices, y no receles de nada, pues soy caballero, y basta.

ALEGORÍA CUARTA

El cortesano no debe parecer en la corte, ni muy profano, ni muy pobre, ni muy poderoso, ni muy humilde, ni sabio, ni ignorante, por no exponerse á la envidia, ni al desprecio. El que no sabe guardar un secreto, no es apto para ningún negocio; siendo esto el alma y lo más endeble en las mujeres. El solo artificio no sirve á la fuerza, sino para salvar á otros de la ira de los poderosos.

El alguacil saca á Bertoldo fuera del costal

Alg.—Vamos, sal.

Bert.—Aquí me tienes, ¿qué te parece esta prosopopeya?

Alg.—¡Es verdad que eres un bello caballero! ¡Ay Dios mío! No vi en mi vida más espantosa figura de bestia! Dime, ¿te había visto la novia por ventura?

Bert.—Nunca me vió y para que ella no me vea me encerraron en este saco, y quieren traerla aquí á este cuarto para que me despose sin luz, y luego de estar desposado me desatarán, y me haré presente

á su vista, y será menester que ella se contente por fuerza, que así lo tienen todo dispuesto, y á mí me darán enseguida dos mil doblones de oro, los que pagará la reina, porque así lo tiene ofrecido.

Alg.—En verdad que es una buena ventura. ¡Ay, y qué niño tan hermoso y gracioso! ¡Oh, qué hacienda tan mal empleada! ¡Cuántos pobres hombres y mujeres de bien se contentarían con la tercera parte! Miren á este salvaje, monstruo infernal, que por tener hacienda y ser caballero, tiene á mucha fortuna el emparentar con él una de las primeras casas y más distinguidas familias. Por esto afirma bien aquel refrán, que el interés obliga á estar al tiñoso asomado al balcón. ¿Por qué no me vendrá á mí, que soy pobre, y no soy monstruo como este pollino, tal fortuna? Pero maldita la hacienda que sirve para guerra de los hombres.

Bert.—Si tú fueras hombre de bien esta noche te harías hombre rico.

Alg.—¿De qué manera?

Bert.—Mira, estoy resuelto á no casarme con ella aunque más fuerza me hagan; porque sabiendo que es tan hermosa como el sol, y adornada de todas las habilidades y gracias, envidiada de muchos, estoy cavilando y sospechando, que ella no será para mí solo; por otro lado, en viéndome ella tan feo y contrahecho, temo no la tiente el diablo, y me dé algún bocadito sabroso, compuesto con el nombre del gran turco Sulimán, y en pocas horas me haga dar un brinco al otro mundo; y así, si tú quieres entrar en este saco en mi lugar, te haré dueño de una fortnna tan grande y mucho más dichosa, que la que podías esperar en tu vida.

Alg.—¡Cáscara! ¡Para el pícaro que hiciera tal locura! ¿Exponerme á que después que me desataran, y vieran que no eras tú, me hicieran contrape.

sar un nudo por el pescuezo, y dar el salto mortal?

Bert.—No receles nada, porque cuando estés desposado, y conozcan que no hay remedio, tendrán paciencia, aunque lo sientan; fuera de que tú eres buen mozo y agraciado, y tal vez se alegrarán, haciéndose cargo de mi grande fealdad. Con esto te entregarán los dos mil doblones de oro, entrarás en posesión de toda mi hacienda y de la suya; porque su padre es ya viejo, y ya poco tiempo puede vivir, según la edad en que se halla; en lo sucesivo podrás vivir con honra y grande esplendor, sin entregarte al bajo oficio que tienes, tan vituperable, infame y aborrecido del pueblo.

Alg.—El negocio lo facilitas muy bien, pero no quiero exponerme á semejante riesgo, y así vuélvete á entrar en el saco.

Bert.—¡Ah, cuidado! ¿No sabes que al hombre audaz le sale bien tentar fortuna? ¿Qué mal te puede resultar de este negocio? ¿Quieres tú, una vez desposado con ella, que su padre te haga mal ninguno? La modestia de la novia, una vez hecho, ¿tienes que ponga dificultad, y que diga que no te quiere? A más la Reina, siendo tan liberal, que llega al extremo de pródiga, no pondrá dificultal en desembolsar el dinero, por ser quien es, y por no aparecer avarienta. Te juro, que todos se conformarán y conocerán que es permisión clara del cielo, y lo llevarán con la debida prudencia, y tú vivirás después muy regalado y contento con tu mujer, servido de muchos criados, sin tener que envidiar á nadie en este mundo. Ea, pues, reflexiona bien esta gran fortuna, que te depara el cielo, que no se proporcionan todos los días ocasiones como éstas. Conque, vamos, entra en el saco, y no lo pienses más, porque si hubiera algún peligro que te sirviese de riesgo, no te movería yo á que ejecutases cosa que te pudie-

ra ser perjudicial; ni has de pensar de mí que te engaño y finjo lo que te he dicho. Mañana, antes de comer, experimentarás lo mucho que yo te quiero; hágome cargo de tus méritos, y eso me mueve á hacer esto.

Alg.—Lo cierto es, que tú me lo has pintado tan bien, que casi casi estoy determinado á arriesgarme, convencido de lo que se suele decir, que quien no se arriesga no gana; ¿quién puede saber los decretos del cielo, y lo que me tendrá destinado en semejante aventura?

Bert.—No entiendo de bachillerías; sólo sé que aquel que no disfruta su fortuna cuando se le viene rodada á la mano, suele suceder después, que cuando la busca la encuentra en el río; pues ya que el cielo quiere concederte esta dicha, ¿para qué la desprecias? Sé muy bien, que si conocieras mi sinceridad, no pondrías tantas dificultades; en fin, hermano mío, haz lo que te parezca, que yo no quiero cansarme más en persuadirte; ya me entro en el saco; ven á cerrar, que te juro no te tengo de decir nada más por todo el oro del mundo, pues no quiero ser porfiado, que fuera necedad.

Alg.—Aguárdate, que bastante tiempo hay para meterte en el saco.

Bert.—Quien tiene tiempo, no espere tiempo: ya creo que desprecias tu fortuna, y así no quiero fatigar más mi cabeza; á la verdad que loco es aquel que quiere hacer bien á otros en perjuicio suyo.

Alg.—Ya sé que tus persuasiones nacen sólo del mucho amor que me tienes; también veo lo mucho que te has inquietado por mí, y así no quiero abusar de un bien como el que me ofreces: ya me tienes convencido, y estoy dispuesto á entrar en el saco y hacer todo lo que me has dicho sin faltar á la más mínima cosa, pues luego de desposado for-

zoso será que quede señor y dueño de todo, y que los demás tengan gran paciencia y con lo hecho se conformen.

Bert.—No quiero hablar más sobre eso; ven acá, y atarás la boca del saco.

Alg.—Detente, amigo; no me quites una dicha tan grande como la que espero; suplícote no me quites mi fortuna.

Bert.—Ea, pues, no quiero dejar de hacerte esta gracia, aunque te aseguro que me has hecho enfadar no poco con tu timidez: entra en el saco, y no hables más; sólo lo que te advierto es que tengas cuidado, y esperes lo que te ha de venir; por la mañana conocerás la obra tan buena que hago por ti.

Alg.—Si yo no hubiera formado concepto de que eres hombre de bien, no me habría reducido á encerrarme dentro de este saco.

Bert.—Ya te dije que no tienes que desconfiar ni sospechar: mete bien dentro ese otro brazo y baja un poco la cabeza, porque eres algo más alto que yo y no podré atar la boca del saco bien si no te encoges; ¿me entiendes?

Alg.—¡Ay! ¡Que me desnuco, y el pescuezo se me tuerce! Aguarda: ata ahora como quisieres, que yo juzgo no estaré aquí mucho tiempo, porque no tardará en llegar el lance de mi fortuna, según dijiste.

Bert.—Dentro de dos ó tres horas á lo más, discurro estarás ya despachado. Ea, pues, ya estás atado: quieto y no hables palabra; no sea que te conozcan y se eche todo á perder.

Alg.—Prometo no hablar; pero arrímame á la pared, porque me cansaré de estar en pie tanto tiempo.

Bert.—¡Válgate Barrabás, y lo que pesas! Ya estás arrimado... ¿Estás bien?

Alg.—Muy bien.

Bert.—Pues permanece en un profundo silencio, que es lo que importa, hasta que el lance se logre.

Alg.—No hablaré; pero estate tú también quieto hasta que llegue la novia.

ALEGORÍA QUINTA

El sabio que se halla rodeado de peligros, ó forzosamente los encuentra, con destreza huye de ellos. En las cortes es vieja costumbre el salvarse á sí mismo con la ruina y precipicio del prójimo. El interés y el amor profano corrompen la prudencia de los hombres, y los exponen á gravísimos riesgos.

Escápase Bertoldo y deja en el saco al pobre alguacil.

Cuando Bertoldo dejó al alguacil dentro del saco, bien asegurado, determinó no esperar la tempestad que le estaba amenazando. Decidióse á salir por la mañana temprano: pero siendo necesario pasar por los cuartos de la Reina, recelaba el poder ser descubierto; no obstante se decidió, acechando antes muchas veces, inclinando el oído á la cerradura de la puerta, por si acaso oía algún ruido, y no oyendo á nadie por todos aquellos cuartos (porque estaban en el más profundo sueño), abrió con cuidado la puerta del cuarto en donde dormía la Reina, y aproximándose á la cama con gran silencio, observó que estaba dormida, y aquí imaginó darle otro nuevo chasco: púsolo en ejecución, pues tomando sus vestidos, se los vistió; y así disfrazado

de mujer, pasó por todas las habitaciones por donde dormian las damas, y cogiendo todas las llaves, que estaban colgadas cerca de la cama de la portera, abrió las puertas con presteza, y no tardó en verse fuera del recinto de palacio. Acaeció que había nevado en aquella noche, y temiendo ser descubierto por las pisadas, quitóse los zapatos, y se los puso al revés, de suerte que las pisadas denotaban ser de alguno que había entrado en palacio, y no de que hubiese salido. En ninguna parte le parecía estaba seguro, hasta que al fin encontró detrás de la muralla de la ciudad un horno, en el que metiéndose, se aseguró del temor que le acosaba.

Sorpresa de la reina.

Cuando entraron las damas á vestir á la reina y no encontraron los vestidos que habían dejado allí la noche anterior, se quedaron admiradas y confusas, y como no se encontrasen, mandó la reina que le llevasen otros. Levantóse tan sumamente enfadada, que en seguida se fué adonde había dejado á Bertoldo en el saco, y no encontrando al centinela, á quien había encargado su custodia, pensó entre sí que el guardia había sido el ladrón de los vestidos. Tan furiosa se puso, que aseguró que si le cogía ó podia haberle á las manos, había de mandarle ahorcar al momento; no obstante el enfado, se arrimó al saco, y dijo, pensando hablar con Bertoldo:

Rein.—Y bien, ¿estás ahora de tan buen humor como el que siempre gastaste?

Alg.—Señora, estoy dispuesto para desposarme con ella, cuanto antes pueda ser.

Rein.—¿Qué es lo que deseas cuanto antes, alguna purga?

Alg.—¿La habéis ya dispuesto?

Rein.—No; pero haremos que al punto se disponga.

Alg.—Cuanto más antes sea, lo estimaré mucho; porque quiero despachar á escape.

Rein.—No pasará mucho tiempo sin que quedes consolado.

Alg.—Grande es la ansiedad que padezco por alcanzar esta dicha; y así haz que despachen y vengan sin dilación.

Rein.—Digo que dentro de un poco te llevarán donde ella está, y así estarás contento y gustoso.

Alg.—Pues si el concierto fué de que ella viniese á este cuarto, donde nos habíamos de desposar en secreto, y cobrar yo los dos mil doblones, ¿qué hablas de ir adonde ella está? Procura que la traigan aquí sin tardanza, que estoy pronto á cumplir lo contratado.

Rein.—¡Qué desatinos está diciendo esta bestia! ¿Qué dice de la esposa y de doblones? Sacadle la cabeza del saco, que quiero verle la cara.

La reina encontróse confusa al ver que del saco salía el alguacil cuando esperaba á Bertoldo, y dijo:

Rein. — Hombre, ¿quién te ha metido en este saco?

Alg.—Aquel que había de ser novio me púso, pues no queriendo por esposa aquella que tú le querías dar, ha renunciado en mí esta fortuna: y así, desde luego, puedes mandar que la traigán aquí, juntamente con los doblones que tú en dote le ofreciste, que yo aquí estoy pronto para todo cuanto con él estaba tratado.

Rein.—¿Qué esposa ni qué doblones? Habla con claridad, para que pueda entenderte.

Alg.—La esposa y los doblones, que tú querías dar á aquel rústico, es lo que aguardo.

Rein.—¡Ay, ay! ya veo que aquel astuto le ha engañado.

Alg.—Digo, que me aseguró cuanto he dicho, y para que hiciera sus veces me metió en este saco; y si se escapó fué para que no le obliguen á casar con violencia; y así vamos al instante á celebrar el desposorio, pues estoy pronto á hacer gustoso lo que él haría obligado.

Rein.—Espera un poco, que en seguida haré traer el dinero, pues es muy justo que yo cumpla el contrato, y que sea á tu costa muy bien cumplido, como mereces.

Alg.—Estoy pronto, y aseguro que cada hora se me hace un siglo para contar el dinero; pero te aseguro que los doblones han de ser para recibirlos de peso.

Rein.—Primero los contarás, y si no fueran de peso, te los haré cambiar, y mientras tanto empieza á contar.

Y diciendo esto, llamó á cuatro criados, los que vinieron armados de fuertes garrotes y empezaron á descargar con tal aire sobre el pobre alguacil, que viéndose maltratar, empezó á gritar y á pedir á voces perdón: mas no sirvió de nada, pues con más denuedo le sacudían; de suerte que le dejaron en el suelo como muerto. Aun no se conformó la reina con este solo castigo, sino que también mandó que, en el saco cerrado, como estaba, lo arrojasen al río. De este modo cobró el pobre infeliz los dos mil doblones, á la verdad bien pesados, y en vez de la ofrecida novia, fué el río su sepultura.

Después de la desdichada tragedia del alguacil

se hicieron las más activas diligencias para encontrar á Bertoldo; pero como las pisadas de la nieve las veían al revés, no podían presumir que hubiese salido fuera de palacio; la reina insistía con ánimo firme de que si le prendían, fuese ahorcado sin dilación alguna, pues quería vengarse de las dos burlas de llevarle los vestidos, y dejar al alguacil dentro del saco.

ALEGORIA SEXTA

Cuando está en nuestro arbitrio el poder escapar de un daño, es loco aquel que se lo apropia contra sí mismo, no obstante que nuestro libre albedrío es aquel, que, entre todas nuestras pasiones, voluntariamente escoge una, que después sirve de tormento á nuestra alma y de continuo martirio; aquel que muere más de cuando nació, muere muy glorioso; pero el hombre cristiano y prudente debe disponerse preventivamente para cuando llegue este caso: el sabio debe de hacerse útil para el público, aun después de muerto, dejando su buen ejemplo, y una buena doctrina.

Bertoldo en el horno.

Bertoldo, metido en el horno, oía preguntar por él á los que pasaban en su busca y cada clamor de éstos era una saeta que le atravesaba el corazón; y de hecho nunca tuvo tanto miedo á la muerte como en este lance, del cual se hallaba sumamente arrepentido, y mucho más de haberse familiarizado en palacio, abandonando la libertad de su aldea: en medio de las confusiones y penas que

e cercaban, no se atrevía á salir por no ser descubierto, por temor de que le prendieran y castigaran, pues sabía ya por la experiencia la mala voluntad y grande aversión que la reina le tenía, y mucho más precediendo la burla del alguacil y el hurto de los vestidos; y así temblaba no le mandase ahorcar al punto. Ocurrió, pues, que como los vestidos le venían largos, no habiéndolos recogido bien, quedó fuera del horno un pedazo de la bata: quiso su mala estrella que pasase una vieja, y dirigiendo la vista hacia la boca del horno, vió las faldas, y conociendo los ribetes y guarniciones de la basquiña y la bata, vino en que aquellos vestidos eran de la reina, y certificándose más, empezó á publicar que la reina estaba escondida en el horno; fué á su casa y lo contó á una vecina, fué la vecina con ella para desengañarse mejor, y viendo y conociendo los vestidos, tuvo más fundamento para decírselo á otra: corrió la voz de tal suerte, que á la mañana siguiente ya se hablaba por toda la ciudad, que la reina estaba escondida dentro de un horno, detrás de las murallas.

Cuando llegó á conocimiento del rey semejante novedad, creyó que Bertoldo hubiese llevado á cabo una burla tan pesada, como era la de conducir á la reina á un lugar tan indecente; y como le tenía tan conocido sabía muy bien que era capaz de cometer semejante exceso y muchos más, especialmente habiéndole jugado las estratagemas referidas; fuése en seguida al cuarto de la reina, y la encontró tan furiosa y colérica, que parecía una arpía;refirióle la burla de los vestidos, ponderó el atrevimiento, audacia y poco respeto: entonces el rey hizo que le enseñaran el horno, y asomándose vió á Bertoldo, que estaba disfrazado con los vestidos de la reina; hízole sacar y le juró que sólo con la muerte había

de pagar tal atrevimiento y desvergüenza; quitáronle los vestidos y se quedó con sus trapos, tan ridículo que además de ser tan feo de nacimiento, como se llenó la cara del negro tizne del horno, parecía un verdadero retrato y figura del demonio. Al sacar arrastrando á Bertoldo del horno, el rey, muy encolerizado, le dijo:

Rey.—A pesar, villano infame, de tus astucias, ya te he cogido, y te aseguro que esta vez no te escaparás, aunque te vuelvas demonio.

Bert.—Aquel que no está, no entra; y el que está no se arrepienta.

Rey.—El que hace lo que no debe, le sucede lo que él no cree.

Bert.—El que no va, no cae; y aquel que cae, no se levanta limpio.

Rey.—Quien ríe el viernes, llora el domingo.

Bert.—Desahorca al ahorcado, que él te ahorcará luego á ti.

Rey.—Entre la carne y la mentira ninguno iguala.

Bert.—Quien es defectuoso es sospechoso.

Rey.—La lengua está sin hueso, y rompe el seso.

Bert.—La verdad ha de quedar encima.

Rey.—También la verdad enmudece en ocasiones.

Bert.—No se debe hacer aquello que no se quiere se diga de uno.

Rey.—Quien se viste con lo ajeno, en breve lo desnudan.

Bert.—Es preferible dar la lana que la oveja.

Rey.—Pecado viejo, penitencia nueva.

Bert.—Quien mea claro, mata al médico.

Rey.—El jugar de manos, hasta á los piojos disgusta.

Bert.—Y mover los pies también disgusta á los que echan de una horca abajo.

Rey.—Dentro de poco tú serás uno de ellos.

Bert.—Antes ciego que adivino.

Rey.—Dejemos aparte estas disputas, y lo verás. Hola, ministros, llevad á este hombre, y luego colgadle de un árbol; y lo que os encargo es que no atendáis á sus palabras ni súplicas, porque es un villano infame, desvergonzado y atrevido; tan sagaz y astuto, que es imposible no tenga el diablo en el cuerpo: vamos presto, conducidle sin detención, y ejecutad con brevedad lo mandado.

Bert.—Señor, mirad que las cosas hechas de prisa nunca salen bien.

Rey.—Muy grave fué el ultraje que has hecho á la reina.

Bert.—El que tiene menos razón grita más alto; pero á lo menos te pido que me dejes dar mis excusas y alegar mis razones.

Rey.—A las tres va la vencida, y tú has cometido más de cuatro, y todas fueron con grave ultraje de la majestad real; y así no quiero escucharte.

Bert.—Por haber dicho la verdad, ¿he de padecer la muerte? ¡Ah, señor! no seas tan cruel contra mí: mira que de corazón te suplico me atiendas.

Rey.—Tú sabes bien lo que dice aquel refrán: Oir, ver y callar, quien del mundo ha de gozar. Y quien quiere bien al amo, ha de venerar al ama. Ya te digo que no he de escucharte, porque se ha de ejecutar sin remisión el castigo que mereces; y así llevadle y cumplid mi orden al punto.

Bert.—¿Qué he de hacer? ¡Paciencia! Pues no hay remedio, bueno es morir para obedecer. ¡Qué bien dice aquel proverbio! O sirve como siervo, ó corre como ciervo; y el otro que dice: los ciervos

con astas no se sacan unos á otros los ojos, y nuestros parientes nos ven llevar á la horca, pero ellos no se ahorcan: con todo eso no es todo oro lo que reluce, y el que no hace nada no yerra: palabra dicha y piedra tirada, no puede volver atrás una carrera de caballo: tengo la boca de risa, y en el interior la rabia; pues, por lo que veo, es preferible una onza de libertad, que diez libras de oro; y por eso se dice, que un lobo á otro no muerde; y lo mismo se cuenta del cuervo, que por cantar perdió el queso, como á mí me ha pasado, que por burlarme me veo ahora con el lazo al cuello, de que no me librarán las alas de Dédalo; pues el rey dió ya la sentencia, y su palabra, como de rey, menester es que se cumpla; pero también se dice, que quien puede hacer puede deshacer.

Última astucia de Bertoldo para librarse de la muerte.

Bert.—Ea pues, Bertoldo, en tal lance es necesario tener ánimo y mostrar generosidad y obediencia resignada, en un paso en que nada puede valer sino la conformidad. Y pues ya no hay redención posible, rey y señor mío, estoy pronto para que se ejecute en mí todo cuanto has ordenado; pero, señor, antes que yo muera te pido me concedas una gracia, que por ser la última, espero recibirla de tu piedad.

Rey.—Di, que estoy pronto á concederte lo que me pidas; y así despacha, que ya que mueras, no quiero ser tan cruel que me niegue á lo que por último me suplicas.

Bert. – Pues lo que te ruego es, que mandes á tus ministros que no me ahorquen mientras no encuen-

,re y señale un árbol que sea de mi gusto, donde se ;onsume el castigo; pues siendo así, yo iré á morir nuy contento y gustoso.

Rey.—Si más no pides, desde luego te concedo ›sta gracia. Ea, llevadle y no le ahorquéis, sino del írbol que él señalare. Así lo mando, y así lo habéis le cumplir: ¿quieres más?

Bert.—No pido más; y por el favor que me haces, ;e doy las debidas gracias.

Rey.—Ten paciencia, que es forzoso hacer jus;icia.

Bertoldo no encuentra árbol que sea de su gusto, y furiosos los que le conducían, le dejan en libertad.

El Rey no entendió la metáfora de Bertoldo; los ninistros le llevaron á un bosque muy frondoso, ›oblado de varios árboles; viendo que no había ár›ol alguno que le gustase, le llevaron á otro cerca›o; preguntáronle si había allí alguno que le agra›ase. No por cierto. ¿Pues cuál ha de ser? Respon›ia; de todos éstos ninguno. Le llevaron á otros nuchos, y nunca pudieron encontrar árbol que le gustase. Furiosos los ministros de viaje tan inaca›able, fatigados y cansados, y conociendo su astu›ia y su grande picardía, le desataron y le dejaron ›n libertad: y volviendo á dar cuenta al Rey de ›uanto había ocurrido, se quedó absorto de tal as›ucia y sutileza de ingenio, admirado de que cupie›e en hombre de tal clase tan sutil entendimiento.

Manda el rey buscar á Bertoldo.

Pronto se le pasó al Rey el enfado, y mandó nuevamente buscar á Bertoldo. Cuando le encontraron dijéronle que volviese á palacio al punto que ya estaba perdonado de todo: este fué el recado del Rey; pero él respondió que le dijeran, que berzas recalentadas y amor de segunda vez nunca se tuvieron por buenos, y que no había tesoro que pagase la libertad. Viendo el Rey que era imposible acarrearle á su presencia, fué en persona á buscarle, y luego de muchas súplicas, al fin (aunque contra su voluntad) le llevó á palacio, mandó se le pusiese en uno de los cuartos más inmediatos al de la persona de la Reina, haciendo antes de esto que le perdonara; hízose muy confidente, de suerte que todos le cortejaban como á privado; y lo que se vió fué que con su consejo, mientras estuvo en palacio, todas las cosas caminaban con rectitud; pero como nada en este mundo es imperecedero, por entregarse á la variedad de manjares regalados y licores exquisitos, y estar él hecho sólo á comer hierbas, frutas y manjares silvestres, le dió una enfermedad tan grave que en pocos días fué la causa de su muerte, con suma tristeza de los reyes, quienes no pudieron olvidarle en mucho tiempo, echando de menos sus chistes, su agudeza y buen consejo.

Muerte de Bertoldo.

Los médicos, no conociendo su naturaleza, le aplicaban remedios adecuados sólo á los caballeros y señores palaciegos; pero como él sabía mejor su

naturaleza que aquellos que le asistían, muchas veces les rogó dejasen tales medicinas y le llevasen una buena hortera de judías cocidas ó guisadas con sus ajos y cebollas, ú otros alimentos silvestres, pues él tenía por seguro que con tales alimentos en dos días se pondría bueno del todo; pero los médicos jamás quisieron darle este gusto, y con este deseo acabó su vida Bertoldo, hombre á quien comparaban con Esopo, llamándole segundo Esopo y oráculo del reino; lloráronle generalmente todos los de la corte, y el Rey le hizo enterrar con grande honor, fausto y pompa. Los médicos que le asistieron se arrepintieron de no haber condescendido en cuanto él pidió, y conocieron que había muerto por no haberle saciado su apetito. El Rey, para perpetua memoria de tan grande hombre, hizo esculpir sobre la losa de su sepulcro, con letras de oro, los siguientes versos, en forma de epitafio, é hizo que toda la corte guardase luto, como si uno de la casa real hubiera muerto.

Epitafio de Bertoldo.

«Yace aquí en esta humilde sepultura
un rústico villano, un gran portento,
que aunque tuvo de bruto la figura
fué noble y de elevado entendimiento.
Su nombre fué Bertoldo, y asegura
en la gracia del Rey su valimiento;
pero esta pompa le cortó los días
pues le privó de nabos y judías.

Dichos y sentencias que escribió Bertoldo antes de su muerte.

Quien estuviese acostumbrado á comer nabos, no coma pasteles.

Quien está hecho á la azada, no tome lanza.

El que es campesino, no vaya á la corte.

El que vence su apetito, es gran capitán.

Quien no come de todo, no es buena mona.

Del que mira al sol y no estornuda, guárdate.

El que todos los días viste de nuevo, á cada hora tiene dimes y diretes con el sastre.

El que abandona sus negocios por hacer los de otros, no tiene juicio.

Quien quiere saludar á todos, presto rompe su sombrero.

El que castiga á su mujer, da que murmurar á los vecinos.

Quien gasta según su hacienda, nunca será mendigo.

El que rasca la sarna de otros, refresca la suya.

El que promete en el campo, debe cumplir la palabra en poblado.

Quien tiene miedo á los pájaros, no siembre alpiste.

Aquel que imita al rico, estará seguro en casa.

El que va de viaje, lleve el palo en la mano y el pan en el seno.

El que cree en sueños, funda su pensamiento en la niebla.

El que funda su esperanza en la tierra, se aleja del cielo.

El que fuese celoso de sus manos, no vaya al tinte.

Quien te aconseja pudiendo ayudarte, no es buen amigo.

Cuando se castiga la perra, señal que el perro está lejos.

Quien imita á la hormiga en el verano, no tendrá que pedir pan prestado en el invierno.

Quien tira la piedra al cielo, en la cabeza le cae.

El que va á una fiesta y no sabe bailar, no sirve de nada y ocupa lugar.

El marido que se casa con mujer por la hacienda, traerá la bolsa y no la mujer.

El que dé el mando de la casa á la mujer, hallará siempre alfileres á la puerta.

Quien no puede con su pellejo, es una infeliz oveja.

Quien goza la hacienda mal ganada, á la muerte verá sus partidas.

Aquel que alaba á otro sin conocerle, muchas veces miente.

A quien da pan á perros de otros, los suyos le ladrarán.

El que no paga el sudor del pobre, no da señales de hombre justo.

Quien come á gusto de otros, no come nunca cosa que le haga buen provecho.

El que oculta su saber, suele ser más erudito.

El que quiere corregir á otros, dé buen ejemplo de si mismo.

Quien huye de las delicias de la tierra, sólo gusta de los regalos del cielo.

Aquel que no tiene amigos, es como cuerpo sin alma.

El que adelanta la lengua al pensamiento, no es hombre de juicio.

Quien al salir de casa piensa en lo que ha de hacer, cuando vuelve ya tiene acabada su obra.

Quien da en seguida lo que promete, da dc veces.

El que peca y hace pecar á otros, de una vez le verás dos penitencias.

El que para sí no es bueno, menos lo será pa otros.

Quien quisiere seguir la virtud, destierre prim ro el vicio.

Quien desea aquello que no espera tener, á propio se niega la gracia.

El que tiene buen vino en casa, tiene la bota á puerta.

El que elige armas, quiere reñir con ventaja.

El que navega en el mar de la sensualidad, se desembarca en el puerto de las miserias.

El que se entristece por el bien de otro, otros se ríen de su mal.

El que tiene la virtud por gracia, va seguro en su viaje.

Testamento que se encontró debajo de las almohadas de la cama de Bertoldo después de su muerte.

Estas sentencias las hizo el Rey imprimir con letras de oro, y las mandó poner sobre la puerta principal de palacio, á fin de que todos pudiesen verlas y leerlas: era imponderable el desconsuelo de los reyes, por la pérdida de un hombre tan capaz, agudo y universal. Sucedió que aquellas per-

›nas que asistían á Bertoldo, al ir á quitar la ca-
·a donde murió, hallaron debajo de las almohadas
.envoltorio de trapos; moviéles la curiosidad á
esliarlos, y luego de mucha trapería, encontraron
nos papeles escritos, los que sin dilación se los
esentaron al Rey, quien después de desdoblar una
nidad de ellos, al final encontró el testamento
Bertoldo había hecho muchos días antes de
ir, sin haberlo comunicado á nadie. Mandó el
ey que llamaran en seguida á un notario, para que
eyese en su presencia: llamaron al mismo que lo
y pareció al punto; y haciendo la debida reve-
cia, le dijo al Rey:

Not.—Aquí me tiene V. M., para obedecer sus
nandatos con la mayor veneración.

Rey.—¿Habéis hecho el testamento de Bertoldo?

Not.—Sí, señor, yo lo hice.

Rey.—¿Y cuánto tiempo há?

Not.—Hará tres meses á lo más.

Rey.—Pues aquí está, tomadle y leedlo, que esta
tra notariesca y cifras extravagantes, que voso-
os acostumbráis á hacer en los instrumentos, no
s entiendo.

Not.—Pues, señor, no sé por qué no lo entendéis,
orque no uso aquellas frases de que suelen valerse
s de mi profesión, sin entender lo que en ellas
uieran decir; porque como sólo sirvo para las con-
endas y diferencias de estos pobres rústicos y al-
eanos, yo me entiendo, y ellos con mis términos
e entienden también.

Rey.—Decidme, ¿cómo es vuestro nombre?

Not.—Cerfollo de los Villanos.

Rey.—En verdad que tenéis buen nombre, y
mbién el apellido os corresponde; pero á mi en-
nder os estará mejor el nombre de embrollo, por-

que los de vuestro oficio embrollan el mundo ent ro. Leed, pues, Cerfollo, alto y claro, para que pueda entender lo que dice el testamento.

Lectura del testamento de Bertoldo.

En el nombre del buen comenzamiento y buena voluntad, salga lo que saliere, y pues de sea con el mayor acierto y gozo de mis heredei y para el mayor descargo de mi conciencia, di Que viendo y conociendo ser yo Bertoldo, hijo Bertolazo, hijo que fué de Bertuzo de Bertín, Bertolina de Bretaña; conociendo que todos s mortales, y que somos semejantes á las vejigas chadas, á quienes á la más pequeña punzada s capa el aire; estando ya en los sesenta años edad, como á cosa de las once y media, est para dar las doce, quiero disponer mis cosas mejor forma posible, haciendo un poco de te mento para satisfacer á mis parientes y amigo los que yo declaro estarles muy agradecido; y ruego al señor notario Cerfollo, sea servido l este mi testamento y mi última voluntad, que e mo sigue:

Al maestro Bartola, zapatero de viejo, le mis zapatos gordos de cuatro suelas, y ocho cı tos de moneda corriente, en memoria de haber nido siempre conmigo una buena correspondenc y haberme hecho la fineza algunas veces de pres tarme la lezna para agujerear los tacones y cose los con algunos cabos, y otros infinitos gastos cc rrespondientes á mis necesidades.

Item, al maestro Ambrosio, barrendero de pala-
io, le mando diez cuartos, por haberme llevado
.uchas veces el braguero á componer, y otros mu-
hos recados.

Item, á Barba de Saúco, el hortelano, le dejo mi
ombrero de paja, por haberme regalado, tal cual
ez por la mañana, con algún manojo de puerros,
omida mucho más de mi gusto que los regalos de
alacio.

Item, al maestro Alegría, cordelero, le mando mi
orrea larga y mi hortera, por habérmela llenado
berzas y nabos cada vez que tenía necesidad, y
os muchos favores.

Item, al maestro Martín, el cocinero, le mando
i cuchillo con su vaina, por haber usado la aten-
ón conmigo de haber asado en el rescoldo muchos
ábos, comida de todo mi gusto, y haberme com-
esto algunos potajes de judías con sus cebollas,
nida correspondiente á mi complexión, mucho
s que si fueran faisanes, tórtolas y perdices.

tem, á la tía Pandura, la lavandera, la mando
jergón, sobre el cual yo duermo, con dos sillas
as y tres varas de estopa para que se haga dos
antales; y esto es en pago de haberme lavado
chas veces la camisa, y limpiádome la cátedra
cesaria.

Item, dejo mandado al muchacho de palacio, que
llama Fiqueto, veinticinco zurriagazos, y que se
propinen con un buen látigo, en pena de la
ela que hizo de mí muchas veces, ya por haber-
agujereado el orinal, por cuya causa puse las
banas hechas un río de agua, y también por ha-
er colgado un cencerro por debajo de la cama, con
l propósito de asustarme; sin otras muchas burlas
que omito, por no gastar papel en referir picardi-

güelas propias de un muchacho insolente; y así ordeno y deseo, que sea ejecutado este mi legado, para escarmiento de pícaros, taimados y redomados.

Rey.—Proseguid adelante, Cerfollo, que á eso se dará un debido cumplimiento.

Not.—Item, digo: Que cuando vine aquí, dejé á Marcolfa, mi mujer, con un hijo, que se llama Bertoldino, que al presente tendrá como hasta diez años, y nunca quise comunicarles en dónde me encontraba, con el propósito de que no vinieran tras de mí, por no tener fisonomía para aparecer delante de gentes, y especialmente en unos lugares como éstos; pero teniendo algunas alhajuelas de que disponer, doy poder á Marcolfa, mi cara mujer, para que disponga de todo hasta que mi hijo tenga veinticinco años; pues entonces, es mi voluntad, que sea el dueño absoluto de todo, con condición, de que si se casa, procure no sea con mujer que sea más que él.

Que no sea llano con sus mayores.

Que no haga daño á sus vecinos.

Que coma cuando lo tenga, y que trabaje cuanto pueda.

Que no pida ni tome consejos de gentes perdidas.

Que no se deje curar de médico enfermo.

Que no se deje sangrar de barbero que le tiemble el pulso.

Que pague á todos lo que debiere.

Que sea vigilante en sus negocios.

Que no se inquiete por lo que no le va ni le viene.

Que no se haga mercader de aquello que no entienda; y sobre todo, que se contente con su estado, y no desee más de lo que le da su suerte: que considere, que tan presto va el cordero como la oveja; pues la muerte nunca deja la guadaña de las

nanos para cortar igualmente la vida á los mozos ue á los viejos: y deseo que se aprenda estos doumentos de memoria, que haciendo á menudo conmemoración de ellos, no errará en cosa que le sea e daño para el cuerpo, ni perjudicial para el alma, tendrá un buen fin si los guarda bien.

Item, declaro no haber querido aceptar jamás osa de mi Rey, el cual no ha faltado á persuadirme ue tomase de su mano sortijas, joyas, dineros, estidos, caballos y otros ricos presentes, por coniderar que tal vez con tales riquezas no hubiera odido sosegar, y acaso hubiérame ensoberbecido y ubiese cometido mil infamias haciéndome aborreido de todos, como suele ocurrir á infinitos que, iendo de una esfera ruín y baja de nacimiento, y ue por su fortuna ascienden á grados eminentes y ıblimes, sin hacerse cargo de que con tanta digidad no pueden salir del lodo en que fueron amaıdos, se pierden por su altivez y soberbia; y así yo stoy satisfecho con morir pobre, y con que sepan que unca usé yo de adulación con mi Rey, antes bien empre le aconsejé fielmente en cualquiera ocasión, ablándole claramente, sin que en mí reinase paón particular, sino siempre con la mira hacia público y el mejor gobierno de sus estados: y paı dar á entender en este último fin el grande amor ıe le tengo, le dejo escritos estos breves documens, los que discurro no despreciará, antes bien, onfiado los aceptará y observará, aunque salen de boca de un villano: Son los siguientes:

Tener la balanza justa, tanto para el pobre como ıra el rico.

Examinar los procesos muy detenidamente antes ıe llegue el fallo de la sentencia.

No dar audiencia nunca á quien esté colérico.

Hacerse bien visto de todos sus pueblos.

Premiar siempre á los hombres de mérito y eruditos.

Castigar á los verdaderos reos.

Desterrar á los perversos aduladores y á las lenguas maldicientes, que son los incendiarios de palacios y cortes.

No agraviar á sus súbditos.

Proteger las vidas, patrocinar los pueblos y defender sus causas.

Hacer que se despachen los pleitos, pues de la falta de despacho viene el dejar en cueros á los pobres litigantes; de tal manera, que el que gana se queda en camisa; y el que pierde el pleito, sin ella.

Si todas estas insinuaciones las observase, vivirá quieto y contento, será grande Rey para todos y señor justo y amado, y temido de sus vasallos; y con esto concluyo el testamento.

Habiéndolo escuchado el Rey, y viendo los grandes documentos que le dejaba, sin poder contenerse, con lágrimas en los ojos, demostraba la ternura del gran sentimiento que tenía de una pérdida tan grande, reflexionando la gran prudencia, amor y fidelidad que le había profesado durante su vida, y aun después de su muerte. Mandó que diesen cincuenta ducados al notario Cerfollo, y le despachó contento. Así como Alejandro Magno conservó entre las más queridas joyas la Iliada de Homero, así hizo poner este Rey el testamento entre las más ricas y preciosas piedras que tenía. Empezó luego á indagar y hacer diligencias para averiguar dónde habitaba el hijo de Bertoldo, llamado Bertoldino, juntamente con su madre Marcolfa, ordenando que saliesen á buscarlos y los condujesen á la ciudad, porque quería tenerlos en su casa para memoria de Bertoldo. Envió algunos caballeros por los bosques y montañas, advirtiéndoles antes de su partida

que no diesen vuelta á la corte si no venían con ellos. Con tal orden marcharon los caballeros, y anto anduvieron buscando y registrando por todas aquellas sierras, que por fin los encontraron; pero o que les ocurrió se verá en la segunda parte. Mientras tanto, amigo lector, adiós.

FIN DE LA PARTE PRIMERA

PARTE SEGUNDA

RIDÍCULAS SIMPLEZAS

DE

BERTOLDINO,

HIJO DEL ASTUTO É INGENIOSO

BERTOLDO,

Y

LAS AGUDAS RESPUESTAS

DE

MARCOLFA. SU MADRE

OBRA DIVERTIDA Y DE SUMA MORALIDAD

RIDÍCULAS SIMPLEZAS

DE

BERTOLDINO

PARTE SEGUNDA

Introducción.

Todo árbol, toda planta y todo género de raíz produce su fruto, según su especie, y no se apartará un punto de todo cuanto ha dispuesto la Naturaleza científica, maestra de todas las cosas; sólo la planta del hombre es la que se muda y se adultera con el tiempo, no cumpliendo lo que su natural le ha ordenado, lo cual nos lo enseña la experiencia; pues varias veces se ve, que de un padre de buena presencia nace un hijo contrahecho, monstruoso, feo y horrible, otras veces de un hombre docto nace un ignorante, necio é incapaz de poderle limar los sentidos y potencias: me preguntarán la causa, y yo respondo que este punto no es para que yo lo discuta; hable por mi quien lo entienda; porque yo no soy escolástico ni erudito, para poder decidir tan arduas materias, y así, omitiendo el dar

razón á la duda, voy á mi asunto, que es referirte la vida de Bertoldino, hijo de nuestro Bertoldo, tan diferente en todo de su padre, cuanto hay diferencia entre los quilates del oro y la bajeza del plomo: pues, como viste, Bertoldo era de grande urbanidad; su mujer Marcolfa de entendimiento elevado; ¿á quién, pues, no admira, que de dos plantas tan selectas hubiese nacido un bruto tan simple, como en adelante veremos?

Muchas cosas se cuentan, que se suelen tener por simplezas.

Del hijo de Migdone se asegura, que solía pasar todo un dia á las orillas del mar, intentando contar á punto fijo el número de las ondas: de otro se escribe, que se levantaba antes de la aurora para observar y ver crecer una higuera que tenia en su jardín; pero de tales cosas no leerás en este reducido cuaderno, sino la vida y hechos de un simple y bárbaro idiota; aunque al mismo tiempo muy dichoso, habiéndole favorecido siempre la fortuna, porque ésta siempre es favorable á los tontos; así nos lo explica Ariosto, diciendo. Mala es la fortuna, cuando á los tontos no ayuda; y nada más comunmente se ve, que mostrarse contraria á los hombres capaces y sabios, como claramente se experimenta todos los dias. Voy, pues, á referir, como tengo ofrecido, las simplicidades de un idiota bárbaro y rústico, aunque gracioso. Y mientras tanto, amigo lector, te suplico tengas paciencia: sólo te pido lo leas con reflexión; pues si desmenuzas cosa por cosa, éstas, que parecen tonterias y chufletas, además de la diversión del ánimo, de seguro te serán de mucha utilidad y provecho. Dios sea contigo.

ALEGORIA PRIMERA

Lo mismo nacen en las selvas y bosques los hom-'res sabios que los tontos; pero así como á los pri-neros cuasi siempre les faltan ocasiones de mos-rar sus talentos y genio, tambièn á los segundos, o obstante estar compuestos de la misma organi-ación corpórea, les suele faltar la debida propor-ión para recibir y conservar.

l rey Albuino manda buscar el hijo y la mujer de Bertoldo.

Después de la muerte del gran Bertoldo, como se uedó el Rey privado de un hombre de tan raro en-endimiento, de cuya boca sólo salían sentencias, y ue con su prudencia habia librado á su corte de nuchos y muy extraños peligros, juzgó que le era mposible poder vivir sin tener quien le aconsejase n sus dudas, como lo habia hecho Bertoldo: acor-ábase de sus chistes y gracias, con los que olvi-aba sus disgustos; y así andaba entre sí pensando nquirir si había quedado alguno de su familia, ontentándose con que fuese un pariente, aunque o le asistiesen todas las circunstancias que asis-ian á Bertoldo, pues pensaba que á lo menos ten-ría una apariencia de su semejanza y su genio, ara tenerle más en memoria. Intrigado con estas avilaciones, acordóse que en el testamento había echo mención Bertoldo de su mujer y su hijo Ber-oldino, dejándole heredero universal de toda su acienda; pero al mismo tiempo recordó que no ha-iá declarado en dónde ni en qué lugar habitaban;

á pesar de esto, estuvo conjeturando y juzgó, que indudablemente semejantes gentes no vivirían en una ciudad, sino que, por ser personas rústicas, debían estar criadas en alguna montaña, pues asi lo daba á entender su lenguaje y rústico traje. Determinó mandar algunas gentes por aquellas montañas y aldeas para que indagasen y viesen si les podían hallar. Hecha la determinación, llamó á uno de sus domésticos de palacio, el cual se llamaba Herminio, y le encargó esta diligencia, ordenándole que no omitiese ni la más leve, mirando, observando y preguntando por aquel país, sin dejar villa ni aldea que no mirase, hasta encontrar al hijo y la mujer de Bertoldo, y cuando los encontrase, los condujese consigo con la afabilidad y cariño posible, para obligarles más con este modo á que viniesen con gusto, expresándoles el mucho amor que él había tenido á su marido y su padre, y que en pago de buena correspondencia y de lo bien servido que se encontró con él, era su voluntad el que fuesen sin dilación á gozar de su palacio y de las amenidades, cortejos y grandezas de su corte.

Después de recibir Herminio la orden que le dió el Rey, no se detuvo un punto, y montando á caballo, en compañia de los demás caballeros, iba preguntando por todas partes, á cuantos encontraban, por si les podían dar razón de las gentes que buscaban, y no hallando á nadie que les diese noticia, estaban cuasi desesperados, acordándose del precepto tan estrecho y riguroso que el rey les diese, de no volver á su presencia, si no los conducían consigo.

Ultimamente, tras de muchos y malos tratos que se dieron, determinaron subir por una penosa cuesta á la cumbre de la montaña, la más áspera que había en toda la cordillera: no era imaginable que

ılli pudiesen habitar gentes, siendo más propios ıquellos lugares de animales indómitos y de fieras ıue de racionales; pues no se veía otra cosa más ıue peñas amenazando derrumbarse.

Al llegar á la cumbre de la montaña, se arrepinieron mucho de haber subido; y al volver enconraron hacia atrás, una llanura y una vereda, la ual guiaba á un bosque: marcharon por ella, y la ıallaron bastante trillada de gentes y de animales: rosiguieron, y llegaron á la mitad del bosque, que stuba situado en la parte del Septentrión, dominalo de muchos y muy altos robles, y de la parte del Mediodía bastante abierto, pero circundado de granlísimas peñas, las cuales servían de fortaleza á tolo el lugar: en medio del bosque había una infeliz pobre choza, hecha de tierra y ramas, cubierta on algunas pocas tablas: llegaron á ella y vieron lelante de la puerta sentada una mujer, tan sumanente disforme, que no se puede ponderar bastane su fealdad; estaba con su rueca hilando y tomanlo el sol. Viendo ella llegar tanta gente, se levanó de su asiento, y se metió en su choza con gran riesa, cerrando la puerta, como se suele decir, á iedra y lodo, con gran miedo, porque no estaba ıcostumbrada á ver gentes, y menos personajes senejantes en tal lugar: tomó una tranca, y por denro de la puerta se fortificaba, temblando ante la dea de que fuesen algunos que intentaran hacerle gran daño: esta era la mujer de Bertoldo, la cual on su hijo Bertoldino vivía entre aquellas espesuas, siendo todo su ejercicio apacentar cabras por ıquellos bosques y fragosas montañas.

Súplicas de Herminio para que Marcolfa le abra la puerta.

Al ver Herminio que esta mujer se había fortificado dentro de su casa, aunque de una puñada se podía echar la puerta abajo, no quiso usar de fuerza; antes bien, llamándola con muchos ruegos, le suplicaba abriese, asegurándole que ellos no habían ido allí para hacerles ningún daño, sino por su provecho. Asomóse Marcolfa á una ventana que tenía la choza, y les dijo:

Marc.—¿Qué es lo que buscáis por estos desiertos?

Herm.—Señora, abrid la puerta, que nosotros no venimos aquí sino para haceros un beneficio muy grande.

Marc.—No puede hacer beneficio á nadie, quien está fuera de su casa.

Herm.—Aunque estamos fuera de nuestra casa, le podemos haber bien: venid acá fuera que tenemos que hablaros.

Marc.—Quien desea sacarme de mi casa, más procura matarme que darme gusto; y así vete á la tuya, que ese será el mayor gusto que me puedes hacer.

Herm.—Decid, señora mía, ¿tenéis marido?

Marc.—Quien desea saber los intereses de otros, es señal que cuida poco de sí mismo.

Herm.—Esto es bueno. Yo te ruego, por favor, me digas si tienes marido ó no.

Marc.—Yo le tendría, si él no hubiera comido.

Herm.—Pues eso, ¿á qué propósito viene? ¿Cómo le tendrías, si él no hubiera comido?

Marc.—Si él no hubiera comido pavos, perdices, sanes, tórtolas y otros manjares delicados, conrios á su complexión y naturaleza, y á mí me biese creído, que le dije que sólo comiese castas y las demás viandas con que se había criado, n viviría; pero ya está muerto.

Herm.—Pues, decidme, ¿quién era vuestro mao?

Marc.—El hombre más de bien de todo el mun, y el más hermoso de todos.

Herm.—¿Y cómo se llamaba?

Marc.—Ya que todo deseas saberlo, te digo que llamaba Bertoldo.

Herm.—¿De verdad era Bertoldo vuestro mao?

Marc.—Sí, señor.

Herm.—¡Ay! ¡qué buena noticia para nosotros! Bertoldo era el más hermoso de todo el mundo?

Marc.—Sí, señor; y á mis ojos él parecía un Naro, pues á la mujer honrada le debe gustar más marido que todos los demás del mundo.

Herm.—¿Y te amaba mucho?

Marc.—Tanto me amaba, que me celaba en exmo.

Herm.—Y con razón, pues es necesario que cada apetezca y ame su semejanza; y tenía mucha ón para ser celoso, porque ciertamente en vos partidas para ser apetecida.

Marc.—Es muy verdad que la hermosura ha dear en la cara; pero mucho más consiste en la tud, prendas y buenos procederes de la persona: hombres hermosos, los cuales tienen en sí cuades abominables, horribles y mal parecidas, coal contrario, hay otros muy feos, que no le puedo ar á la vista y éstos tienen en sí ciertos dones les gracias dispensadas del cielo, que por ellas

se hacen amables, atractivos y graciosos á quien los trata, como se experimentaba en Bertoldo, m querido y amado consorte.

Herm.—Tienes razón; pero dime, ¿tienes tú de é algún hijo?

Marc.—Tengo uno, y no le tengo.

Herm.—Pues, ¿cómo se puede entender, tenerl y no tenerle?

Marc.—Cuando está en casa, puedo decir que l tengo; pero ahora, que no está, puedo decir que n le tengo.

Herm.—Y ¿adónde está ahora?

Marc.—Pregúnteselo á sus zapatos, que son lo que andan con él.

Herm.—Es verdad, que para ser mujer criad en lo inculto de una montaña, muestras no poc agudeza.

Marc.—Educóme un maestro muy sabio, buen y capaz.

Herm.—Así lo creo; pero, señora mía, dejand esto á un lado, debo deciros, que el Rey nuestro se ñor os llama á los dos; porque, habiendo sido ta grande el cariño que siempre tuvo á Bertoldo, vue tro marido, anhela y desea teneros inmediatos á s persona á vos y á vuestro hijo; así con toda segur dad podéis salir, á fin de que podamos hablar co más comodidad.

Marc.—Ya salgo... Aquí estoy, ¿qué me queréi

Herm.—Ante todo, ¿qué tienes que podamos co mer?

Marc.—Quien desea saber lo que hay en la ol ajena, da á entender que está limada la suya.

Herm.—Mujer, eres sumamente maliciosa, au que discreta.

Marc.—Como los aires son tan sutiles, los q aquí habitan no es mucho tengan el entendimien

gudo; pero ya que deseas saber lo que tengo que omer, te lo diré: no se encierra en mi olla más ue unas hierbecillas silvestres, y éstas sin sal.

Herm.—¡Hierbas sin sal! ¿Pues cómo las puedes omer sin sazonar?

Marc.—El buen apetito es la mejor salsa de toos los platos, y te aseguro que nuestra mesa es nás suntuosa y de más provecho que la que tiene uestro Rey; porque en estos montes silvestres el ambre es correspondiente á la digestión, el ejericio provoca al apetito, la dieta hace la comida sarosa, sirviendo todo de buena nutrición y provecho; finalmente, las aguas que aqui hay son tan dules y sabrosas, que nunca son nocivas á nuestra aturaleza.

Herm.—En verdad que se conoce en el modo con ue hablas, que has sido discípula de Bertoldo, que amás echó por su boca palabra que no fuese una entencia; pero dime, ¿cómo lograremos el poder er á tu hijo?

Marc.—Abrid los ojos cuando él venga; que si o sois ciegos, le veréis sin duda.

Herm.—Pues mientras viene, haznos la bondad e darnos de beber, llevándonos á tu bodega, pues enimos muy fatigados, tanto de andar á caballo omo de subir y bajar por estos montes, donde no emos podido hallar en tanto tiempo parte en done poder beber.

Marc.—Vengan conmigo, que deseo servirles on sumo gusto.

Marcolfa los llevó á un manantial de agua muy ristalina, que distaba de allí muy pocos pasos y es dijo:

—Honrados caballeros y señores míos, aquí teéis mi bodega, esta es la que usamos mi hijo y yo;

aquí venimos todos los días á apagar la sed con to-dos nuestros ganados; y supuesto que tenéis sed, bebed todo lo que os diese gana, pues nuestras cu-bas están constantemente provistas, aunque las de-jamos abiertas de noche y de día: beba quien qui-siere, y si bebierais tres días continuos de este li-cor, no hay miedo que os alterase los sentidos, n que os viniese la gota ni la perlesía, como continua mente sucede á aquellos que cargan en abundanci el estómago con vinos regalados y licores fuertes sin proporción ni medida: estos sí que privan de entendimiento al hombre, siendo causa de mucho accidentes y desgracias, pues cuando al hombre se l calientan los cascos, fácilmente se vence para ejecu tar las cosas más ilícitas y de poca estimación contr su persona y de todos sus dependientes, dando qu reir generalmente á todo el vulgo, y que llorar todos los de su casa: esto es lo que acarrea el vici de la embriaguez en todos los racionales, pues de l poco se pasa á lo más, y de lo más á lo mucho, y d lo mucho al exceso, y de esto dimana la perdición pero quien bebiese de este licor tendrá siempre s juicio muy cabal, y no hará reir á nadie.

Herm.—Aseguro que es muy noble vuestra bo dega, y contesto con lo mismo que tú dices: no ha ya miedo que ninguno venga á quitarte las cubas pero á lo menos, ¿no tendrás por ahí algún vaso pa-ra beber?

Marc.—Aquí no tenemos barros, ni vasos, ni es cudillas, y por lo general siempre bebemos con l taza que nos dió la Naturaleza; y para que me en tiendas, esa taza la forman las manos, que nos sirve para beber, sin buscar más artificios; y si tú quiere beber, no hay más remedio que usar de la taza qu te he dicho, que verás te sirve de conveniencia, si no te quedarás sin beber.

Herm.—También nosotros nos componemos, se-
n las ocasiones en que nos vemos; pero dime, uién es aquél que viene con unas cabras hacia es- sitio?

Marc.—Aquel es Bertoldino, mi hijo.

Herm.—¿De verdad es Bertoldino? Buena noticia has dado; ven, adelántate, hijo mío.

Llegada de Bertoldino.

Bert.—Madre, ¿qué gentes ó qué bestias son es- que están aquí?

Herm.—Buenos hemos quedado. Este salvaje á primeras de cambio nos trata de bestias.

Marc.—Señal es que no os ha conocido: ven más lante, hijo mío, que estos caballeros te quieren olar.

Bert.— ¡Ay! ¿conque los caballeros son medio nbres y medio caballos?

Herm.— Una tras otra; ¿conque somos medio nbres y medio bestias?

Marc.—No quiere decir eso; y lo que dijo sólo es que os ve montados sobre esos caballos, siendo a que en su vida la ha visto en estos lugares ta ahora, y ha creido que vosotros y el caballo tenéis debajo, sois una misma cosa.

Herm.—Nada importa que así lo juzgue, y así que venga aquí.

Bert.—¡Ay! y las piernas que tienen, que á a uno ya les he contado seis; ¡zape, y cómo co- án!

Marc.—Calla, tonto, que las cuatro que tocan en ielo, son las de los caballos, y las otras dos, cuelgan de los lados son las de los que están ma montados.

Bert.—Digo, ¿no mira cómo estos animales se es tán comiendo el hierro? Yo creo que sus tripas se rán de plomo.

Herm.—Sí, que las tienen de estaño. ¡Oh! ¡qu estupendo salvaje! No se parece éste á su padr pues aquél era astuto y agudo, y éste da muestra de ser tonto; ¿qué gusto podrá tener el rey co este gran majadero? Pero no haremos poco si pod mos llevarle. Vamos, Bertoldino, prevente, porqu es menester que te vengas con nosotros.

Bert.—¿Y dónde me queréis llevar?

Herm.—A la corte de nuestro Rey.

Bert.—¿Y qué tengo yo de hacer allá? ¿Seré ca ballero lacayo?

Herm.—¡Ay, ay, qué simple y qué mentecato!

Bert.—Y dime, ¿esa corte que decis, es macho hembra? ¿Está en alto ó está en bajo?

Herm.—Como tú quisieres estará. Vente con no otros, que tú serás muy dichoso, y te espera u muy buena ventura.

Bert.—¿De qué ropas va vestida la buena vent ra, para que yo la pueda conocer cuando la vea?

Herm.—Va vestida de oro, plata y piedras pr ciosas; y tú también serás ricamente vestido con ella; tratarás con las señoras de más distinción con los caballeros más principales, de quienes tarás muy favorecido, reconociéndote por caball ro, y estimándote todos en la corte, por estar en mayor estimación del Rey.

Bert.—¿Y podré llevar mis cabras á la sala Rey cuando quisiere?

Herm.—Sí, sí, todo lo que quisieres y gustar Y tú, señora, dinos, ¿cuál es tu nombre?

Marc.—Marcolfa me llamo.

Herm.—Pues, Marcolfa, si quieres venir, emp

á disponer tus cosas, cuanto antes mejor, para e marchemos sin detenernos.

Marc.—Tan fácil será el que yo deje mi choza, nque ella sea de palos y tierra, cuanto es fácil que los rústicos destierren sus malicias; y lo que seo es que cuanto antes te vayas de aquí, porque clima de estas montañas es muy diferente del de corte, y al mismo tiempo te suplico que no me ives de la vista de este hijo, porque si tú me le vas, puedes creer ciertamente que no viviré cua- días. Además de esto, la mayor razón es que, nque soy madre, á quien podría engañar la pa- n, conozco que el muchacho es material, rústico gnorante; de manera que si le llevaseis sería el zme reir de la corte, y bien sabéis que en las rtes no se admiten figurillas ridículas y estrava- ntes, sino gentes astutas, entendidas y que en- ndan la aguja de navegar, cosa que á mí y á él s costará no poca dificultad.

Herm.—No importa, que aquello que no supiere le enseñará; no faltarán maestros que le educa- n y le pondrán al corriente de las buenas cos- nbres, la cortesía y la política; déjale que venga n nosotros y no pongas dificultades.

Marc.—¿Qué dices tú, Bertoldino? ¿Quieres ir ó á la corte?

Bert.—Si vienes tú también, me resolveré; pero no vienes no quiero salir de aquí.

rcolfa se decide ir á la corte con Bertoldino.

Marc. — Ya estoy decidida á ir contigo, para puedas por este medio lograr la fortuna que te uarda; pero, antes que yo parta, quiero encargar casa á una vecina que vive de aquí muy cerca,

para que de ella me cuide hasta que vuelva, si Dios me lo permitiere.

Bert.—¿Y á quién dejaré mis cabras?

Marc.—A ella también se las entregarás.

Bert.—No, no, que me las quiero llevar delante de mí.

Marc.—No es menester que lleves ni las cabras ni los machos, pues allá bastantes hay.

Bert.—¿Y hay allá también padres de vacas?

Marc.—Sí, y en mayor número que aquí. Vámonos, que es lo que más nos interesa.

Bert.—Ya estoy determinado á dejarlas, ya que por allá dicen que no faltan otras. Ea, pues, madre mía, reciba mis cabras la vecina, y despachémonos luego.

Marc.—Sin tardar dispondré todo lo necesario para que al punto marchemos.

Marcolfa pasó en seguida á la casa de su vecina á entregarle el cuidado de su casa hasta la vuelta, y luego, cogiendo un poco de estopa, cuatro husos y un par de zapatos viejos, tomó la gata y una gallina que tenía, y enfaldando en las sayas lo que pudo, macharon con los caballeros hacia la corte, los que, queriendo poner á caballo á Bertoldino, no pudieron lograr hacerle abrir las piernas, y tomaron á mejor partido el ponerle atravesado encima de la silla como si fuera un fardo ó tercio de pesc. Puestos todos á caballo, y marchando á buen paso, dejaron ir á Marcolfa á pie por darle gusto. Llegaron á la ciudad, y teniendo la noticia el Rey les salió al encuentro con la mayor parte de su corte, y viendo un bulto atravesado en un caballo empezó á reir y después le dijo á Herminio:

Rey.—¿Qué envoltorio ó qué talego es ese que traes á caballo?

Herm.—Señor: este que ves es Bertoldino, hij

le Bertoldo, al cual le encontramos, entre unos nontes en un lugar tan sumamente intransitable y ilvestre, que aún para lobos es país inaccesible. 'ambién pongo en vuestro conocimiento que viene u madre con él, y discurro no tardará mucho en legar, porque camina á un buen paso de andadua, sin haberla podido vencer á que viniese á caallo.

Rey.—¿Pues cómo no viene Bertoldino montado caballo?

Herm.—Porque no fué posible, pues con los maores esfuerzos que hemos hecho para montarlo en ı silla, nunca quiso abrir las piernas y nos vimos recisados á traerle de este modo atravesado. Yo ızgo, señor, que hubiera hecho mejor V. M. en deırle en su rincón, porque, además de ser muy puero, es tan tonto, que con facilidad se le hará creer ue los borricos vuelan; tan necio es, que se le puso n la cabeza que había de traer sus cabras á la cor-, ¡y que no nos ha costado sacarle de sus gazpahos y migas! Pues estaba lo bastante tenaz en no uerer salir de su choza.

Rey.—Todo eso se puede dar por bien empleado; ajadle del caballo y no le hagáis mal, sea con ento, pues como no está acostumbrado es muy naıral que le haya hecho novedad el haber venido á ıballo. No se puede negar al ver su rara figura: es el hijo de Bertoldo. ¿Y cómo ha dicho que se ama?

Herm.—Su nombre es Bertoldino, y aquella que iene es su madre, quien dice llamarse Marcolfa; y seguro á V. M. que es mujer perspicaz y tan aguı, que es para maravillarse el hombre más entendo; lo que no tiene este pedazo de atún, que en so es al revés del padre y de la madre que lo enendraron.

Saluda Marcolfa al Rey.

Marc.—Serenísimo señor, el cielo te salve, mantenga tus estados, y aumente en cada hora tu mayor grandeza.

Rey.—Y á ti te conceda cuanto puedas desear. Marcolfa, ¿vienes cansada?

Marc.—Si no hubiera caminado, estaría más cansada.

Rey.—¿Qué es lo que dices? ¿Si no hubieras caminado estarías más cansada? Explícate, pues como hablas equívocamente, no es posible entenderte.

Marc.—Me explicaré. Aquel que camina para obedecer á su superior (como yo hago) nunca se cansa. Aquel que no sirve con buena voluntad se cansa, aunque vaya poco á poco; la causa es, porque ya tiene cansado el pensamiento y la voluntad antes que se ponga en camino.

Rey.—Señal verídica es la que me das de que has sido mujer de mi muy querido Bertoldo; pues apenas has llegado, cuando has dicho una grandísima sentencia. Ea pues, haced vosotras que en seguida se les disponga alojamiento, y se les vista ricamente, según el uso de la corte, y después conducidlo para que los vea la reina.

Marc.—Sólo, serenísimo señor, espero que me concedáis una gracia.

Rey.—Di lo que quieras, que lo haré gustoso y muy contento.

Marc.—Pues, señor, se reduce mi súplica á que no nos hagas quitar nuestros trapos, á los cuales estamos tan acostumbrados, que si nos despojan de ellos, nos ocurrirá lo que al árbol, al que se le des

ıda de su antigua corteza, que no solamente no
·oduce más fruto, sino que al mismo tiempo al
stante se seca. Si tú, señor, nos adornas de telas
cas de oro y plata, infundirá en nosotros una
·ande vanidad, y viéndonos con tanta gala, es ne-
·sario se engañe el mundo, creyendo que somos
·rsonas de alta clase y distinción, de que se segui-
ı, además de esto, que nos olvidaremos inmedia-
.mente de nuestra baja esfera, y reinará en nues-
as pasiones una soberbia grande, acompañada de
·dos los demás vicios que se siguen á ésta, y nos
ıremos aborrecibles de todos, y al último vendrán
parar todas nuestras vanidades en quedarnos
ɔnvertidos en escarnio de todos. Señor, la gente
illana, puesta en zancos, es muy mala; no se pue-
e hallar gente más indómita; no se encuentra en
ı sabiduría otra cosa que malicias, y como vulgar-
ente se suele decir, todo su estudio ha sido sólo la
ramática parda; y por experiencia se ve, que ha-
ándose en lo alto de la fortuna, no la saben soste-
er, y se precipitan con sus propias ignorancias;
así no nos mandes desnudar, pues si nosotros de-
.mos nuestros vestidos; puede ser que nos suceda
que llevo referido: al contrario será teniéndolos
la vista; cada instante meditaremos en nuestra
ɔbreza, nos conservaremos humildes, compren-
iendo que nacimos para servir, y no para ser ser-
idos.

Rey.—Sentencias muy grandes y dignas de re-
exión has pronunciado, y muestras muy claramen-
la sinceridad de tu alma: conozco que el cielo te
a adornado de sus gracias; pero no me instes sobre
so, que quiero andes adornada de ricos vestidos, y
ue seas servida como mereces.

Marc.—Señor, te ruego me escuches una gustosa
urla, que aunque conozco que no viene ahora muy

á cuento, me la refirió mi marido Bertoldo, de feliz memoria, una de las largas noches de invierno.

Rey.—Cuéntala, que la escucharé con gusto.

Marc.—Me dijo, pues, que había oído contar á su abuelo, que habiendo pasado en una ocasión por las tierras de Trapisonda, en donde se suelen desembarcar las patas de las anguilas ahumadas, había alli un asno muy grande; viendo éste un día ciertos caballos de regalo, con sus sillas guarnecidas de oro y plata, los frenos con rosetas y broches dorados, gualdrapas y tapafundas bordadas, se le puso en la cabeza, que también á él se le debía guarnecer en la misma forma, y alegaba sus razones, diciendo: que aquello no se hacía por la nobleza del caballo, pues también había nacido para servir, y había sido destinado como las demás bestias del mundo; y que si era por antigüedad, no cedía él á ninguna otra cualquiera bestia en lo antiguo. A semejantes razones el amo le respondió de esta suerte: Asno mio, ¿no conoces que lo que dices es un grande desatino? Has de saber, que cuando se criaron las bestias, á cada una se le atribuyó su oficio; v. gr., el buey se crió para la carreta, el gato para coger ratones, el caballo para la silla, y el asno (que eres tú) para los palos y la carga: no ascenderás á más; aunque tuvieses todo el oro del mundo, siempre serás conocido por asno, y aunque mucho te adornases, como tienes las orejas tan largas, nunca podrías ocultar tu figura de asno, dedicada para sufrir la carga y el palo. A tales cargos respondió el asno: si las orejas han de descubrir que soy burro, presto se puede poner el remedio, y es hacérmelas cortar á la medida de las que tienen los caballos; verás como entonces yo pareceré como ellos, y después que me halle sano de las heridas, poniéndome la gualdrapa y los demás atavíos, no habrá ninguno

que me conozca por asno; así, haced que venga en seguida el herrador, y que cuanto antes me corte las orejas. El amo por complacerle se las hizo cortar: aplicáronsele los conducentes remedios para curarle; y después que estaba bueno, le hizo ricas guarniciones, de la misma forma que á los caballos: como era tan grande, todos creían fuese un caballo de regalo, y anduvo de esta suerte muchos días sin ser conocido: pero como la naturaleza vence siempre, el infeliz animal vió pasar una burra por la calle, é inmediatamente, abandonando la compañía de los caballos, echó á correr tras de la burra, con tan lamentables y fuertes rebuznos, que no habia persona que lo pudiese detener, tiró al suelo la silla y gualdrapa, rompió el freno, cometiendo otros mil males, y como se quedó sin los ricos aparejos, descubrió al punto que era un borrico vil y bajo de nacimiento; así es que todos los que le habían tenido en el buen concepto de caballo, en los rebuznos y otras gracias, muy propias sólo de un asno, reconocieron su engaño. Por último, le cogieron y le llevaron á la caballeriza, en donde después de una buena tanda de palos, le volvieron á su primer oficio de llevar cargas, que es para lo que nació solamente.

Serenísimo rey mío, este ejemplo puede servir para nosotros. Si haces que nos adornen con ricos vestidos, y nos acompañemos de las personas principales de la corte, todos nos honrarán y tendrán en buena opinión mientras estemos callando; pero en oyéndonos hablar nos tendrán por dos majaderos, rústicos, villanos y tontos, y todo lo que al principio tengamos de aprecio y estimación, después parará en motivo de chanza y mofa de nosotros, cuyo chasco es forzoso que lo sientas; con que más vale que nos dejes con nuestros pobres vestidos; y ya que tu voluntad es hacernos vesti-

dos, manda que los hagan sin tener oro ni seda, pues para nosotros no son buenos vestidos los sobresalientes, y mucho menos para este hijazo que Dios me dió, tan desproporcionado y feo, tan ridículo y monstruoso.

Rey.—Me has contado una fábula sentenciosa y ejemplar, y confieso que tienes razón en no asentir á mi intento: me has convencido con las justas razones que tan bien ha sabido ponderar tu grande entendimiento; juro que quien te oyere no te tendrá en concepto de mujer ordinaria, pues aunque los vestidos y la vil corteza que te cubren lo demuestran, es muy al contrario de lo que por fuera se mira, y no te aflijas aunque Bertoldino alguna vez haga ó hable alguna cosa que parezca impertinente porque bien sé que será menester perdonarle por inocente, excusarle por ser fatuo, y solamente acostumbrado á tratar con gentes de su jaez; pero con todo eso, tratando y comunicando con los cortesanos, aprenderá poco á poco el modo, la atención y cortesía: así se le irá limando el entendimiento; y cuando se encuentre más capaz, yo dispondré se le enseñen algunas habilidades. Ea, Herminio, llévalos á descansar á su cuarto, procura que les hagan los vestidos del paño más fino que se encontrare, y que nada les falte de todo lo necesario: después que hayan descansado, los llevarás para que los vea la reina, que seguro los está esperando muy ansiosa.

Herm.—Serás, señor, prontamente obedecido. Vámonos, Marcolfa, y trae contigo á tu hijo.

Bert.—¿Adónde nos quieres llevar?

Herm.—No tengas miedo; venid, que os llevo al cuarto mismo de tu padre.

Bert.—Mi padre está debajo de tierra, y yo creo que tú nos quieres sepultar con él. ¡Ay madre mía! volvamos á nuestra casa.

Marc.—¡Salvaje! no dice eso, sino que vamos á os cuartos mismos donde se alojaba tu padre cuanlo vivía.

Bert.—¿Conque según eso, mi padre tenía posada?

Marc.—¿Sí, eso dudas?

Bert. — Es que como oí que íbamos donde se alojaba mi padre, pensé que había sido posadero.

Marc.—Quiere decir donde habitaba. Ay, desdichada de mí, y qué bien lo dije yo, que aquí me había de volver loca con este bestia. Pluguiese al cielo que me hubiera quedado en mi casa.

Herm.—Vamos, ven conmigo y no te dé pena alguna.

Herminio los llevó á un cuarto muy ricamente adornado de tapicería, cortinajes de tisú y dos camas con la colgadura de brocado de oro; los cielos de realce, pirámides y remates adornados con fleco correspondiente, colchas de seda con bordados muy suntuosos, y otras diferentes alhajas de exquisito y grande valor; hizo venir después al sastre para vestirlos con la decencia que el rey había mandado, hiciéronle sus vestidos con la mayor brevedad, y al otro día fué el sastre para probar á Bertoldino su vestido, y al tiempo de ajustarle el jubón, se le tiró un poco hacia arriba tropezándole en la garganta: y como estaba acostumbrado á llevar vestidos anchos, viendo lo que el sastre le apretaba, comprendió en su ignorancia que le quería ahogar; y empezando á gritar, y con voces descompuestas, decia:

Bert.—¡No sé por qué motivo el Rey me ha mandado ahorcar!

Sast.—¿Qué es lo que dices de ahorcar? ¿Qué es lo que hablas?

Bert.—¿Pues no eres tú el verdugo?

Sast. — No soy el verdugo, que soy el sastre del Rey.

Bert.—¿Y tú le has ahorcado á él alguna vez?

Sast.—¿Cómo quieres que yo le ahorque, siendo mi señor y mi Rey?

Bert.—Pues, ¿por qué tú me ahorcas á mí, si no le has ahorcado jamás á él?

Sast.—¿Cómo ó cuando yo te ahorco? ¿Qué es lo que hago para ahorcarte?

Bert.—Es que tanto me estrechas la garganta, que no puedo respirar.

Sast.--No adviertes que es el vestido, que debe ser así, cerrado, estrecho, ajustado á la garganta, y por esto te parece que te ahogo...

Bert.—Mira, si tú me aprietas un poco más, no lo he de poder sufrir, pues ya siento que del estómogo me van subiendo á la garganta unas puches que comí poco tiempo ha: mira, mira que suben sin poderlo remediar.

Bertoldino provoca en la cara del pobre sastre las puches.

Sast.—¡Habrá más fiero animal! ¡Mal corazón te dé Dios, puerco de todos los diablos! Mira bien cómo me has puesto la cara; ¿puede darse semejante porquería? ¿No reventarás? Amén.

Bert.—¿No te avisé que ya no podía más? ¿Por qué me apretabas tanto? Déjame con mis vestidos viejos y holgados, que yo no quiero que me encajes por fuerza en ese saco apretado.

Sast.—En fin, el villano, ó en ciudad ó en villa, siempre dará á conocer la muestra del paño, y por más que se haga, nunca sacarán á la rana de estar

ıtre el lodo; toma tus vestidos, y vístete á tu gus-, porque para ti el ponerte estos vestidos es lo ismo que poner la silla á un cerdo.

El sastre, con la cara embadurnada de puches, fué gruñendo á su casa, por la indecencia de tan an majadero; se lavó muy bien, y luego se fué al y, á quien hizo relación de todo lo que había ocu-ido. Oyendo semejante cosa el rey, reventaba de sa, considerando la inocencia de uno y la formali-d del otro; dió orden para que fuese otro sastre, cual le hizo otro vestido más ancho, como él que-ı, y á Marcolfa al mismo tiempo le hizo una za-ırra de paño fino; y luego que estuvieron vesti-s, los llevaron á que los viese la reina, quien rando aquellas dos caras tan ridículas y contra-chas, no pudo contener la risa; viendo Marcolfa ta mofa, y después de haberle hecho la cortesía á estilo aldeano, le habló de este modo:

Fábula que cuenta Marcolfa á la reina.

Marc.—Serenísima reina: Una vez oí contar á a cierta vieja, allá arriba en mi montaña, en mpo que los grajos hablaban como nosotros, lo e os voy á referir. Decía esta buena vieja, la que ıdría como cosa de sus ciento veinte años, que á os animales siempre les ha gustado el vivir so-e los campanarios, como se ve en nuestros tiem-s; determináronse una vez á subir á la torre de bilonia, desde cuya eminencia empezaron á con-nplar todos los sucesos del mundo; desde allí ob-vaban cómo unos engañan á otros; conocían á los los arbitristas mentirosos: los amos descono-os, los criados poco fieles, las criadas inobedien-, las madres nada modestas, los padres disolutos,

los hijos viciosos, las viudas escandalosas, los co tesanos vanos, los validos aduladores y lisonjero los bufones descarados, los jueces injustos, las ra meras falsas, los terceros malvados; en fin, veia todo el mundo revuelto y enredado, notando des allí los hechos de cada uno; advertían referir unos á otros el modo que tenían para vivir, eng ñando al prójimo; veían llegar á tal extremo desconfianza de los unos y los otros, que ya nad se fiaba aún de sí mismo; todos los negocios anda ban de mala fe, y cada cosa siempre peor; vier los hombres públicos muchos de sus delitos oculto Descubrieron que estos pájaros eran los que los h bían publicado; citáronles delante de la reina de l pájaros, acusándoles del delito enorme de su gr curiosidad, y de haber descubierto los vicios unos y las malas costumbres de otros, y que por causa el mundo se hallaba notablemente infamad La reina, oyendo tan bien fundadas quejas, llamó los grajos, reprendióles agriamente, y bajo la gra pena de ser con agua hirviendo peladas sus cab zas, les privó que hablasen lo que habían visto d de la torre. Los grajos, desde entonces, con el pı cepto que se les puso de que no hablasen, callan, sólo van continuamente gritando; *cras, cras, cra* que quiere decir: *mañana, mañana, mañana;* y que de día en día están esperando que se les co ceda la facultad de poder hablar; si se les da libe tad, ellos dirán muchas cosas, que ahora oculta malicia solapada. Pero al mismo tiempo que co tándome esta fábula la buena vieja me tenía emb lesada, me contó otra, que yo referiré, si gustas para ello me das permiso: una y otra juzgo que s á propósito de nuestro intento.

'ábula de las ardillas y ratones y de los higos secos.

Marc.—Dijeron, pues, estos pájaros, que en el iempo que los caracoles tenían pellejos, se hallaon en la ciudad de las sanguijuelas algunos ratoies, que hacían mercancías de higos secos, y éstos enían provista la ciudad y los lugares comarcanos; legaron después algunos mercaderes de las Indias on un crecido número de nueces de especia, tra'éndolas con el fin de cambiarlas con otra cantidad gual de higos secos. Hallándose un día cansados el largo viaje, se pusieron á descansar debajo de ına encina, que estaba en medio de un verde prao, en donde se quedaron dormidos, acosados del lemasiado sueño y cansancio; mientras dormían legó una manada de jabalíes, y acercándose á los acos, los rompieron á hocicadas, y se comieron las ıueces; pero bien pagaron la pena, pues como estaian acostumbrados á la bellota, luego que las huiieron comido, se les movió tal inquietud en el vienre, que no sólo las vomitaron, sino que todas las ripas echaban al mismo tiempo. Despertaron los nercaderes, y hallando los sacos rotos, y su merancía comida, quedaron sumamente afligidos; mas ıo por esto quisieron dejar de proseguir su viaje, y aminando más adelante, hallaron unos pellejos de rdillas, y los destinaron para regalar al rey de las encas fritas, y pasando por la ciudad donde estaba e hicieron el regalo, el que apreció mucho, remuıerándolos con gran presente, que fué una buena ıorción de criadillas de tierra; con este regalo pa-

saron á la ciudad de las sanguijuelas, en donde vieron que, por falta de segadores, se vieron obligadas ellas mismas á segar aquel año los campos; allí tuvieron forma de hacer negocio, y cambiaron las criadillas por higos secos, y aun les dieron además una partida de hongos salados; embarcáronse, y llegaron al puerto de las lagartijas, y abordaron en pocos dias en otro que se llamaba el puerto de los escarabajos; hallándose excesivamente cansados y molestados de la mar, se resolvieron á desembarcar y descansar en aquella ciudad algunos dias; hicieron llevar los barriles á la Aduana, y pagaron su entrada como es costumbre. Los mercaderes se fiaron de los que estaban en la Aduana, de los que fueron vendidos, porque cuando los escarabajos vieron los barriles de los higos, idearon un chasco pesado, y de hecho lo ejecutaron, y fué el de vaciar los higos, y llenar los barriles de escremento de los bueyes. Volvieron á componer los barriles, diéronles sus pasaportes y se marcharon, y en pocos dias llegaron á su pais. Luego que los vieron acudió la mayor parte de la ciudad á darles el parabién por haber vuelto á su patria con felicidad. Deseaban ver todas las mercancias que habian llevado, y les instaron á que abriesen algun barril; acudió tanta gente, y era tanta la confusión de los que querian comprar higos, que casi estaban sitiados, y se encontraron en peligro de ser ahogados; al fin, como pudieron, abrieron los barriles, y en lugar de hallar higos, encontraron las tortas escrementicias de buey, quedándose tan extremadamente confusos que no sabian qué responder ni decir al mirarse tan burlados; y fué tal el alboroto que se levantó de palmadas, silbidos y risotadas, que los pobres estuvieron casi para ahorcarse de bochorno, y corridos y avergonzados se escaparon de la plaza y volvie-

›n á su aldea, donde les atacó gran melancolía por ıso tan impensado, y murieron desesperados en ›cos días sin poder encontrar consuelo alguno á ı mal.

Esta fábula me contó, señora, la vieja, y viene ntada á nuestro intento. El Rey nos mandó buscar nos sacó de nuestro centro, que son las montañas selvas, creyendo sin duda que nosotros seríamos ›mesticables, aptos y muy á propósito para vivir ı la corte, y cada dia estoy temiendo le suceda lo ıe á los pobres mercaderes, temiendo muchos son-jos, viendo que hacen todos mofa de la mercan-a traída, pues en vez de barriles de higos dulces sabrosos, se descubren otros de mercancía as-ıerosa, como lo somos nosotros, quienes imagino ıe en poco tiempo enfadaremos á todo el mundo, ›mo ya por la experiencia lo hemos empezado á ›r; siendo la causa las grandes ignorancias y ton-das de Bertoldino, que cada día van más en au-ento: con que mejor hubiera hecho el Rey en de-rnos pacíficos en nuestra casa, que habernos he-ıo venir á ser mofa de palacio; pero ya que su ›luntad es ésta, así sea, que yo estoy pronta para ›edecer con todo rendimiento su gusto.

Rein.—Querida Marcolfa, no pudiera creer (si › te hubiera oído) tu grande elocuencia, y los emplos tan adecuados que citaste al intento. No ıedo creer que hayas nacido en una desierta mon-ña donde todo es rústico; tu cultura, elocuencia, tórica y modo de hablar, no pueden ser hijos de s montes y desiertos, sino de alguna populosa udad donde sin duda debiste de nacer y criarte, atando con hombres doctos, y empleada en leer ıriosos libros; y si tu marido, mientras vivió en ta corte, la hizo maravillar con las sutiles astu-as y doctas sentencias, que á cada paso le salían

de su boca, tú, no sólo haces maravillar, sino qu confundes á los ingenios más grandes que te oye en mi corte; y para señal del amor y cariño que t tengo, toma este anillo, póntele en el dedo, y lléva lo en prueba de lo mucho que te estimo.

Marc.—Una mujer viuda no debe llevar otro an llo en el dedo más que aquel que le pusieron cuan do le desposaron con su marido: á mí sólo me bast saber que puedo agradarte.

Rein.—Pues ¿qué te podré yo dar, que ser pued de tu gusto?

Marc.—Tú nada tienes que poderme dar á m pues más necesitas de todo que yo.

Rein.—Nada me hace falta, pues como reina d toda Italia tengo tantos tesoros y riquezas, que e la tierra no cedo á nadie en grandeza.

Marc.—¡Ah! tantas cosas te faltan, señora, que.

Rein.—¿Qué me falta? Deseo que me lo digas.

Marc.—No he de salir de esta corte, ó no he d ser yo quien soy, si no te hago confesar que nece sitas de muchas cosas; y como á la necesidad se s gue la pobreza, has de confesar que eres más pobr que yo.

Rein.—Cuando tú me desengañes, y me haga ver lo que dices, diré que eres la mujer mayor d todo el mundo. Llevadla á su cuarto para que des canse, y tú, Bertoldino, ten en cuenta que debe venir á menudo á visitarme.

Bert.—¿Qué quiere decir visitar?

Rein.—Quiere decir que vengas á verme todo los días.

Bert.—¿Pues acaso soy yo algún mendrugo d pan?

Marc.—¿No lo dije yo, señora? ¿No veis est majadero cómo interpreta vuestro soberano man dato?

Rein.—No importa, que en las cortes no hacen
vedad estas ignorancias, y si no hubiera de to-
s especies de hombres dentro de ellas no serian
vertidas. Ea, vete á dormir y descansar, Marcol-
y lleva contigo á tu hijo.

Conversación que sostuvo Bertoldino con su madre.

Habiéndolos acompañado á su cuarto, que estaba
aravillosamente amueblado, y habiéndoles surtido
todo lo indispensable, trabaron los dos conver-
ción, diciendo Bertoldino á su madre:
Bert.—Madre mía, yo he oido decir que la Reina
iere estar sobre todas las demás mujeres, y sería
ay bien hecho que cuanto antes nos volviéramos
nuestra casa, porque si ella se pone encima de ti
ha de hacer hechar las tripas por la boca, porque
más gorda que la vaca que tenemos en nuestra
sa.
Marc.—Mira, tonto, que cuando se dice que la
ina está sobre todas las mujeres no es lo que tú
tiendes de subirse encima de ellas, sino que, co-
señora y dueña absoluta de todas, es mayor que
las, y como tal debe ser venerada y reveren-
ada.
Bert.—Sí, sí. Ya lo verás, si ella se sube encima
ti, si te da gana de reir ó de llorar.
Marc.—Calla, babieca, que no sé á quien te pa-
ces, pues no puedo creer que de un hombre de
n elevado ingenio, como era el de tu padre, haya
lido zoquete semejante.
Bert.—Y pregunto: ¿quién nació primero, yo ó
i padre?
Marc.—¡Válgame Dios! ¡Qué mameluco tan

grande! ¿Cómo quieres tú haber nacido primero que tu padre? ¡Ay, pobre de mí! ¡Que yo haya venido á la corte con este gran pollino!

Bert.—Dime, madre mia, ¿al Rey se le da el tratamiento de maestro ó de señor?

Marc.—Creo que aquel que tú le des será muy bueno, pues de cualquiera suerte que tú hables siempre te explicarás peor. Mas, á pesar de esto, si tú quieres que no se rian de ti, te aconsejo que no abras jamás la boca.

Bert.—¿Y si se me ofrece bostezar?

Marc.—Entonces ábrela cuando quisieres, que de todos modos la corte ya te ha conocido por un simplón y has dado que reir á todos, y lo peor es que siempre te sucederá lo mismo, pues tus bestialidades irán prosiguiendo á más.

Bert.—¿Con que las cortes se rien? ¿Y dónde tienen la boca?

Marc.—Calla, que viene gente, y creo que el Rey está entrando á nuestro cuarto.

Bert.—¿Y qué nos quiere á nosotros este señor?

Marc.—Calla, cierra la boca y no digas nada ahora.

Bert.—Ya la cierro; mírame bien cómo la tengo cerrada.

Marc.—Sí, sí. Tenla bien cerrada, hasta que yo diga que hables.

Obsequio del Rey á Marcolfa y Bertoldino.

Mientras estuvieron hablando Bertoldino y su madre, el Rey les estuvo escuchando con grandísimo gusto y regocijo, ya por ver la inocencia de Bertoldino y ya por la agudeza y talento grande de Marcolfa: llamóles el Rey y les llevó en su coche

fuera de la ciudad á una casa de campo, en la que había hermosos jardines, fuentes, bosques y viñas, y un bellísimo estanque de peces, con otros varios recreos; y estando allí, habló á Marcolfa de esta suerte:

Rey.—Conociendo yo, y haciéndome cargo de que estás acostumbrada á tu libertad y sirviéndote sólo de recreo el vivir en el campo, no dudo que te servirá de cárcel estar dentro de la ciudad, y así he creído conveniente el que te diviertas en esta casa de campo, disfrutes de la hacienda que hay en ella y goces de sus recreos, por lo cual te hago donación de todo lo que en sí encierra: pero te advierto que ha de ser con la obligación de que Bertoldino me venga á ver á mi palacio á lo menos una vez cada día. Ea, entrad dentro y hallaréis la casa compuesta de todo lo necesario, y si faltare alguna cosa haré que luego se os traiga y provea de todo cuanto pidiereis.

Marc.—Yo te doy millones de gracias y agradezco, señor, tu magnanimidad generosa; conozco que no tengo ningún mérito para tanta honra, siendo yo, señor, una mujer criada en rústicos pañales, nacida en países silvestres: no encuentro en mi persona circunstancias para habitar en unos sitios reales como éstos; me convendría mejor, según mi clase, vivir en los montuosos campos de fieras, entre cuevas y peñascos, donde no habitan ni la riqueza ni la cortesía; mirad que á mí no me conviene tanta grandeza, ni á este bestia, el cual yo no sé si es de madera ó de yeso, pues es tan ignorante y necio que no sirve de nada en este mundo sino de hacer reir á todo el vulgo. Yo, señor, vivo aquí avergonzada y corrida de ver que sirve de irrisión á todos, y cada día más pasmada de que de una agua tan clara y dulce haya salido un pescado tan

amargo; de un padre, digo, tan entendido y sentencioso como Bertoldo, haya salido un hijo tan rudo y simple de quien es tanta la ignorancia, que pregunta cuando se levanta de la cama que cuál es lo primero que se ha de poner en el suelo si los pies ó la cabeza, que es á cuanto puede llegar la ignorancia.

Rey.—¿Es verdad esto, Bertoldino? ¿No respondes? ¿Por qué tienes cerrada la boca?

Marc.—Es que le he ordenado que la tenga cerrada.

Rey.—¿Y por qué?

Marc.—Porque me ha preguntado la mayor necedad que se pueda oir, y es, qué tratamiento se le da á vuestra real persona, y yo le he dicho que de cualquier modo siempre hablará bien, como no abra la boca.

Rey.—Yo discurría que hubiese dicho otro desatino mayor; y así no es razón privarle del habla que Dios le dió, antes bien me caen en gusto estos genios, naturalmente inocentes de nacimiento, y no aquellos que se hacen tontos con artificio. Ea, Bertoldino, habla que yo te doy licencia. ¿Qué dices? Abre la boca.

Bert.—Si mi madre no quiere, y dice que yo la tenga cerrada.

Marc.—Habla, pues, que ya te doy licencia; pero mira lo que dices, reflexiona que estás delante del Rey.

Bert.—Yo quisiera que se fuese de aquí cuanto antes.

Marc.—¡Ah, pícaro, ingrato! ¿Son estas palabras decentes para decirlas á nuestro dueño y señor después que nos ha hecho tantos y tan grandes beneficios? ¿Por qué quieres tú que se vaya?

Bert.—Porque mientras está aquí no puedo yo irme á merendar.

Marc.—¡Admirable cortesía! ¿Te parece, necio, que es buen modo usar de tan villana cortesía? Señor, V. M. no haga caso de este imbécil; yo os doy las gracias duplicadas por tanto bien como nos habéis, que no soy ingrata como ese bruto, que anhela que os vayáis de aquí, con el solo fin de saciar su apetito desordenado.

Rey.—Tiene muchísima razón en lo que ha dicho, y ahora digo que no es tan tonto como le hacen; ya me voy, quédate en paz y no se te olvide el venir á verme todos los días; ¿lo entiendes?

Bert.—Sí, señor maestro; pero pregunto, ¿cuál es el día más grande, el de la ciudad ó el de la villa?

Rey.—Tan grande es el uno como el otro: ea, cuidado; no se te olvide lo que te digo.

Marc.—Ya escampa, y á cántaros llovía; ¡miren qué discreta pregunta! ¡Válgame Dios que jumento! Señor no faltaré yo á enviarle todos los días por complaceros.

Rey.—Ten cuidado de Bertoldino, Marcolfa; y adiós, hasta la primera vista.

Marc.—El cielo te dé buen viaje, señor, y todo lo que desea mi gratitud.

ALEGORIA SEGUNDA

Los discursos de los hombres sabios dan sano placer y fruto; y al contrario, los ignorantes, que nos divierten exteriormente, no son de utilidad y siempre suele ser muy peligroso el acostumbrarse á ellos mucho tiempo, ó porque corresponden ingratos á los beneficios, ó bien porque los disipan inútilmente.

Ridícula simpleza de Bertoldino con las ranas que estaban en el estanque.

Cuando se fué el Rey, quedaron Marcolfa y Bertoldino hechos dueños de la casa de recreo, en fuerza de la cesión que éste les hizo. Estaba adornada la casa de todo lo necesario para vivir en ella con las conveniencias que pudieran desearse, y entre los recreos deliciosos de los jardines había un estanque que contenía gran diversidad de pesca; pero entre ella, como es natural, se criaban ranas. Ocurrió que un día Bertoldino estaba asomado al borde del estanque divirtiéndose mirando los peces, que corrían y saltaban en el agua, reparó que al mismo tiempo nadaban y cantaban muy recio gran número de ranas, y como su modo de cantar es tan particular que parece que dicen *cuatro*, *cuatro*, Bertoldino creyendo que le decían que el Rey no le había dado más que cuatro escudos, habiéndole dado mil, fuese corriendo á casa muy enfadado, y tomó el cofrecillo donde estaban los escudos con que el Rey le había regalado; los llevó al estanque, y tomando puñados de ellos los tiró hacia donde las ranas cantaban, diciéndoles al mismo tiempo: «Tomad, animales de Barrabás; contad el dinero y veréis si son más de cuatro»; pero como con todo esto las ranas no callaban, antes bien redoblaban más su grito, tomando más puñados que la vez primera, decía: «Tomad, canallas, y veréis como el rey nos ha dado más de mil escudos». Continuó con los puñados y acabó con el dinero; pero no bastando aún todo esto para aquietar su canto, se llenó de ira, y con grande enfado tiró al agua el cofrecillo de los escu-

los é insultándolas se volvió á casa tan colérico que parecía un tigre furioso.

Preguntas que le hizo la madre después de la locura que había ejecutado.

Marc.—¿Qué traes, Bertoldino, que vienes tan sofocado?

Bert.—Estoy colérico con las ranas del estanque.

Marc.—Pues, ¿por qué? ¿Te han hecho algún daño?

Bert.—Ellas lo saben muy bien.

Marc.—¿Te han interrumpido con su gritería el sueño?

Bert.—Mucho peor es lo que me ha sucedido.

Marc.—¿Pues qué te hicieron? Acaba, dilo.

Bert.—¿No te acuerdas que el Rey nos ha regalado un cofrecito lleno de escudos?

Marc.—Sí, me acuerdo: pero, ¿por qué dices eso?

Bert.—Pues has de saber, que dieron en decir aquellas malditas, que no nos había dado más que cuatro; y yo oyendo una mentira tan grande, para que se desengañaran, les eché un buen puñado; pero con todo esto proseguían en decir *cuatro, cuatro*, echéles el segundo puñado, siguieron con su tema, y me vi precisado á arrojárselos todos, y no obstante, siempre metían más algazara sin salir de sus cuatro: viendo yo la obstinación de semejante canalla, me encolericé y les tiré también el cofrecillo, para que de este modo contasen la cantidad y quedasen desengañadas de la porción que el Rey nos ha dado, que ahora ellas volverán á poner en el cofre, é iré yo allá para que me lo entreguen, y lo

volveré á traer á casa con todo el dinero dentro; pues son gentes muy seguras y no faltará un escudo. Madre mía ¿qué dices de esto? ¿No he obrado como hombre de bien, para desengañar á aquellos animales?

Marc.—¡Ah, pobre de mi! ¡Ah desdichada Marcolfa! ¡Salvaje, loco incapaz, no sé cómo no te ahogo entre mis uñas! ¿Qué dirá el Rey cuando tenga noticia de semejante locura? Es natural que se irrite y nos despida por tu culpa, gran bestiaza. Si en sabiéndolo te echase á una galera, sería bien merecido. ¿Qué loco en su mayor manía pudiera hacer locura tan descomunal?

Bert.—Su Maestranza diga lo que quisiera; él tiene la culpa; tuviera el enseñadas sus ranas á que supiesen los escudos que él regalaba; y lo peor de todo ha de ser, que si prosiguen ellas en gritar, me enfadarán de tal manera, que les tiraré todos cuantos trastos y muebles hallaré en casa; yo espero que lo verás, como prosigan en marearme la cabeza, pues de este modo yo les enseñaré á que no hagan mofa de mí; y cuidado conmigo que soy yo más bestia que todas ellas.

Marc.—En tu vida dijiste mayor verdad; y si cabe, eres mayor bestia que todas las bestias juntas.

Bert.—Venid conmigo y oiréis su maldita obstinación, pues ahora hacen más ruido: quiero ir allá, y echar sobre ellas toda esta casa.

Marc.—¡Ay, pobre de mi! ¿Adónde vas?

Bert.—Pues haced que se estén quietas y que callen; porque si no...

Marc.—Aquiétate tú, que yo haré que los pescadores con cierto bocadito las cojan; y así no te darán más enfado; espérame aquí en casa, que quiero ir á la ciudad para ver si los encuentro: yo haré que

as cojan todas, ya que has dado en ese tema: no te ıpartes de casa, para que no nos roben lo que hay ın ella.

Nueva simpleza de Bertoldino.

Después que se fué Marcolfa, hizo Bertoldino ›tro desatino, y por mejor decir, otros dos, aun nayores que el primero. Como oyera decir á su nadre que las ranas se cogian con un bocado, imaginó que á fuerza de bocaditos de pan lo conseguiía antes que volviese, oyó que cantaban de la misna forma, y no pudiéndose contener de lo encoleizado que estaba, fuése adonde estaba el pan, lo ›artió todo en bocados y llenó un saco de mendrugos; fuése al estanque y todo lo echó dentro de ;olpe: al caer en el agua, todas las ranas se bajaron ıl hondo, y los peces se subieron arriba con el ce›illo de pan; pero como eran los peces muchos, tro›ezaban los unos con los otros, de tal forma que ›arecia que tenian una batalla muy sangrienta ntre ellos. En fin, en muy poco tiempo dieron fin .l socorro de los mendrugos: viendo Bertoldino que e habían comido el pan y que las ranas no las polía coger, pensó vengarse en quitar la vista á los ›eces; porque se habian comido todo el pan: fuése . casa muy rabioso, cargó con un saco de harina, on el fin de echársela en los ojos, y, según fuesen ubiendo arriba, cegarlos: trajo el saco, y con una ›ala iba echando harina sobre los peces, creyendo l pobre inocente, que con este arbitrio los dejaria odos ciegos; pero como ellos estaban debajo del .gua, no les ofendia, ya se ve, semejante industria. Con este disparate echó en el estanque todo el saco e la harina, volvióse á casa muy contento y satis-

fecho de que habia tomado venganza por sus manos, dejando á los peces ciegos.

ALEGORIA TERCERA

Los hombres insípidos y bufones, músicos y farsantes, reducen á algunos locos á un tan grave y deplorable estado, que después, aunque caven y fomenten lo poco que les ha quedado, quedan hechos á lo último una tortilla. La prudencia ó el juicio, tarde ó nunca se recupera, sino con sólo un don puro particular del cielo, que se le concede para remediarse.

Bertoldino, quiere empollar huevos.

Una vez hecha la bobada referida, volvió á casa, y reparó que en un rincón había una gallina clueca en un cestón, empollando unos huevos: fuese á ella, quitóla de encima de ellos, y èl se encajó dentro de la cesta, poniéndose en acción de empollarlos; pero lo mismo fué sentarse sobre los huevos, que romperlos todos, y la lástima fué que estaban ya casi para empezar á nacer los pollitos. Metido en la cesta estaba cuando llegó Marcolfa, quien no había ido á la ciudad á buscar los pescadores, como le habia dicho al salir, sino que con este motivo fué á ver á la Reina, y á darle un rato de diversión y de gusto, que le tenía muy grande cada vez que veía á Marcolfa; llegó á casa y llamó á la puerta; pero no le respondia; volvió segunda vez y, llamándole por su nombre empezó á dar voces, diciendo:

Marc. — Bertoldino, Bertoldino; ven, hijo, y ábreme la puerta.

Bert.—Yo no puedo ir á abrirte.

Marc.—¿Por qué no puedes venir? ¿Qué haces?

Bert.—Estoy metido en la cesta de la clueca.

Marc.—¿Y qué haces dentro del cesto?

Bert.—Sacando los pollitos.

Marc.—¿Tú sacar pollos? ¡Ay, desdichada de mí, e habrá quebrado todos los huevos! Ea, ven; re la puerta.

Bert.—Ya he dicho que no puedo ir, porque emzan á nacer ahora, y siento ya que uno me está cando en las posaderas.

Marc.—¿Hay mujer más infeliz? ¿Qué haré yo n este bruto? ¡Oh, nunca hubiera venido aquí con te tonto! Bertoldino, Bertoldino, ábreme.

Bert.—Madre, poquito á poco, que la clueca me tá mirando, y no quiere apartarse del cesto.

Marc.—Ven, hijo mío, y ábreme la puerta.

Bert.—Espera un poco, que ya voy.

Salió Bertoldino de la cesta y abrió á su madre, cual, como le vió tan pringado por detrás, de las ras y las yemas de los huevos que había roto, ıy indignada empezó á gritar, diciendo:

Marc.—¡Ah, pícaro, traidor, infame! ¿qué has cho?

Bert.—¿Qué tienes? ¿De qué te alborotas?

Marc.—Grandísimo bestia, ¿qué quieres que ten-? ¿No ves lo que has hecho? ¡Puerco: mira cómo ás pringado! Ahora voy corriendo á pedir al Rey encia para que me deje volver á la montaña, es con los desatinos y brutalidades tuyas no es sible poder vivir más entre gentes; ahora conoz- la prudencia de que usó tu padre, en no querer velar á nadie que tenía hijos, pues bien previsto ıía que tú no le servirías más que de sonrojo y rgüenza. ¿Qué bestia hubiera hecho tal desatino, mo romper los huevos y ahogar los pollos que

empezaban á nacer? Fuera de esto, mírate bien q
limpio estás. ¿Qué dirá el Rey cuando te llame y
pregunte por qué estás tan poco limpio y tan ind
cente? ¿Y qué responderás tú á eso?

Bert.—Diréle que yo he hecho una tortilla en m
asentaderas.

Marc.—¡Oh! ¡Qué respuesta tan decente, mu
propia de tu grande discreción! Ea, quítate al pu
to esas medias, ponte otras y vamos á comer, q
es preciso ir los dos á la ciudad.

Bert.—¿Y qué has de comer, si en casa no h
un bocado de pan?

Marc.—¿Cómo que no hay pan? ¿No dejé yo
cho de sobra al salir?

Bert.—Es verdad.

Marc.—Pues, ¿adónde lo has echado?

Bert.—¿No me dijiste que las ranas se cogía
un bocado?

Marc.—Sí, dije; y ¿qué quieres decir con eso.

Bert.—Pues en esa inteligencia todo el pan
había en casa lo he echado en el estanque en
dos para poder coger las ranas; pero los m
peces acudieron luego al pan y se lo comiero
de suerte que no han dejado á las ranas el m
queño bocado; pero no te dé cuidado que de
les he hecho una burla, que has de reir mucho
ella. Empieza á reir, ríete con Barrabás.

Marc.—¡Que yo me ría! ¡Ah, infame! buena
has hecho para hacerme reir; más seguro es e
con tus tonterías me hagas llorar. ¿Veamos
burla ó qué chasco les has dado? Dilo, que bien
curro será otra locura mayor que la antecedente.

Bert.—¿No sabes que habia un costal de hari
en casa?

Marc.—Sí, ya lo sé; ¿qué será esta segunda
cura?

Bert.—Pues, como yo estaba tan enfadado con os peces, por ver que se habian comido el pan de as ranas, tomé el saco de harina, y todo se lo he rado á los ojos.

Marc.—¿Y para qué hiciste eso?

Bert.—Con ánimo de cegarlos, y yo discurro que uchos habrán cegado, y no verán más luz en su ida, pues á paladas les tiraba la harina sobre los os.

Marc.—¡Válgame Dios, qué locura! ¡Ojalá yo te ubiera ahogado al tiempo que te parí! ¡Oh Bertol-mío! Si tú vieras esto, ¿qué dirías? Tú que eras manantial de sentencias, ¿qué harías al oir tales an extravagantes simplezas? Ea, vamos, dispon-para ir á la ciudad, porque el rey te quiere ver.

ert.—¿Y por qué no viene él acá, si tiene gusto erme?

arc.—Sí por cierto, más razón era que el rey viniese á ver á ti. La merced que me has de ha-es callar, cerrar la boca y no la abras hasta uelvas á casa, y no sea como otras veces, que bstante el habértelo mandado, no me has obe-do.

t.—Y si el Rey me pregunta alguna cosa, si uedo abrir la boca, ¿cómo quieres que le res-la?

arc.—Calla tú, y deja eso á mi cuidado, que yo aré por los dos.

Bert.—Pues ya la cierro, mira si está bien ce-da.

Marc.—Así la has de tener, y no la abras, hasta e yo te lo mande, si no quieres pagarlo bien cuan-volvamos á casa.

Después de esto, Marcolfa y Bertoldino se fueron a ciudad, y luego que les llegó á ver el Rey, les

hizo muchas demostraciones de cariño: preguntó Bertoldino cómo estaba; pero él, con su boca ce rrada, no respondia. Entonces el Rey se volvió Marcolfá, y le dijo:

Rey.—¿Por qué no responde á lo que yo le pre guntó? ¿Ha perdido acaso el habla? ¿ó le ha dad algún accidente, que le impide poder hablar?

Marc.—Mejor hubiera sido, señor, que hubier nacido mudo, que de esa suerte no hablara tan eno mes desatinos, ni hiciera tales locuras, como la que ahora acaba de ejecutar, mientras yo me sa fuera de casa.

Rey.—¿Qué es lo que hizo? ¿Se ha meado en l cama?

Marc.—Señor, es mucho peor.

Rey.—¿Se le ha movido ó aflojado el vientre?

Marc.—Mil veces peor.

Rey.—¿Pues qué cosa peor puede haber hecho No sé que cosas sean más sucias y más indecente que éstas.

Marc.—Señor, cuando te lo diga, yo sé que te en fadarás, y con muy justa razón, y asi te vuelvo decir, que hubiera sido mejor que nos hubieras de jado en nuestras montañas, y no conducirnos aqu donde van á ser conocidas de todo el mundo la tontadas de este necio.

Rey.—¿Pues qué ha hecho este pobre, que segú lo ponderas, das á entender que ha cometido algú delito gravísimo? Dilo presto y no te aflijas, qu aunque sea el más grave y más enorme que se pue da cometer yo le perdono al instante.

Marcolfa contó al Rey todo lo que había sucedid con Bertoldino, lo de los escudos, y el pan arrojad en el estanque á las ranas y la harina á los peces y por último la sacadura de los pollos, con todo los demás desatinos que había ejecutado. El Rey, e

ıgar de reprenderle, empezó á reir tan de buena ana que se vió obligado, por no poder más, á tiarse sobre la cama, hasta mucho tiempo después, ue se levantó como pudo; aunque disimulando la isa, y vuelto á Marcolfa, le dijo:

Rey.—¿Son estas las culpas tan graves, que me ueríais decir? Yo imaginaba que fuese cosa de más ntidad; antes ha hecho muy bien de enseñar á las anas cómo han de hablar; no te aflijas que no te ltará dinero, ni pan.

Marc.—Señor, ya que á ti te gusta y te complaes de todo lo sucedido, por lo que á mí toca, no ablaré, mas yo, viendo que este ignorante no tiene quel respeto y comedimiento á V. M. debido, le he uesto precepto de que no abra la boca, hasta la uelta á casa, porque tiemblo no prorrumpa en tonrías indignas de tu prudencia.

Rey.—Pues yo nuevamente le doy licencia para ue abra la boca, y que hable cuando quisiere; lleadle al cuarto de la Reina, para que tenga un rato e gusto, y se divierta con su inocencia. Y tú, Berldino, aunque haya delante damas y señores, haa como quisieres con toda libertad, y lo que te paezca, sin miedo, reparo ni sujeción.

Riña de Bertoldino y Librada.

Entraron Malcorfa y Bertoldino en el cuarto de Reina, la cual los recibió con mucho agrado, haéndoles gratas demostraciones de cariño; y como Rey había dicho á Bertoldino, que hablase con liertad, interpretó este término con el nombre de ıa de las doncellas de la reina, que se llamaba Liada; hallábase ésta presente cuando él entró, y ı lugar de llamarla por su nombre, empezó á salu-

darla con los mayores disparates y desvergüenzas que su corto entendimiento le dictaba; y con términos muy rústicos y en extremo chavacanos, le dijo:

Bert.—Libertada, ¿cuánto darías tú por ser bien apaleada?

Libr.—¿Y por qué había yo de ser apaleada? Los palos se emplean mejor en los burros como tú.

Bert.—Yo sería burro, si tú fueras mi mujer; pues hablando con verdad, tu presencia es sólo de burra vieja.

Libr.—Si me quito la chinela, te la he de tirar á la cara, villano, puerco, grosero y desatento con las mujeres; ¿quién te ha dado libertad para ser tan descortés con una mujer de mis circunstancias y de mi esfera? Vete á tu aldea, villano, á guardar cabras montesas, que es más propio para ti que el tratar con racionales.

Bert.—Yo no espero ver mejor cabra que tú, pues te pareces á ellas hasta en el rumiar cuando se comen la sal.

Libr.—Guárdate de mí, insolente, que si te cojo, te he de romper ese hocico de lechón.

Bert.—Si tú me rompes los hocicos, yo también he de aplanarte con mi zapato esa nariz de lechuza.

Rein.—Calla, Bertoldino, y dime quién te ha mandado que digas semejantes picardías á mi doncella.

Bert.—El Rey me lo mandó, y si no pregúntaselo á mi madre, que ella dirá que es cierto.

Rein.—¿Es cierto esto, Malcorfa?

Marc.—Serenísima señora, varias veces tengo hechas mis protestas: he dicho al Rey que este muchacho no conviene dentro de la corte, y que puede ser perjudicial en alguna ocasión, y ya tiene enfadados á muchos, pues no todos se hacen el cargo

ıi reflexionan que está tonto; para que no dijese ılgún desatino delante del Rey, le puse precepto de ıue tuviese la boca cerrada hasta que volviese á ;asa; pero no sólo le ha dado licencia vuestro es- ıoso para que hable, si no que permitió que hablase ;omo le pareciera y con toda libertad; y como este ıruto todo lo entiende como suena y al revés, ha- ıiendo oído llamar á vuestra doncella con el nom- ıre de Librada, ha pensado el gran salvaje que el ley le había dicho que le dijese lo que se le viniese ı la boca; éste es el motivo de haberla tratado con ı descortesía que has visto.

Nuevo regalo del Rey á Bertoldino.

No bien la Reina oyó semejante tontería, echóse reir de tal forma, que no había modo de poder ontener la risa: llegó el Rey en este momento y reguntó el motivo; diéronle noticia de todo lo su- edido, renovóse la risa en el Rey, y después que se quietó, le hizo regalar (que fortuna es un villano ıdiscreto) cincuenta escudos de oro, y se volvió su casa; pero antes que se despidiese, la Reina le ió una buena reprensión diciéndole: Que en ade- ınte no se desvergonzara más con sus damas, que ıirase muy bien lo que hacía, si no quería, como escortés y desatento, experimentar un riguroso astigo: que se agarrase de la modestia, que esa ra en la corte la mejor prenda. Bertoldino, ca- ando á todo, correspondió con una gran cortesía l uso de la montaña, prometiendo á la Reina hacer) que le mandaba, y así se marcharon á su casería

Nueva estultez de Bertoldino.

Al llegar á su casería, como Bertoldino llevaba en la memoria lo que la Reina le había dicho y había prometido el ejecutarlo, comprendió al revés, según su rudo entendimiento; y fué, que se encontró con la mujer del hortelano, que se llamaba Modestia; él creyó que le habían dicho que aquella era la modestia, y sin decir nada se tiró á ella, sujetándola de los guardapiés, de tal suerte, que la llevaba tras de sí, como cuando un lobo tira de una pobre oveja pues era tal el esfuerzo y la inquietud con que la traía, que casi le tiró las faldas sobre la cabeza; viéndose arrastrar por este loco, pues no merecía otro nombre, empezó á gritar de tal forma, que llegándola á oir su marido, acudió en seguida con un buen palo en la mano, y viendo que arrastraban á su mujer de aquel modo, iba á darle en la cabeza; mas por respeto de lo que el Rey le quería, dejó de hacer en sus costillas lo que merecía; pero agarrándole, aunque con harto trabajo, se la quitó de las manos, y después le dijo así:

Hor.—Bestia incapaz, ¿quién te ha enseñado á usar con las mujeres una acción tan rústica y tan villana como ésta?

Bert.—La Reina.

Hort.—¡La Reina! ¿Qué mal ha hecho á la Reina mi mujer, para mandarla arrastrar de esta suerte?

Bert.—Vé tú á preguntárselo, que ella te lo dirá; despáchate luego, y vuelve.

Hort.—Ire con deseo de averiguar esta infamia.

Bert.—Anda, vé y vuelve presto, para que pueda aprender cortesía; pues también me dijo la Reina que la estudiase.

El hortelano y la Reina.

Dospués de todo lo acaecido, sin detenerse un unto, marchó el hortelano, ciego de cólera y raia, y se echó á los pies de la Reina, refiriéndole el aso sucedido, y al mismo tiempo la rogaba la dijee si había sido su voluntad el que Bertoldino conetiese tal infamia, como la que había ejecutado de levar arrastrando á su mujer públicamente, levanándole los vestidos sobre la cabeza, con otras muhas indecencias dignas de callarse; la Reina le conestó que no le había mandado tal cosa, antes bien e había predicado, á fin de que aprendiese el modo la cortesía de que había de usar para vivir en la orte, y que tuviese siempre presente la buena corespondencia, para lo cual le sería muy útil el brazarse á la modestia, pues éste sería el camino erdadero para que todo el mundo le tuviese en uen concepto; pero yo ni le dije ni le mandé, ni me asó por el pensamiento, que se agarre á tu mujer, i se abrace á otra cualquiera de la ciudad.

Hort.—¡Ay, señora, que mi mujer se llama Moestia!

Rein.—¿Modestia se llama tu mujer?

—Hort.—Sí, señora.

Rein.—Comprende bien lo que es; lo mismo que ucedió con mi camarera Librada ha hecho con tu mujer, él lo ha interpretado al contrario; pues le ijo el Rey que hablase con libertad, y pensó el madero tener licencia para desvergonzarse con ella e tal suerte, que fué menester valerse de la fuerza ara apartarle de ella.

Hort.—Esto fué mayor bestialidad, y siento que

el nombre de mi mujer fuese la causa de tal desorden en este idiota: bien me hice cargo que una señora de vuestras prendas y de prudencia tan grande, no había de haber mandado una acción tan indecente: y así, si me dais vuestra licencia, me volveré al punto á casa, pues estoy con alguna inquietud, no sea el diablo que haga algo peor aquel bestia, que lo pasado.

Rein.—Vete, y di á Marcolfa que venga á verme cuanto antes, que tengo precisión de hablar con ella.

Hort.—Señora, voy al punto para obedecer sus órdenes.

Marchó el hortelano á su casa, y encerró á su mujer en un cuarto, temiendo que cometiese alguna otra picardía aquel salvaje: le aplacaron su enojo; y se aquietó el alboroto, sin haber sucedido daño alguno. El hortelano avisó á Marcolfa para que fuese á ver á la Reina, encargándole fuese cuanto antes: ella, sin perder tiempo, se fué á la corte y se presentó delante de la Reina, haciéndole su cortesía muy humilde y obsequiosa: la Reina la recibió con cariño, y haciéndola sentar junto á sí, con sumo amor y apacible rostro, la dijo:

Rein.—Querida Marcolfa, tengo precisión de tu persona y necesito de ti en tanto grado, que no creo haya jamás necesitado de ninguna otra persona de este mundo, como te necesito yo ahora.

Marc.—El haber de menester, nace de la necesidad; la necesidad viene de la pobreza; y la pobreza viene de aquello que se carece; y habiéndome tú menester, vienes á ser más pobre que yo; pues no teniendo necesidad de ti, ni de tu riqueza, claramente te he probado, que por grande y poderoso que sea uno, siempre ha menester á otro.

Rein.—Es verdad; y con una razón tan conclu-

ente me lo has probado, que te aseguro, que nun-a más me alabaré que soy tan feliz, que no tenga n este mundo de nadie necesidad; pues como tú di-es, ahora que te he menester, vengo á ser más po-re que tú, que no me has menester á mí: pero de-mos por ahora este discurso y vamos á lo que más ie importa, y es, el que me ayudes en una cosa iía de bastante importancia.

Marc.—Como sea cosa que pertenezca y sea de-ente á tu persona, aquí me tienes pronta para ser-irte.

Rein.—Si no fuera decente y correspondiente, no hubiera hecho venir con tanta instancia. Has de aber qne esta noche pasada la tuvimos divertida, on una gran música, cantando y bailando, con rande alegría y regocijo, y al último se determinó acer un juego entre todas las damas y caballeros, n que el que perdía pagaba una prenda; y para res-atarlas, se mandaban varias penitencias: á unos se s hacía representar, á otros se les mandaba que nprovisasen versos, á otros, que dijesen versos eroicos, y á otros que escribiesen cartas amorosas; n suma, á unos una cosa y á otros otra, según el arecer de aquel que tenía las prendas; y habién-ome también á mí tocado pagar una prenda, di na sortija con un diamante, y me han dado un nigma para que le explique esta noche, y mientras ue no lo acierte no me volverán mi prenda; el enig-ıa es éste: *No tengo agua, y bebo agua; y si yo uviera agua, bebería vino.* Siendo tan difícil, des-ués de haberme quebrado la cabeza mucho tiempo o le he podido adivinar; y cuánto más pienso en llo, mucho menos acierto; y mi diamante corre pe-gro si no descifro lo que significa la pregunta. sta es la precisión que tengo de tu persona: sé ıuy bien que Dios te dió un ingenio agudo y sutil

y me acuerdo que me dijiste en una ocasión lo que quería decir este misterioso enigma, pero no recuerdo la explicación; y así, en este lance es menester que recorras la memoria, para que yo pueda acertar, y cobrar así mi prenda.

Marc.—Si no es más que esto, por mi cuenta queda el que quedéis con lucimiento; esta es cosa que la saben los pastores en mi montaña.

Rein.—¿Cómo es posible? ¡Y la tengo yo por una cosa tan dificultosa!

Marc.—Yo te la descifraré al instante.

Rein.—Me será de sumo gusto.

Marc.—El enigma se descifra, diciendo: Qué es el molinero, el cual se halla en un molino de aquellos que no tienen agua bastante para moler; éste como no muele, no puede ganar para poder comprar vino, y así le es preciso beber agua por necesidad, porque si tuviera agua para moler, entonces tendria dinero para comprar vino, y no le sería preciso beber agua. Esta es la explicación del enigma; ¿estáis ya enterada de ella?

Rein.—Ya quedo hecha cargo; y verdaderamente conozco, que ésta es su interpretación, la que yo nunca hubiera adivinado; y ahora estoy asegurada de que cobraré mi prenda; y así, sigamos hablando de otra materia, para divertirme en mi melancolía pues con tu conversación me olvido de ella.

Marc.—Mala cosa es cuando el río sale de madre; pero mucho peor cuando están de mal humor el hombre y la mujer poderosa.

Rein.—Pues, ¿por qué?

Marc.—Porque el río espanta solamente á los campos que están vecinos á él; pero el hombre poderoso, que se halla de mal humor, espanta á todos sus estados y atemoriza á sus súbditos.

Rein.—Es verdad; pero eso sería cuando el hu-

ıor procediese de algún extraño pensamiento, ó de lguna vaga imaginación, ó de haber recibido alún ultraje con deseos de aspirar á la venganza, ó or deseo de alguna empresa, y no poderla lograr; ero mi humor no procede de ninguna de estas coıs, ni tampoco puedo decirte cuál es el motivo de ste mal humor que me aflige.

Marc.—Quien tiene humor no tiene sabor.

Rein.—No te entiendo.

Marc.—Hablaré de manera que me entiendas. El gua, ¿por qué se dice que es húmeda?

Rein.—Porque es un humor que moja, humedece ablanda por donde pasa.

Marc.—Dices bien; pero cuando se bebe ¿qué saor deja en la boca?

Rein.—Ninguno, porque es insípida.

Marc.—Pues ved ahí claramente por qué aquel ue está de mal humor no tiene sabor alguno, porue no da gusto á aquel que le comunica, y suele ausar enfado á todos los que le tratan; aunque es erdad que hay humores diferentes, alegres, melanólicos, pacíficos, gustosos, enfadosos, falsos, ligeos, simples y tontos, como se ve patentemente en ıi hijo Bertoldino, del cual, por ser tan gran besa, tiene entre todos los tontos el primer lugar su impleza.

Rein.—No me admira el que sea tonto, lo que ıás me maravilla es, que haya salido de unos pares tan agudos un hijo tan falto de juicio.

Marc.—Ya sabéis, señora, que cuando las mujees estamos embarazadas se nos antojan cosas muy aras, y ha sucedido el antojársele á una el comer esos de liebre y mollejas de mosquitos, de modo ue unas desean cosas muy fáciles, y otras las más ifíciles y extrañas, según á su imaginación se les reviene; y hay mujeres tan antojadizas, que ape-

tecen cuanto ven: quiero, pues, explicarte lo que á mi me sucedió cuando me hallaba embarazada de este zángano; se me antojaron unos sesos de un ánade, y como el antojo fué nacido de mi aprensión y delirio en la cabeza, éste la ha sacado igual á la del mosquito, con unos sesos de ánade, que es uno de los animales más tontos que Dios crió en este mundo, siendo tan privado de instinto, que por la noche no sabe encontrar la cama ó nido en que acostumbra á dormir; este es motivo y causa de que sea Bertoldino tan necio, siendo tan agudo su padre, y yo no tan tonta como él.

Rein.—Marcolfa, es necesario tener paciencia, que otros hay que son peores que él, y yo no veo que haga cosas tan insufribles, que no se puedan tolerar; basta por ahora; vete, y dale de merendar que ya discurro será hora para él.

Marc.—Iré á mi casa al momento: yo creo, que cuando llegue hallaré alguna cosa de nuevo.

Rein.—Anda, vete muy enhorabuena, y te encargo que me vengas á ver más á menudo.

ALEGORÍA CUARTA

El hombre rústico y villano trata de igual manero á las libres y viciosas, que á las virtuosas y modestas. La ignorancia va siempre unida á la presunción, y muchas veces seguida de la confusión y la vergüenza; por lo cual, el hombre de juicio se sirve de otros vicios para dar más brillo á su sabiduría, y ganar ó conquistar más honor, y ser alabado.

Bertoldino vuela con las grullas.

Mientras la Reina estaba hablando con Marcolfa, ertoldino se había ido á casa, y entrando en el corral, vió volar una infinidad de grullas, y al punto naginó que las podia coger con grande facilidad; ues habia reparado que bajaban al suelo á beber n una artesa, que había para el uso del ganado. iscurrió varios arbitrios, y no encontró otro más ácil, que el de ver cómo las había de emborrachar, omo de hecho así lo ejecutó: fuese á la bodega y omó un barril de vino muy especial, con que el Rey abía regalado á su madre, y cargando con él, lo chó dentro de la artesa; luego se escondió en un incón para ver beber las grullas, y el efecto que es causaba. Apenas lo ejecutó, cuando bajaron toas al olor de tan buen vino; cercaron la artea, empezaron á gustar de una tan dulce bebida: anto bebieron, que llegaron de tal suerte á emboracharse, que cayeron todas, unas por un lado, y tras por otro, de manera que parecía al que las eía, que todas se habian quedado muertas: viendo ertoldino tal espectáculo, fué corriendo con grane alegría, y una por una las cogió, y poniéndolas l rededor del cinto ó ceñidor que tenía, llevándolas odas ensartadas por los pescuezos, determinó salir sí á recibir á su madre cuando viniese, creyendo aber ganado un gran trofeo; luego que vió á lo leos á su madre, saltaba de alegria y gritaba diciено: Mira las grullas, mira las grullas. Mas ocurrió, ue con su inquietud tan continua, y el haber paado algún tiempo, durante el cual las grullas se lespabilaron, y empezaron á sentir la opresión del

cinto; y viéndose oprimidas con mortales y terribles angustias, empezaron á sacudir las alas, esforzándose para ver si podían escaparse de aquel lazo: de tal modo apretaron los vuelos, que como eran muchas, no pudo resistir con su fuerza á la de las grullas, y consiguieron levantarle en alto, llevándoselo hasta una muy distante altura. Venía de la ciudad á su casa Marcolfa, y reparó que Bertoldino andaba levantado en el aire, y no sabiendo el motivo de cosa tan extraña, toda trémula, confusa y afanada empezó á gritar diciendo:

Marc.—¡Ay, pobre de mí, que es lo que veo! Ah, Bertoldino, ¿qué es lo que te ha pasado? Dímelo. ¿Adónde vas?

Bert.—Voy á cenar con las grullas: sosiégate, que volveré muy presto.

Marc.—¡Desdichada de mí! ¡Bertoldino! ¡Bertoldino!

Bert.—Ya no soy Bertoldino; soy grulla.

Marc.—¡Ay de mí, que las grullas se llevan á mi hijo! Dios sabe si le volveré á ver más; ven, muerte, y acaba conmigo, que no quiero estar más en este mundo; ven, y con esto me quitarás tantos disgustos como paso.

ALEGORÍA QUINTA

El que se ensalza con plumas y con el sudor de otros, ordinariamente fabrica su precipicio y da compasión á los hombres capaces y juiciosos, que de antemano ya lo tienen previsto; y á otros les causan gusto los propios males que les acaecen; y por no privarse de esta loca delicia, se encierran y fían de los medios de la razón, esperando que les serán suministrados para librarse de todo riesgo.

Caída de Bertoldino en el estanque.

Mientras Marcolfa se quejaba de su desdicha, as grullas habían levantado ya á Bertoldino á una ;ran altura; volvieron el vuelo hacia el sitio donde ıabian bebido, y, casualmente, sucedió la desgracia le que, atravesando por encima de un estanque de .gua, en donde había mucha pesca, se rompió el into con que ellas estaban sujetas, y el pobre, á mitación del infeliz Icaro, cayó de cabeza, con las ɪiernas hacia arriba, dando con todo su cuerpo un errible golpe dentro del agua, con tal fortuna, que on el estruendo toda la pesca se salió á la orilla; y omo la suerte está guardada sólo para los tontos, lespues de haberse zambullido muchas veces en el .gua salió fuera sin lesión alguna; llegó Marcolfa n este tiempo, y viéndole hecho una sopa de agua e preguntó lo que le habia sucedido.

Marc.—Pobrecito mío, dime, ¿cómo te llevaban or el aire las grullas?

Bert.—Las emborraché con aquel barril de vino. ue nos envió el Rey de regalo.

Marc.—¡Ay, desdichada de mi! ¿Qué has hecho, najadero, infame, tonto?

Bert.—No hice más que vaciarlo dentro de la aresa del ganado, bajaron las grullas al olorcillo, y e lo bebieron todo. Luego que estuvieron embriaadas, cayeron en el suelo como muertas: yo que as vi así, las fui cogiendo y metiendo sus cabezas ntre mi cinto, de esta suerte iba á salir á recibirte, ero cuando llegaba cerca de la puerta, empezaron volver de su letargo, dando con tal fuerza contiıuas aletadas, que pudieron más que yo, y me

levantaron en el aire como viste: mi desgrac quiso que se rompiese el cinto, que si no yo volal como ellas, y quería que me llevaran á la casa c la luna, y después al país de la Culicotidonia, qu es una tierra en donde son hembras todas la mujeres.

Marc.—No, que serían machos. ¡Bruto, qué pa tan mal empleado el que comes! Vamos á casa, t quitarás ese vestido y te pondrás otro enjuto. ¡Qu bien dice aquel proverbio: «A los locos no se les d nada, aunque se hundan todas las estrellas del cie lo!» Mírese por experiencia en éste, el peligro ta grande en que se ha hallado; y él lo toma por mod de juguete: yo no sé lo que me haga con este gran de jumento: pues cada dia hace más horribles dis-parates. Ea, marcha á casa.

Bert.—No quiero ir, que aquí me secaré al sol anda tú, y traéme un cesto, que quiero llenarlo d aquellos peces que han salido fuera del agua cuan do yo me caí dentro, pues quiero hacer un regalo a Rey, que yo creo que lo apreciará, y más cuando y le cuente la estratagema de que me he valido par cogerlos; yo sé que ha de reir bien con esta mod de pescar.

Marc.—Es cierto que reirá, simplón, ¿no conoce que has perdido el juicio, y que no tienes más seso que los que tiene una mosca?

Bert.—Así lo tuvieras tú, y cuantos hay en e mundo, pues aseguro sucederían mejor todas la cosas: y así, dime, ¿cuando tú me hiciste estaba y presente?

Marc.—Quítateme de la vista, que ya no pued sufrir tan amontonadas simplezas y tan grande ignorancias; y otra vez te vuelvo á decir que vayas á casa al punto.

Bert.—Ya te he dicho que quiero coger los pe-

ces, y que me traigas una cesta, y si no, me los pondré por dentro de los calzones, y se los llevaré así al Rey: ¿lo has entendido ya?

Marc.—¡Ay, infeliz de mí! Pues ello no tiene más; que este bruto, conforme lo dice, lo hará: espera, te traeré la cesta y el vestido, que quiero darle ese gusto.

ALEGORIA SEXTA

Es propiedad de tontos lisonjearse y querer desechar de sí mismo una pasión, que combate con otra mayor, y ésta tal vez suele acontecer que es más perjudicial que la primera. La razón y el conocimiento no deja de hacernos presente el verdadero remedio, pero si éste llega tarde no sirve al enfermo y ofende al médico.

Batalla de Bertoldino con las moscas.

Mientras que Marcolfa fué á buscar la cesta y el vestido, Bertoldino se quedó en cueros y puso á secar su vestido al sol: y como era en lo más ardiente del mes de Julio, y á la hora del mediodía, se le empezaron á pegar las moscas de tal suerte, que le acribillaban sin poderse librar de su furor; una le picaba en la espalda, otra en un brazo, otras en el pescuezo, y en suma, unas de un lado y otras de otro, le dieron tal asalto por todo el cuerpo, que llegó á enfadarse tan de veras, que cogiendo un manojo de mimbres y otro de cambroneras, compuso dos manojos á modo de escobas y las empezó á desafiar á una muy sangrienta batalla; pero como

ellas se pegaban al cuerpo de Bertoldino, daba encima, y ellas saltaban de un lado á otro, y él asegundaba con furia en cuantas partes se le pegaban; tanto se sacudió con las cambroneras y mimbres, que se llenó de llagas; mas viendo que no se podía librar de una plaga tan grande, empezó á llamar á su madre para que le viniera á defender, diciendo á las moscas: Esperad, que ahora vendrá mi madre, y os dará el pago que merecéis; madre, corre, que las moscas me quieren comer: á estas voces salió de casa Marcolfa, creyendo que le hubiese sucedido alguna desgracia, y viendo que con tan blandos algodones se desollaba vivo, se los quitó de las manos, cubriéndole sus sangrientas carnes; púsole en la cama, porque no podia ya estar en pie, ya por la caida en el estanque, ya por lo desangrado que estaba, y ya por haber estado tanto tiempo sufriendo el rigor del sol; de suerte que estaba tan fatigado y tenia tan dolorido y ensangrentado todo el cuerpo, que era un lastimoso espectáculo. Fué Marcolfa al punto á buscar un médico, y de camino pasó á ver á la reina; entró en su cuarto, saludándola como acostumbraba, pero la Reina, haciéndole novedad que fuese á verla á hora tan intempestiva, le dijo:

Rein.—¿Qué buena suerte te trae, Marcolfa, á estas horas y con este calor?

Marc.—No es muy buena suerte, sino mala, la que aqui me trae ahora.

Rein.—¿Pues qué te ha sucedido? ¿Se ha muerto acaso Bertoldino, que parece que vienes muy angustiada?

Marc.—Señora de mi vida, para mí seria grande suerte el que se me hubiera muerto.

Rein.—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho?

Marcolfa contó á la Reina todo lo que había su-

ɔdido á Bertoldino, quien después de haber reído ɔn grande exceso, le dijo:

Rein.—Digo que tienes mucha razón; yo siento ıfinito tus desazones; pero dime, ¿dónde le has de-.do cuando saliste de casa?

Marc.—Lo he dejado en la cama todo molido y ɔcho pedazos, pues con la fuerza que ha hecho pa-ı defenderse de las moscas, se ha dado un golpe ntre los muchos) muy fuerte.

Rein.—Es menester que vaya el médico para que ɔcete lo necesario; pues encontrándose en el esta-ɔ que dices, será preciso ó que le echen unas ven-ɔsas sajadas, ó sangrarle, ú otro remedio pertene-ente á su mal; vayan á buscar al médico y que n dilación vaya á visitar á Bertoldino y le ponga ıego en cura, pues importa mucho el restableci-ıiento de su salud. Y tú, Marcolfa, vete antes, pa-ı que cuando el médico llegue, estés pronta para ɔr lo que ordenare. Consuélate, que yo espero no ıa cosa de cuidado; todo lo que se te ofreciere se ɔrontará al momento; con que así no te acongo-s, que los golpes de los muchachos hacen poca ıpresión en ellos; cuando el Rey lo sepa, ha de te-ɔr un buen rato de gusto, aunque según le quiere, a de sentir verlo malo.

Marc.—Ya sé señora, que los locos dan gusto y .vierten á los extraños, pero no sirven de diversión los que son de su casa. Yo me voy, pero mucho di-ɔulto que quiera permitir que el médico se le acer-ıe, porque es tan fatal cabeza, que creerá que se va á matar; mas con todo eso quisiera que no de-.se de ir, que una vez que ya le registre, á mí me .rá después lo que se ha de ejecutar, y yo por mí lo aré, pues de ese modo nada se recelará, y así, se-ɔra, quedad con Dios.

Rein.—Anda en paz.

Coloquios entre el médico y Bertoldino.

Después que Marcolfa se fué y llegó á su casa entró en el cuarto de Bertoldino, el cual estaba dur miendo, y abriendo el balcón, se fué hacia la cama llamóle diversas veces; pero como estaba en la ma yor fuerza de su dormir, no respondía: en este tiem po llegó el médico, y acercándose á la cama, l descubrió un poquito para ver cómo estaba de su heridas, y hallándole bastante maltratado, y en especial de la caída, dijo á Marcolfa:

Méd.—Mira si le puedes despertar para registrarle bien, y después te diré lo que has de hacer.

Marc.— Despierta, Bertoldino; Bertoldino, ¿ n oyes?

Bert.—No puedo despertar.

Marc.—¿Por qué no puedes?

Bert.—¿Pues no sabes que estoy durmiendo?

Mar.—Vaya, despierta: mira que si no, te tiraré de la cama al suelo.

Bert.—Anda á hilar, y no me enfades; por cierto que nos vienes ahora con buena fresca: estoy durmiendo á más dormir, y quieres que despierte.

Méd.—¡Ay, válgame Dios! ¡Esto es bueno; está hablando, y dice que está durmiendo! No he oído mayor tontada en mi vida.

Bert.—¿Quién es ese hombre bárbaro que está contigo? ¿Es algún capador? Pero no importa, que á ti no te capará. Señor figura, quítese delante de mí; porque... agradece el que estoy durmiendo, que si no, me había de levantar, y te había de dar tantos palos como puede llevar un borrico de yesero.

Méd.—Sólo esto me faltaba: vaya, duerme, duer-
ıe, que es cierto que para mí es fortuna el que tú
o estès despierto. Marcolfa, ya he conocido la en-
ırmedad: yo te enviaré cinco píldoras capitales
on las que se le descargará la cabeza: quisiera que
echaras una lavativa; pero veo que será dificul-
oso el poderlo conseguir; y así, para mayor facili-
ad le pondrás una cala, y por tres mañanas conse-
ıtivas le darás un poco de caña-fístola en pedaci-
os, que con esto espero que en pocos días se pon-
rá bueno, y no hay que tener cuidado, que esto no
erá nada; y adiós, hasta otra vez.

Marc.—El te acompañe, y agradezco tus favores,
perdona mi desatención en no haber mandado
ıe te saquen de beber, porque las grullas se be-
ieron todo el vino.

Méd.—Mucho estimo tu atención; pero yo de na-
a necesito. Adiós; y déjale dormir lo que quisiere.

Despidióse el médico, riendo de la gran simpleza
e tan grande majadero, que aun se quedaba gru-
endo, y decía que dormía: llegó á palacio, refirió
la reina el suceso, la cual echó á reir con tan bue-
a gana, que por mucho tiempo no fué posible de-
rlo; sucediendo lo mismo con el Rey, quien mandó
ıe al punto llevasen los medicamentos, y se los
ıtregasen á Marcolfa, la que luego que los recibió
fué con ellos á la cama de Bertoldino, diciendo:

Marc.—¿Duermes todavía, simplón?

Bert.—Sí, duermo; ¿qué me quieres?

Marc.—Te quiero dar un medicamento, que te ha
ecetado el médico, y con él ha dicho que luego te
ondrás bueno.

Bert.—Yo duermo: yo duermo. Tómale tú por mí.

Marc.—Vamos, siéntate, tomarás un poco de ca-
a, y después te untaré las espaldas con el un-

güento de altea, y verás cómo con esto te quedas a punto bueno.

Bert.—¿Qué has dicho? ¿Que yo me coma una casa? Que se la coma por mi el médico, si tiene hambre.

Marc.—No digo una casa, tonto, sino casia; tómatela en bocaditos, y si no te gustase así, te la daré en la caña, ó desleída en el vino, ó de otro cualquier modo, que te pueda hacer provecho.

Bert.—¿Cómo quiere ese bárbaro que yo pueda tragar una casa y cañas enteras? Mejor hubiera sido el que hubiera recetado que me hicieras unas puches. Sin duda que el tal médico es grandísimo ignorante.

Marc.—Yo te haré las puches, después de tomar las medicinas: y si no quieres la casia, tomarás esas cuatro píldoras, y después te pondré esta cala, que esto sólo te descargará la cabeza.

Bert.—Bien está, haré lo que tú quisieres, con el conque de que me hagas las puches.

Marc.—Doite palabra de que te las haré; toma las píldoras ahora, y trágalas presto, para que vayan abajo, que esta cala te la pondré yo después.

Bert.—No, no; dámelo todo á mí, que ya estoy hecho cargo de lo que me dices, y lo ejecutaré como mandas.

Marc.—Vaya, pues, tómalo todo, y esfuérzate á echarlas presto abajo. Ea, hijo mio, buen ánimo, ten esfuerzo.

De cómo Bertoldino se tragó la cala y se aplicó las píldoras al orificio, y de la sabrosa plática que sostuvo con su madre.

Marc.—¿Qué haces, bestia? Espera, que eso no va bien de ese modo; ¡desdichada de mí! Lo que ha de tomar por arriba se lo aplica por abajo; todo lo hace al contrario.

Bert.—Déjame que bien lo entiendo; ¿piensas tú que yo soy algún lerdo? Tú eres la que no has entendido al médico. ¿Quieres que yo me ponga por abajo este tarugo, estando bañado en miel? Eso sería bueno para un tonto; esto se ha de tomar por la boca, y estas balas por abajo; no creas que sea yo tan falto de conocimiento.

Marcolfa, por más gritos que le dió, no lo pudo remediar, porque la cala ya se la había tragado, y las píldoras hacía todos sus esfuerzos para encajárselas por la parte posterior. Bien le pesó al desdichado la tomadura de la cala; pues como estaba tan enmelada, se le atarugó en la garganta, de tal suerte, que no había modo de pasarla, y llegó casi á términos de ahogarse, causando á un tiempo lástima y risa ver los visajes y gestos que hacía. Viendo Marcolfa este lastimoso suceso, envió al punto á llamar al médico, el que vino prontamente con la orden de la Reina; vióle, y hallándole con temblores convulsivos, le dió un vomitivo, con el cual le hizo arrojar de la garganta el impedimento que tenía en ella. El pobre médico no se pudo apartar con tiempo, y con la fuerza le tiró todo el vómito en los ojos; tuvo bastante trabajo para limpiarse,

marchó á su casa furioso y colérico, maldiciendo y renegando de los locos, y de quien le había enviado á visitar tan gran bruto.

Marc.—Y bien, Bertoldino, ¿cómo estás?—preguntó Marcolfa á su hijo.

Bert.—Bueno, y estaré mejor, después que me hayan traido los puches que me ofreciste.

Marc.—En verdad que por tu habilidad las mereces, pues has dejado casi ciego al pobre médico con la cala que le arrojaste con tal fuerza, como si hubiera sido una bala.

Bert.—Por él ha sido el daño, y es razón que quien tiene la culpa, pague la pena, pues yo no le he llamado.

Marc.—Ya sé que tú no le llamaste; pero tampoco podias, porque tenias con la cala impedida la garganta para hablar.

Bert.—Mejor estaba yo cuando tenía aquel bocado en la garganta, pues con él no me habia de morir de hambre, como ahora me sucede; y si quieres darme vida, hazme luego una grande artesa de puches, porque me siento tan debilitado, que no puedo hablar de hambre.

Marc.—Voy á hacerlas al momento, ya que mi desgracia asi lo quiere.

Bert.—Despáchate pronto para sacarme de esta aflicción y desmayo.

Marcolfa hizo una buena porción de puches, los que se comió Bertoldino, y con el peso de ellos, se fué debajo de un olmo para aligerarse, y allí se quedó dormido. Noticioso el rey le envió á buscar en un coche, y al verle, le dijo asi:

Rey.—¿Cómo estás, Bertoldino?

Bert.—Yo estoy de pie derecho.

Rey.—Ya lo veo; pero quiero decir, que ¿cómo te sientes?

Bert.—Yo siento tocar las campanas.

Rey.—Lo que te digo, es si te sientes malo ó)ueno.

Bert.—Pues si ya he dicho que siento tocar las :ampanas, ¿no siento bien?

Rey.—¿Te parece que son adecuadas esas res-)uestas? ¿Conque no quieres responder? Condu-:idle al cuarto de la Reina, porque quiero que le 'ea.

Bert.—Traédmela aquí donde estoy.

No quería ir, pero le llevaron para que la Reina e viese; y luego que estuvo en su presencia, con ;rande risa le dijo:

Rein.—¡Oh! ¡Aquí tenemos á Bertoldino! ¿Y qué e hace Marcolfa?

Bert.—Las que hacen son las vacas, que están)reñadas, y no yo, señora reina.

Rein.—Dime, ¿te sientes más aliviado de tus in-.isposiciones, pues he tenido noticia de que has es-ado enfermo?

Bert.—Hasta ahora yo no he salido de casa; con-ue mira tú cómo puedo haber estado en el infier-ıo, si tampoco tengo noticias de dónde está; lo que e estimaré es, que me digas si es algún palomar ó ıajar ese infierno.

Rein.—Sí, sí, palomar es: dime, ¿qué se ha he-ho tu madre?

Bert.—Cuando yo la dejé en casa, quedaba dan-o de beber á los hijos de nuestra clueca, que ha ıarido hasta unos treinta hijitos.

Rein.—¿Pues tu clueca pare hijos?

Bert.—¡Y como que los pare! ¿Y por qué no ha-es tú lo mismo? ¿Te falta por ventura algún buen ;allo?

Rein. —¿Soy yo gallina para que necesite de ;allo?

Bert.—Mi madre dice que si nuestras gallinas no tuvieran un buen gallo que nunca tendrían hijos. Pues dime, ¿las gallinas no son hembras como tú? Pues si deseas tener hijos yo te buscaré un buen gallo, y si no te prestaremos el nuestro; mira, si lo quieres, te lo traeré al instante.

Rein.—Yo no he de menester gallo alguno, y te doy las gracias por el cuidado. Hola, criados, venga uno y lleve á merendar este cuitado.

Bert.—Te ruego, antes de merendar, que me hagas el gusto de mandar que me lleven á hacer mis necesidades, que es lo que más me importa, y necesito al presente.

Rein. — Tienes sobrada razón. Filandro, ven presto.

Fil.—Señora, aquí estoy, ¿qué me mandáis?

Rein.—Lleva este pobrecillo donde él te diga, y sea cuanto antes, no le suceda algùn trabajo.

Fil.—¿Dónde quieres que te lleve?

Bert.—A hacer aguas mayores.

Fil.—Yo creo que este descomulgado ha de soltar la carga antes que llegue al lugar común. Ea, vamos, ven conmigo. ¡Qué brava caña de pescar me han entregado! Yo no sé qué gustos tan raros tienen estos príncipes en permitir junto á sí esta casta de bufones, y más éste, que es un bruto: ello, lo que vemos es que hoy día más se aprecian, protegen y patrocinan semejantes gentes que un hombre erudito, cansado de quemarse las cejas en los estudios; éstos no se premian, y este bruto todos los días le hacen vestidos ricos y regalos exquisitos, sin ninguna economía, sucediendo todo al contrario con los hombres hábiles, como sucede en palacio con muchos criados antiguos y envejecidos en el servicio, sin haber tenido jamás la más pequeña gratificación, en atención á sus grandes méritos,

manteniéndose sólo estos pobres con el humo, la sombra y vana esperanza, en la que acaban, sin más ascenso que su miseria: cada uno corre con ansia y afana por la corte, y en ella se hallan cortas recompensas y muy dilatados los deseos; y si éstos no vivieran con esperanza, más presto correrían á buscar su muerte que pasar acelerados á la corte. Entre los muchos soy uno de éstos, pues habiendo servido en ella tantos años, con la mayor fidelidad y celo correspondiente, no he recibido jamás de su mano el más mínimo reconocimiento; y ahora, para mi mayor desgracia, me veo reducido á llevar á descomer á este bruto; buen pago por cierto, después de tantos servicios, hallarme reducido á un ejercicio tan bajo y tan indecoroso. ¡Oh, pobre Filandro! Vamos, descomulgado.

Bert.—¿Dónde me quieres llevar?

Fil.—Te llevo al cántaro, para que hagas tu menester.

Bert.—Yo no quiero cantar ahora, y así llévame al campo y luego déjame.

Fil.—Vamos, que yo te llevaré donde tú gustes; ya que mi fortuna así lo quiere, tendré paciencia. Por esta vez me han pillado; pero para otra muy dificultoso será.

Condújole Filandro á lo último del jardín, donde hizo su precisión, y luego lo llevó á la despensa; le dió pan y un pedazo de salchichón, con un buen trago de vino; y después que merendó le llevó á donde estaba la Reina, quien le preguntó:

Rein.—¿Has merendado bien?

Bert.—Sí, señora.

Rein.—¿Y qué te han dado de bueno?

Bert.—Pan y lasamo.

Rein.—¿Qué?

Bert.—¿No he dicho que samalo?

Rein.—No entiendo.

Bert.—Quiero decir malaso.

Rein.—Peor que peor.

Bert.—Ahora sí que lo diré; te digo que he comido lamaso; ya discurro que me habrás entendido, pues bien claro me he explicado; vuelvo á decir que se llama masallo; esta vez me habrás entendido mejor.

Rein.—¿Qué desatinos estás diciendo? ¿Qué infiernos de nombres son estos que tú dices del lasamo, samalo, malaso, lamaso y masallo? No entiendo lo que tú quieres decir, dime tú, Filandro, ¿qué es lo que le has dado á merendar? Porque este majadero no lo ha de acertar á decir.

Fil.—Señora, quiere decir salchichón; vea V. M. qué buena cabeza tiene, pues de cinco veces no lo ha acertado á nombrar, como si esto fuera un punto de dificultosa gramática.

El lector podrá presumir lo que la Reina reiría con tal paso. Llegó el Rey á la sazón, y le contaron el ya referido lance, de manera, que volvió de nuevo la risa; y como se divulgó en todo palacio, generalmente reían todos; duró la fiesta todo aquel día y mucho después; á todos se les habían quedado tan impresas en la memoria las cinco palabras de lamaso, samalo, malaso, lasamo, y masallo, que cuando llegaba la ocasión de poner en cualquier mesa algún salchichón, ninguno acertaba á llamarle por su nombre propio, sino con los nombres extravagantes ya dichos; mandó por fin la reina que llevasen á Bertoldino á su casa; pero que pusieran un coche, porque era su gusto fuera con esta decencia, y así que llegó, le preguntó Marcolfa:

Marc.—¿Qué has visto en la ciudad de tu gusto?

Bert.—La olla que hay en la cocina del Rey.

Marc.—¿Qué particularidad tiene la olla de la cocina del Rey?

Bert.—Que caben en ella más de mil tazas de sopa; porque es muy alta, y tiene una gran barriga.

Marc.—Reniego de tí, que siempre estás pensando en comer.

Bert.—Quien no piensa en comer, no piensa en vivir: y si no comiera me moriría.

Marc.—Es mucha verdad; pero ahora quiero que me digas, que es lo que has aprendido de bueno en la corte.

Bert.—El andar subiendo y bajando escaleras por mi gusto.

Marc.—Es verdad que eres un gran sujeto, y das muestra de tus grandes talentazos.

Bert.—Pregunto: ¿Y los gansos son ánades?

Marc.—Bueno va. Sí, sí. Porque me dejes.

Bert.—Una cosa te quería preguntar, y se me ha olvidado.

Marc.—Tal sería ella.

Bert.—Ya, ya me acuerdo. ¿Dime, cuando tú me engendraste estabas presente?

Marc.—¡Ay, pobre de mí! Ya te he dicho que no me rompas más la cabeza con tus grandes desatinos pues con tus tontadas me das tanto enfado, que ya te tengo aborrecimiento.

Bert.—No te enfades. Escucháme, y te contaré una gracia, que yo he observado. Estando en el cuarto de la Reina, he visto que no tiene más que dos piernas: cosa que me ha maravillado, porque nuestra vaca tiene cuatro; ¿qué te parece? Responde.

Marc. - ¿Qué quieres que te responda? Digo que cuando te hice, hubiera sido mejor el haber hecho una torta.

Bert.—Mejor habría sido; pues con eso á mí me hubieras dado un pedazo.

ALEGORIA SEPTIMA

En esta alegoría van metafóricamente comprimidos los verdaderos remedios para vivir sano; abstenerse todo lo más posible de medicamentos, y dejar obrar á la naturaleza por sí sola; divertirse honestamente; comer con moderación; no matarse por saber más de lo que alcanza y puede llevar nuestro entendimiento; desechar y alejarse de todo vicio, y no hacer que reine ninguna pasión particular en nuestro corazón; porque estas son también debilidades que crean malas consecuencias.

Más torpezas de Bertoldino.

En esta conversación llegó la hora de irse á acostar. Por la mañana temprano se levantaron, y Marcolfa dijo que tenía que ir á la ciudad á comprar ciertas cosas precisas para la casa. Encargó á Bertoldino el cuidado de ella, y sobre todo con los pollitos, que quedaban sueltos en el corral, que celase no se los llevara el gavilán. Fuese Marcolfa, y como si le hubiera dicho que se los entregara al gavilán, así lo hizo, pues tomó todos los pollos y los fué atando uno por uno por un pie, haciendo una sarta de todos juntos; y uno de ellos, que era todo blanco, le ató en una punta para que fuese el primero; y de este modo los subió al tejado, y luego los dejó allí y se bajó á un sobradillo, desde donde estaba observando lo que habia de suceder; y lo logró en breve tiempo, pues un gavilán que siempre revoloteaba alrededor de la casa, como los vió en

ı el tejado, bajó poco á poco y se tiró sobre ellos; como el blanco era el primero de todos, empezó á carle levantándole en el aire con todos los demás ıe estaban asidos á él. Entonces empezó á reir ertoldino, y con grande bulla decía:—*Al blanco, blanco, tira bien del blanco y llevarás los demás.* si sucedió, pues los llevó y sin dejar ni uno. Al olver Marcolfa de la ciudad, la salió á recibir Berldino, dando muchas carcajadas de risa, y su mae le preguntó:

Marc. ¿Qué tienes, que tanto te ríes? Hay algu ı cosa de nuevo?

Bert.—Hay, madre mía, que he tenido un gusto uy grande; y te aseguro, que cuando sepas el movo, tú también has de reir sin consuelo.

Marc.—Yo discurro que será una de las tuyas: me el gusto y gozo tan grande que has tenido.

Bert.—Te suplico, que te empieces á reir. ¡Ay! qué gusto! No se puede dar más grande.

Marc.—Salvaje, ¿por qué quieres que me ría, si me dices el motivo?

Bert.—¿No me encargaste los pollos?

Marc.—Sí: prosigue.

Bert.—Pues le he pegado un chasco al gavilán.

Marc.—¡El cielo me ampare! ¿Y qué chasco es? lo presto.

Bert.—Los he atado todos juntos en una sarta ha venido el gavilán, y todos se los llevó de una z: pero no te puedo ponderar el trabajo que le ha stado el llevarlos, pues aunque yo le gritaba que garrase primero al blanco, pues con eso más fámente llevaría los demás, no me entendía; pero último se esforzó y ejecutó lo mismo que yo le cía. Si lo hubieras visto, te habías de haber tendo de risa de ver que aquel pajarón tan grande

apenas podía llevar una manada de pollos: dim ¿no le he pegado buen petardo á aquel pajarón?

Marc.—Tú eres el pajarón, bestia indómita: n sé como me detengo, pues me están dando impuls de agarrarte por el pescuezo y ahogarte entre m uñas. ¡Ah, rey Albuino! Ya no te tengo en elevad y grande concepto, viendo que te pagas, entretien y complaces con los desatinos de este loco, que n tiene ni aun visos de racional: es cierto, que cad uno en este mundo tiene su ramito de locura; per con tanto exceso ya es insufrible, ni hay para tan to paciencia: pero, ¿qué remedio tiene, ni cómo h de dejar de cometer insolencias, si cuando sepa rey el desatino que ha hecho, en lugar de repren derle y hacerle castigar, lo celebrará por gran gr cia, y después le hará algún regalo en premio? ¡A pobres filósofos! Aprended con este ejemplo, apli caos, sudad, trabajad, perdiendo la vida en los es tudios, que por más que hagáis, pobres viviréis pobres moriréis: pues en esta corte más protegid está y mejor premiado un loco, ignorante y simpl que cien hombres eruditos, aunque estén llen de méritos; paciencia, que este pago acostumbra dar el mundo. Y dime, bruto, ¿la gallina dónde está

Bert.—La tengo encerrada en el gallinero, con e fin de que no impidiera al gavilán el poder lleva los hijos: ¿entiendes tú que yo soy tonto?

Marc.—Paciencia: á lo hecho, buen pecho. En tra en casa, que ya estoy satisfecha de que eres u mozo muy discreto. Pero dime, si esto llega á lo oídos del rey, ¿qué te parece que dirá? No podrá me nos de darle sumo enfado, teniéndote por un necio ignorante y mentecato.

Bert.—¿Y quién quieres tú que se lo diga al rey

Marc.—¿Te parece á ti que no hay orejas po aquí alrededor, que todo lo están oyendo?

Bert.—Pues yo no veo otras que las del burro del hortelano; y ciertamente me parece que está aquí cerca para observar y oir lo que pasa, repárale bien, y verás cómo las tiene tiesas; pues te aseguro, que ahora, ahora, tomaré yo la providencia debida.

ALEGORIA OCTAVA

El escuchar lo que hablan otros es cosa muy descortés y de mal criado, y merece castigo; y no obstante los principales y grandes remuneran, mantienen y engordan bestias de tan mala raza. Quien se pone á ejercer un oficio que no sabe, se expone á su daño y riesgo vergonzoso.

Lo que hizo Bertoldino al borrico del hortelano.

Marc.—Espera, ¿qué vas á hacer?

Bert.—Voy á cortar las orejas á este pollino, que está escuchando todo cuanto hablamos los dos, y ha de pagar la curiosidad, porque aprenda á ser cortés.

Marc.—¡Ay, infeliz de mí! Ya cortó las orejas al borrico del hortelano. ¿Qué dirá ahora? Esta es la ocasión, en que si él va delante del Rey á querellarse de nosotros, nos ha de enviar enhoramala, y tendrá muy justa razón. ¡Ah, traidor!

Bert.—El pícaro traidor es el borrico, que se emplea en ir á contar lo que pasa entre nosotros; pero yo le aseguro que no oirá más en su vida,

Marc.—Ea, ya viene aquí el hortelano, y ya que su borrico no oye, tú oirás lo que no quisieras, y le

sobrará la razón para obligarte á qué se lo pagues; pues sin orejas no se querrá servir más de él.

Hort.—¿Quién ha cortado las orejas á mi borrico?

Bert.—Yo he sido.

Hort.—¿Y por qué motivo?

Bert.—Porque estaba escuchando lo que hablábamos.

Hort.—Aquí no necesitamos de bufones, págame al punto mi borrico; y si no, me voy á dar querella de tí al Rey, para que me haga justicia.

Marc.—Escucha, aguarda, no vayas á dar querella, que yo te satisfaré el valor de tu borrico; y déjalo á mi que yo lo compondré todo.

Hort.—No, no. Quiero que el Rey lo sepa; pues también el otro día sucedió lo que sabes con mi mujer; no quiero dar lugar á que algún día se le antoje hacer otra locura mayor, que me pese mucho más, si tanto se tolera; y así me voy corriendo á la ciudad á quejarme ante el Rey.

El hortelano se queja al Rey de Bertoldino, al cual luego envió á llamar. Llega con las orejas del burro en el pecho, y el Rey le dice:

Rey.—Ven hacia acá, Bertoldino.

Bert.—Aquí estoy, señor maestrísimo.

Rey.—Ponte aquí más adelante, hortelano.

Hort.—Serenísimo señor y Rey mío, aquí estoy.

Rey.—¿Cuál es la queja que traes?

Hort.—Señor; que este majadero me ha estropeado mi borrico, y vengo á pediros justicia.

Rey.—¿Es verdad esto, Bertoldino?

Bert.—Es verdad, porque el asno señor...

Rey.—Tú eres el asno, prosigue.

Bert.—Estaba con las orejas tiesas para escuchar lo que hablábamos mi madre y yo; y porque no oyera jamás negocios de otros le he cortado las orejas; y para que te enteres de la verdad, míralas aquí que las he traído conmigo; tómalas, y llama á quien se las ponga de nuevo, que mi madre pagará después lo que costase ponérselas.

A tales razones se puso el Rey á reir, de modo que no podía respirar; y después que se sosegó dijo:

Rey.— Hortelano, ya sabes que Bertoldino es hombre honrado y de bien, y si te ha estropeado el borrico, no quiere quedar deudor tuyo; toma tu alhaja, que son las orejas del asno; y mando además, para escarmiento y castigo de tal delito, que Bertoldino monte en el borrico desorejado, acompañándole tú hasta su casa. Dime, hortelano, ¿te gusta esta sentencia dada contra Bertoldino?

Hort. – Señor, este es un castigo, que más es en detrimento mío que suyo; lo que pido es, que me satisfaga lo que me costó el borrico, y después monte quien quisiere en él, que yo sólo deseo lo justo; pero no será razón que pierda lo que me ha costado.

Rey.—Dices bien. ¿Cuánto quieres por tu asno?

Hort.—Yo, señor, no quiero ganar, ni perder nada; lo que aseguro con toda verdad es, que, el año pasado me costó ocho ducados.

Rey.—Muy bien está, se te pagarán al punto. Herminio, ven acá.

Herm.—Señor, aquí estoy.

Rey.—Paga luego á este hombre ocho ducados; y tú, Bertoldino, toma el borrico, que quiero regalarte con él, para que te vayas á casa. Ea, pues, marchad juntos, y correspondeos como buenos vecinos y amigos.

Hort.—Así lo haremos, señor. Vamos, Bertoldino, manto; y volvamos á casa, arre, soo, ¿qué diablos haces, que te vas cayendo de la otra parte?

Bert.—Es, que me pesa más la cabeza que el tafanario, y por esto me caigo del otro lado, ten bien, so, cho, tru, toma, arre allá, hombre de los diablos, déjame á mí la brida, arre, va, camina; adiós, señor.

El borrico tiró al suelo á Bertoldino; y éste de la caída tan grande que dió, sacó rota una costilla, Marcolfa se fué á la ciudad á ver al Rey y ála Reina; cuéntales una novela, y logra el real permiso para volverse á vivir de asiento á su casa ó choza de su montaña.

Luego que llegó Marcolfa á la ciudad, fué á visitar á los reyes, y los halló ambos juntos, que aun estaban riendo de la simplicidad de Bertoldino: el Rey, luego que la vió, dijo:

Rey.—Querida Marcolfa, ¿qué buena ventura es la que te trae por acá?

Marc.—No tengo ventura buena, pues ninguna me es propicia,

Rey.—¿Por qué? ¿te ha sucedido algún trabajo?

Marc.—¡Qué ha de ser! A Bertoldino le ha dejado caer el borrico, y se ha quebrado una costilla; vengo á buscar un remedio para curarle; y mientras que me despachan, tendré tiempo para contaros una novela, que viene muy adecuada al suceso; si me dais permiso y gustáis de escucharla, os la contaré brevemente.

Rey.—Sea muy en hora buena; empieza, que para nosotros será de mucho placer el oirla; pues todas tus conversaciones nos son muy gustosas y apreciables.

Marc.—En aquel tiempo en que los hormigones iban á caza de chinches preñadas, hallándose en la

ciudad de Berlinches una mosca viuda, á causa de haber muerto á su marido pocos días antes, habia una homicida lombriz con una vara larga de torear, que había quitado á un moscón de campo, que marchaba á la conquista de la miel de la Alcarria, año muy señalado porque se vieron muchos alcarreños en aquella tierra: sucedió, que pasando en derechura á la casa de la viuda mosca una araña macho, de corpulencia muy grande, vió asomada á la ventana la mosca, que como era domingo se había compuesto y lavado, y tenía la cabeza puesta, como se suele decir, de veinticinco alfileres; tan bonita le pareció al araño, que enamorado de su hermosura, le hizo una guiñadita á la ventana donde estaba, y como le había tocado en el corazón la flecha de Cupido, empezó á pasear la calle arriba y abajo, haciendo de petimetre, y, alzándose en puntillas, se paseaba con mucha ligereza por la calle; la desdeñosa viudilla conoció la intención de su enamorado, y haciéndose desentendida, se retiraba hacia dentro, escondiéndose, como suelen hacer las viudillas zalameras: una vez se asomaba y le hacía un gestillo; otra vez una guiñada, todo con el fin de chasquearle y darle poste; de manera, que el pobre arañón se dejó llevar de su cariño, quedando abrasado con tanto fuego como sentía en su pecho; pero no pudiendo resistir á su amoroso incendio, pensó en ver cómo podía facilitar el subir por la tapia para entrar por la ventana; púsolo en obra y empezó á subir, llevando consentido, que era alguna de las que ya usted me entiende; prosiguió su empresa hacia el balcón, con el ánimo de, después de haber él logrado su fin, el cual esperaba de ella alcanzar, volverse por el mismo camino á la calle; con estas cuentas, que se iba haciendo consigo, subía muy alegre mi buen enamorado, cuando ella se asomó al

mismo tiempo, y viendo atrevimiento y desvergüenza tan grande, pareciéndole poco atento, presuntuoso y nada cortés, fué corriendo á buscar una caldera de lejía, que tenía pronta para cocer en ella unos calzones de un piojo opilado, que tenía en su casa de huésped; y apenas vió que echaba las garras al balcón para entrar dentro, le encajó toda la caldera de lejía cociendo sobre la cabeza, á fin de pelarle bien y castigar su osadía; pero el araño era muy pícaro y conoció la intención, y para resguardo se puso un yelmo de una cáscara de nuez; luego que vió el diluvio de agua hirviendo sobre sí, se puso para recibirla de tal suerte, que si le cayese algo fuese sobre la cabeza, de lo que no se le daba nada, por la prevención del yelmo que le defendió mucho, y fué poco el daño que recibió; libróse con esta prevención del primer golpe de esta desgracia; pero como duró algo más tiempo el chorreo del agua, aun más de lo que él gastó para caer en el suelo, le sucedió la fatalidad de que con el golpe que dió en tierra, se le cayó el yelmo y le cogió la cabeza el agua, de suerte, que se le cocieron los sesos, y se pasaron de la mollera á otra parte, y desde entonces hasta ahora han tenido siempre las arañas los sesos atrás; por lo que hicieron juramento de vengarse de un hecho tan afrentoso; y así se ve al presente, que las arañas andan siempre á caza de moscas, por venganza de ultraje que recibieron de la viudilla, y por esto en todos los desvanes, rincones y agujeros tienden sus redes como homicidas, y toman venganza de ellas; y es muy común, cuando prenden á una, arrancarle la cabeza, y el resto lo dejan libre; esto mismo creo que le ha sucedido á mi hijo, al cual le aconteció, que una vez que iba corriendo detrás de una cabra por una cuesta arriba, se cayó hacia atrás, y rodando como venía, dió

con la cabeza en un tronco de saúco, de lo que desde entonces le sobrevino habérsele escapado el juicio á la parte posterior, y por esto ha quedado tan ligero de cabeza como el saúco, y desde entonces también anda siempre cogiendo y matando moscas. Esta es la causa del poco juicio que tiene; con que así, vuestras majestades harían una acción muy loable en darnos licencia para volvernos á nuestra choza; porque yo, si no me engaño, creo que se ha de cumplir la sentencia de mi marido Bertoldo (de feliz memoria), que dijo: *Que el que está acostumbrado á cebollas, no busque pasteles;* y así, siendo nosotros nacidos y criados en lugares rústicos é incultos, no debemos pretender, ni es razón salir fuera de nuestro centro: en la corte el cortesano, y en la aldea el aldeano.

Rein.—Has dicho muy bien, Marcolfa; pero quien ha bebido en el mar, bien puede también beber en un río; y te aseguro, que bastante siento la simplicidad de Bertoldino, pero al mismo tiempo pienso, que estando más en la corte, conversando con las gentes, puede suceder llegue á lograr más juicio del que tiene, y así no hay que desesperar de su curación.

Marc.—Quien nació loco, no sanó nunca.

Rein.—Quien mal baila, bien enfada.

Marc.—Quien tiene vicio desde su infancia, hasta el sepulcro le alcanza.

Rein.—El que no tiene juicio, tenga piernas.

Marc.—A un mal mortal, no vale ni médico ni medicina.

Rein.—Más vale un pájaro en la mano, que ciento volando.

Marc.—Más vale ser pájaro en el campo, que estar regalado en la jaula.

Rein.—Todo derecho tiene su revés.

Marc.—Todas la cabezas suelen tener pelo, pero no todas suelen tener sesos.

Rein.—Todas las cosas se pueden soportar, excepto el mal tiempo.

Marc.—Nunca jamás se hizo lejía, que no lloviese.

Rein.—Una hora de buen sol seca mil lejías.

Marc.—Quien no tuerce bien la ropa, no la secará en tres días.

Rein.—Habla más claro, que no te entiendo.

Marc.—No hay peor sordo, que aquel que no quiere oir.

Rein.—Prosigue, que ya te escucho; y como cuentes otra fábula adecuada al asunto, que me persuada con razones concluyentes, yo daré licencia para que os retiréis á vuestra aldea, dándoos palabra, como quien soy, de no hacer oposición ni impedirlo (aunque lo siento de corazón); y os ofrezco daros con que toda la vida seáis ricos y lo paséis bien en las montañas.

Gustosa fábula.

Marc.—Ya que vuestras majestades me prestan atención, habrán de saber, que en tiempo en que los gusanos de luz eran mercaderes de linternas, había un caracolazo, de los que tienen cuatro astas: éste se enamoró de una de aquellas caracolillas, que suelen andar sin cáscara alrededor de las fuentes: era ésta de muy buena vista, y en un todo muy graciosa; y habiéndole caído una noche encima el rocío del mes de Abril, estaba mucho más lustrosa y bella. Sucedió, pues, que en aquella misma noche la vió el caracol, diéronse palabra de esposo,

y se la condujo á su casa, le hizo un suntuoso banquete, y concurrieron á él y al sarao todos los deudos y amigos: entre el concurso tan grande eran muchas las habilidades que había, y en especial la que tenían cuatro cangrejos de muy buen porte, y mejor traza en tocar la viola: seguíase á éstos un galápago, que tocaba el arpa con perfección; sonaron un poco, mientras llegaba la hora de la cena, y después de ella se volvió á la diversión de la música, y una mariposa cantó unas tonadillas graciosas con la guitarra; pero como estaba un poco resfriada, no pudo dar al auditorio toda la satisfacción y gusto que deseaba: después de esto se determinó saliesen algunos, que tenían la habilidad de bailar: se hizo la seña, y en un instante los instrumentos, todos á un tiempo, empezaron á sonar: empezóse el baile, siendo los primeros un galápago y una mariposa, los que hicieron un baile muy precioso y muy extraño, por las diferencias raras y nunca vistas de que usaron; pero los segundos que salieron, que fueron un grillo blanco y una chicharra, hicieron, como se suele decir, raya, pues bailaron la española con la mayor destreza, de suerte, que hicieron maravillar á todos los concurrentes: acabaron el baile, y molidos y cansados se pusieron á hacer juegos, y dieron el mando para que los gobernase á una pulga, que era muy decidora y jocosa; aceptó el encargo, sin hacerse de rogar, inventó varios y bellísimos juegos de prendas, y para la restitución de ellas impuso al que perdía penitencias, que eran todas muy agudas y discretas sentencias, varios motes, preguntas y respuestas muy elegantes, de modo que la fiesta duró mucho tiempo con general diversión de todos; pero la mayor imperfección y falta que tuvo esta diversión, fué haber sido tan dilatada y larga, que muchos de cansados

se fueron quedando dormidos, y otros se fueron molidos: pues así somos nosotros, que con nuestra fiesta se ha pasado muy bien ese tiempo, pero nuestro juego, no solamente no se acaba, pero cada día se va dilatando más; con que es cierto, que si dura más el juego, Bertoldino se quedará cada día más dormido; y así, señores, será mejor el que mudemos de clima, que puede ser suceda que le haga despertar el aire de la montaña, aunque bien difícil es: además de esto siempre oí decir, que todo pájaro canta mejor en su nido que en el ajeno; y así deseo volver á este pájaro á su cabaña, del modo que más me convenga, sin que yo sirva de tedio á humana persona; y así, serenísimos señores, os suplicamos con toda veneración, nos concedáis para irnos vuestra licencia, pues ya no habéis de sacar ningún gusto, ni del uno, ni del otro, pues aunque Bertoldino sea mi hijo, razón no quita conocimiento.

Rey.—Marcolfa, nosotros deseamos el complacerte, pues es cierto que nos dejas muy pagados y satisfechos: todo el tiempo que has estado en la corte hemos estado gustosos con tu agudeza, la cual es tal, que verdaderamente no se puede creer que seas mujer rústica ni silvestre, antes bien se te puede llamar un oráculo, que bien mereciste estar empleada con un hombre de las mayores circunstancias, como lo era Bertoldo, de quien sus sentencias las tengo esculpidas con letras de oro encima de la puerta principal de mi palacio, para perpetua memoria de una sabiduría tan sublime como era la suya; pero, pues es preciso darte licencia, por condescender á tus deseos, que tanto has encarecido, Herminio, vé á mi cuarto, y toma aquel cofrecillo cubierto de terciopelo negro, en donde hay dos mil escudos de oro, y traémele aquí para dár-

selo á Marcolfa, y después pasarás á casa de algún mercader de paños, y le dirás que te entregue cuatro piezas de paño fino, y doscientas varas de lienzo para camisas y sábanas, y harás que luego dispongan una litera, en la que han de llevar á éstos á su lugar con el mayor cuidado, y luego les enviarás hasta doce sacos de harina, con doce barriles de vino, y en suma, todo cuanto pidiesen se les ha de dar al instante; de suerte, que no les haga falta nada para su viaje, y para vivir con quietud y descanso en su albergue.

Marc.— Magnánimos señores. Me falta lengua para daros las debidas gracias por tantos favores como he recibido de las piadosas clemencias de vuestras majestades, y así suplico encarecidamente, y espero que en todo cuanto hubiésemos faltado, y en adelante podamos faltar, lo supliréis con vuestra innata piedad. Mi deseo es, de que os conceda Dios gracia para conservaros en vuestro reino; paz y sosiego, y la mayor felicidad; valor y fuerzas contra vuestros enemigos; que veáis cumplidos todos vuestros deseos; que os dé el mayor gusto á uno y otro; y en suma, sin cesar pediré á Dios, que os galardone con la bienaventuranza; y ahora aquí me tenéis rendida y humildemente postrada á vuestros reales pies, pidiéndoos perdón de todo; y si por ignorancia hubiese incurrido en alguna culpa, ó con palabras ú obras, ó en algún otro modo que haya faltado con poco respeto y reverencia, espero me perdonéis; y así con vuestra licencia iré á disponer mis trastos, y voy con el consuelo de que siempre me tendré por vuestra humilde sierva y vasalla.

Con las expresiones y razones tan humildes de Marcolfa, el Rey y la Reina no pudieron contenerse, ni disimular la ternura de las lágrimas, y luego que se despidió, se retiraron á sus gabinetes, en donde

tuvieron suma tristeza y melancolía por la ausencia de Marcolfa, la que se partió con su Bertoldino, cargada de escudos y otras muchas dádivas. Los condujeron en la litera hasta que los dejaron en la infeliz choza de su nacimiento: á su llegada acudieron todos los vecinos muy alegres á darles la bienvenida, y se hicieron muchas fiestas y alborozos rústicos por algunos días en aquellas sierras, de que resultó el que se pegase fuego á dos montes ó bosques cercanos, de pura alegría. Todo se acaba en esta vida, y también se acabaron los festejos de aquellos villanos; pero los dos cortesanos vivieron en la montaña muy gustosos lo restante de su vida quietos y tranquilos, sin tener nada que desear; y Bertoldino entre los patanes ó palurdos era el hombre más discreto y político; en fin, como hombre ya práctico en la corte, pegó diversos chascos á aquellas pobres agrestes gentes; pero como en aquellas asperezas no había ninguno que supiese escribir, no se puede hacer mención de ellos, ni de lo que después sucedió: no obstante, por varios caminos se supo, que cuando Bertoldino llegó á la edad de treinta años, le había vuelto un entendimiento tan perspicaz, discreto y agudo, que no daba muestras de haber sido tan gran tonto, como queda referido; pero por lo que á mí toca, se me hace muy dificultoso el creerlo, porque aunque Dios pueda hacerlo, también sé, que, vulgarmente hablando, se dice que tres cosas sos muy difíciles de curarse, las que son: la locura de un tonto, las deudas de un tramposo y la grangrena declarada.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA

PARTE TERCERA

HISTORIA

DE

CACASENO

HIJO DEL SIMPLE

BERTOLDINO

OBRA MUY GUSTOSA Y DIVERTIDA

HISTORIA DE CACASENO

HIJO DEL SIMPLE

BERTOLDINO

PARTE TERCERA

INTRODUCCIÓN

Todas las alhajas de que les hizo presente el Rey las vendió Marcolfa, y con el dinero compró tierras y raíces para vivir el resto de sus días. Bertoldino se casó y tuvo un hijo que se llamó Cacaseno, de quien referiremos su graciosa vida.

ALEGORIA PRIMERA

Es providencia divina que, también las familias de los rústicos y pastores, estén aptas á la propagación, como cosa tan necesaria para el vivir humano y bien de las repúblicas. Las mujeres muchas veces se abstienen del ejercicio de alguna habilidad, que las adorna, por temor de no manifestar sus defectos naturales.

Marcolfa en la montaña. Visita de un enviado del rey.

Herminio de quien ya hablamos, era criado del rey Albuino; éste, con orden del Rey y acompañado de un criado suyo, recorrió por muchos dias todos los pueblos que tenía una provincia de la corona para hacer diferentes negocios particulares de la corte; accidentalmente pasó por la falda de una montaña sobre la cual habitaba la memorable Marcolfa, junto con el ya célebre y nunca bien ponderado Bertoldino; juzgó hacer una cosa muy grata y de mérito, si llevase noticia de ellos á los reyes, y así determinó el verlos; subió á la montaña, y cuando estuvo en la eminencia observó la buena situación del país, y una casa allí inmediata, hecha de fábrica muy decente; llamó á la puerta, se asomó á la ventana Marcolfa, bajó abajo, y conociendo á Herminio, le hizo entrar con grande alegría, bulla y regocijo; hízole muchos agasajos y expresiones, y entre los muchos asuntos que se le ofrecieron, le contó cómo su hijo Bertoldino habíase casado muy bien con el dinero y alhajas que le habían dado los reyes, aunque cuando fueron ellos á la corte ya tenían algunos pocos bienes y muebles para poder pasar. Añadió más: que Bertoldino, después que pasó los años de su juventud, había dado tal vuelta, que no le conocerían, con la discreción que se le había infundido, y que vivían con suma alegría y tranquilidad no molestándoles más que una cosa, y era, que después de tanto tiempo que hacía que Bertoldino se había casado, no tenía más que

un hijo, el cual ya se hallaba en la edad de siete años cumplidos, y con el desconsuelo de haber salido más simple y necio que su padre. Tuvo Herminio un gran gozo con esta conversación; y determinó á toda prisa llevar noticias á los reyes de cuanto había escuchado, y así le dijo:

Herm.—Dime, Marcolfa, ¿dónde está Bertoldino y su hijo?

Marc.—Han ido aquí cerca á la choza de un pastor nuestro, y discurro que no podrán tardar en volver; ya se acerca la hora de ir á amasar.

—Herm.—Y el hijo que me dices, ¿cómo se llama?

Marc.—Su nombre propio es Arsenio; pero como estos montañeses siempre inventan, añaden y quitan nombres, los nombres propios no suelen servir; y así te pondré un ejemplo. Entre nosotros se llama uno Antonio; y éste, si es de estatura crecida, le llaman Toñón; si es de baja, Toño; si es de más diminuta, Toñito; si es pequeño y gordo, llaman Toñolo; y si es pequeño y flaco, Toñino; de modo que reducen el nombre de Antonio en tantas piezas, que no se conoce ya el primer nombre que tuvo, como al presente sucede á mi nieto, que llamándose Arsenio, y como es pequeño y un poco simple, le han puesto el ridículo nombre de Cacaseno.

Herminio, cuando oyó el nombre tan ridículo de Cacaseno, le dió sumo gusto, y se le encendió mucho más el deseo de conducirle á la corte.

Mientras echaba sus líneas del modo que había de usar para llevárselo, oyó en la calle á Dominga, mujer de Bertoldino, que venía cantando esta coplilla:

ESTRAMBOTE

Todos dicen que soy tan linda y bella.
que de algún gran señor hija parezco:
unos me llaman de Diana estrella;
otros que amor flechero ser merezco.
Todo el lugar me dijo sin querella,
que en mi frente las flores reverdezco;
y un mancebo anteayer al verme clama:
—¿Por qué no hay de estas pulgas en mi cama?

En este tiempo vino Bertoldino, y después Dominga y Cacaseno. Hiciéronse muchos cumplimientos unos y otros, y Herminio dijo;

Herm.—¿Eres tú aquella mocita que cantaba?

Dom.—No señor, que era una pastora nuestra.

Marc.—¡Ah, embustera! Mira que no parece bien decir mentiras. Sí, señor, ella era, y sabe cantar muchas coplillas graciosas.

Herm.—Dominguita, hazme el favor de volverla á cantar, ú otra cosa que sea de tu agrado.

Dom.—De veras no puedo cantar; estoy ronca.

Bert.—Vamos, canta: ¿de qué tienes miedo?

Dom.—Ciertamente que no puedo, y ahora no me acuerdo de ninguna.

Marc.—Despáchate: ¿quieres hacerte de rogar, y dejar desairado á este caballero?

Bert.—No hacen más las grandes músicas, que se hacen de rogar mucho tiempo, y cuando llegan á cantar ya tienen enfadado al auditorio.

Dom.—Por lo mismo que tiras á sonrojarme. no quiero cantar.

Herm.—No te enfades, Dominguita, que tu marido se chancea contigo.

Marc.—Canta, hija, que parece mal el hacerse tanto de rogar.

Dom.—Ya lo haré; pero no aquí.

Herm.—Como tú cantes, sea donde quisiera.

Mientras que Dominga fué á cantar, Marcolfa y Bertoldino se despidieron de Herminio, porque iban á disponer su comida; al mismo tiempo llegó Cacaseno, que venía de almorzar, y Herminio le agarró de la mano.

ESTRAMBOTE

Si te vienes conmigo, prenda mía,
á caballo vendrás en mi pollino.
Verás hecha un espejo mi alquería,
todo su ajuar el gallo y el cochino:
del jilguero la acorde melodía
oirás entre las plumas que previno,
y tendrás el contento duplicado,
tordos cazando y mirlos en el prado.

Así que acabó de cantar Dominga, le dijo:

Herm.—Niño hêrmoso, ¿qué haces?

Cac.—En este instante acabo de almorzar.

Herm.—Buen principio. ¿Cómo es tu nombre?

Cac.—No soy hombre, que soy muchacho.

Herm.—No pregunto si eres hombre; te digo, ¿cómo te llamas?

Cac.—Cuando uno me llama, yo le respondo.

Herm.—Y si yo te hubiese de llamar, ¿cómo tengo de decir?

Cac.—Di como tú quisieres; pero cuidado, ten las manos quietas, que parece me quieres sacar los ojos; y no me enfades, de suerte que te sacuda en la cabeza con este garrote.

Es menester advertir que Herminio, mientras

hablaba con él, hacía varios movimientos y ademanes con las manos. Cacaseno creyó que le quería sacar los ojos, se enfadó, alzó el palo y le quiso dar en la cabeza; pero Marcolfa llegó al punto, y le sacudió un buen bofetón, con que le hizo muy presto bajar el palo; empezó á gritar Cacaseno, que parecia un becerro, ó por mejor decir, un lechón cuando le degüellan; corrió Dominga y le llevó un gazpacho para aquietarle.

ALEGORÍA SEGUNDA

Un hombre que está ricamente vestido y con aire de cortesano, ordinariamente vence la soberbia de las mujeres, porque lisonjea su vanidad; pero después de tantas veces, á éstos les suelen acontecer cien chascos y mil desgracias.

Dominga, Cacaseno y Herminio.

Dom.—¿Qué tienes tú, Cacaseno mio, que tanto chillas?

Cac.—U, ú, ú, la abuela me ha pegado, porque me he defendido, ú, ú, ú, de ese hombre que me quería sacar los ojos con los dedos, á, á, á.

Dom.—Calla, Cacasenito mio, que hemos de hacer que la abuela vaya descalza á la cama, ¿sí? ¿si, hijo mío? Ea, escupe, y verás como la casco.

Herm.—No es cierto lo que dice, de que le quería sacar los ojos; vamos, hijo mío, toma un tres y hagamos las amistades. Viendo Cacaseno el tres, ó por mejor decir, el cuarto, se sosegó, y al mismo tiempo Dominga le dice: haz un besamanos á este señor, y besa la mano á la abuela. Herminio estuvo

observando los movimientos que hacía, no pudiendo contener la risa, considerando el gusto que tendrían los reyes de verle, porque era de extravagante figura; tenía sumamente gorda la cintura, la frente muy baja, los ojos muy saltados, las cejas largas y cerdudas, las narices chatas y la boca tan aguzada que parecía gato montés. Así que llegó la hora de comer, todos se lavaron las manos y se sentaron á la mesa.

Herm.—Habéis de saber, que la otra mañana el comprador de palacio, estando en la plaza comprando unos cabritos de un montañés de estas sierras (discurro será conocido vuestro), estuvo contando de la suerte que os tratabais, dando noticia de vuestro Cacaseno; llegó esta voz á los oídos del rey, y me ha mandado que venga personalmente para que yo le lleve á su vista; está muy ansioso de verle; con que estáis en la obligación, por cortesanía, agradecimiento y obligación precisa, de darle gusto en una cosa tan fácil.

Dom.—¿Qué se entiende? No, señor, no puede ser, porque mi hijo es tan simple y tan bruto, que estoy muy cierta que si va á la corte, le ha de suceder algún trabajo.

Marc.—Nuera querida, hija mía, no tengáis miedo por eso, que yo iré en su compañía, y has de estar entendida que los brazos de los soberanos son muy largos y llegan á lo más dilatado del mundo; y considerando esto, es menester obedecerlos con precepto, ó sin él; y sobre todo por obligación, en la cual estamos constituídos.

Bert.— Y con especialidad al rey Albuino, á quien debemos todo lo que tenemos: con que así, Dominga, sosiégate y alégrate.

ALEGORIA TERCERA

Los hijos, naturalmente, siempre siguen las huellas y la índole de los padres, por lo que cada hombre, por vil que sea, debe imitar las operaciones de sus mayores, siendo siempre las costumbres de la edad pasada, menos depravadas que las de las modernas. También en las aldeas y chozas procura cada uno conservar la memoria de la honradez y gloria de sus abuelos.

Viaje de Cacaseno á Palacio.

Con las razones de Marcolfa y Bertoldino, no replicó palabra Dominga: vistió á su hijo con el vestido de los días de fiesta: se lo entregó á su abuela Marcolfa, hiciéronse aquellos agasajos y cariños paternos que es natural con un hijo, y se despidieron, quedándose Bertoldino y Dominga para cuidar de la casa. Herminio, con el criado, Marcolfa y Cacaseno bajaron la montaña, y tomaron el camino de la corte. Herminio, así que llegó á la primera posada, hizo desmontar á su criado del caballo y le facilitó uno posta para que diese noticia á sus soberanos de lo que le había sucedido.

Herminio se volvió á Marcolfa que llevaba á Cacaseno, y le dijo:

Herm.—Marcolfa, me parece más conveniente que Cacaseno monte á caballo.

Marc.—Dices muy bien y has hallado un arbitrio muy prudente, pues ya que está de vacío ese caballo, mejor será que lo ocupe Cacaseno.

Cac.—No quiero, tengo miedo que me muerda.

Marc.—¿Y por qué te ha de morder?

Cac.—Ya te he dicho que no lo quiero; ¿no ves cómo me está enseñando los dientes?

Herm.—Espera, Marcolfa, y me apearé, que yo lo pondré de suerte que vaya bien; ea, vamos, no tengas miedo, abre bien las piernas y siéntate encima de la silla. Ah, ¡qué bravo mozo! Toma la brida en la mano y déjale que siga á mi caballo.

ALEGORIA CUARTA

La escuela y el ejercicio son dos cosas que hacen al hombre perfecto en toda especie de profesión, y con razón le sale mal á aquel que quiere seguir un arte que no aprendió; ni tampoco á todo rústico le sale bien hacer por fuerza oficio de caballero.

Nueva tontería de Cacaseno.

Herminio, antes que volviese á montar sobre su caballo, le advirtió á Cacaseno que tuviese las riendas en la mano bien sujetas, de modo que él comprendió, que le había dicho que las tuviese tirantes: así lo ejecutó, y empezando á tirar de ellas, el ca-

ballo se encabritó, y se puso en dos pies con lo que tomó tanto miedo, que gritaba, diciendo: ¡Ay, que me mata! ¿No hay quien me favorezca? Porque esta bestia quiere llevarme por los aires y romperme los cascos. A los gritos que daba, se volvió Herminio, y le empezó á decir á voces:—Afloja, afloja las riendas. El pobre Cacaseno que no entendia lo que le decia las soltó del todo, por lo que el caballo se desbocó, y le dejó caer; pero tuvo la fortuna de que dió en un arenal, motivo por el cual no se hizo daño.

Marc.—¡Ay, desdichada de mí! Que este muchacho se ha estropeado: bajad presto.

Herm.—Aquí estoy, ¿qué es esto Cacaseno? ¿Te has hecho mal?

Cac.—O bien ó mal, yo quiero volver á casa.

Herm.—Vamos, hijo, vuelve á montar á caballo que yo te pondré la brida en la mano, y tú le dejarás caminar como quisiere.

Cac.—Si quieres que yo vaya, déjame á mí montar en la forma que yo he visto que tú montas.

Herm.—Muy bien, yo tendré el caballo y para que llegues bien á los estribos, súbete encima de esta piedra, y montarás con más conveniencia.

Montó Herminio á caballo y encargó á Marcolfa tuviese las riendas del de su nieto; pero Cacaseno se adelantó, y puso el pie izquierdo en el estribo derecho, quedándose montado con la cara á las ancas del caballo. Herminio cuando se volvió, y reparó en tal disparate, no podia contener la risa: haciale varias instancias para que se apease; pero no fué posible de ningún modo.

ALEGORIA QUINTA

La serenidad, acompañada de aspereza, no siempre conviene á la debilidad de nuestra humanidad: algunas veces es lícito divertirse y gozar de gustos honestos; y como la Naturaleza, así como entre los animales crió á las monas, entre los pájaros el buho, ó bien mochuelo, y la lechuza; también entre los pescados crió á los delfines, para que sirviesen de recreo á todos los demás de su especie; así parece que también ha criado ciertos hombres, que nacen para servir de instrumento de nuestra risa y diversión. ¡Oh, ý cuántos hay!

Herminio y Cacaseno.

Herm.—Bájate, que has montado al reves.

Cac.—Nunca podré yo estar mejor de lo que estoy. ¿No me has dicho tú, que el rey te ha enviado para que me conduzcas?

Herm.—Es verdad que lo he dicho.

Cac.—Pues mira; toma tú la brida del caballo, y condúceme, que de esta suerte obedecerás á tu amo; y yo de esta manera no veré los peligros que tengo de pasar.

Herm.—Buena compra hemos hecho: ya he llegado á ser lazarillo de caballo, en lugar de serlo de un ciego.

Pasó accidentalmente un paisano, que iba á la corte, llamóle Herminio y le mandó que llevase de las riendas el caballo de Cacaseno, y que fuese de aquel modo hasta la misma puerta de palacio, y allí le esperase, y fué con orden de que al entrar fuesen con él soldados para su resguardo, temiendo que los muchachos no apedreasen á Cacaseno, y á buen librar le tiraran de naranjazos. Apretó el caballo Herminio; llegó á palacio, y halló los reyes á un balcón. Mientras Herminio les daba noticias de las aventuras que le habían sucedido por el camino con Cacaseno, vieron venir á Marcolfa, al paisano que conducía el caballo de Cacaseno, y á él montado al revés: traía tal confusión de populacho tras sí, unos con silbidos y otros con gritos, que parecía día de Carnestolendas con máscaras ridículas. Cayó tanto en gracia á los reyes toda esta bulla, que no se puede ponderar. Llegaron á palacio, los hicieron subir, y Marcolfa entró delante, y después de hacer una grande reverencia, el rey le dijo:

Rey.—Marcolfa, seas bien venida, que después de tanto tiempo no juzgábamos vivieses.

Marc.—Yo para servir á V. M. vivo, y cuanto viva seré su esclava.

Rein.—Marcolfa, ¿no te acuerdas de mí?

Marc.—Señora, son tantas las obligaciones, gracias, mercedes, favores y dádivas que tengo recibidas de vuestra generosa mano, mientras estuve en esta corte con mi hijo Bertoldino, que tengo siempre delante de mis ojos las imágenes de los dos; y no lo digo por adulación, pues, aunque pobre montañesa, nunca la gasté, diciendo siempre la verdad desnuda. Y este modo de portarme y el ser agradecida, lo aprendí de un hombre como Bertoldo, agudo y sentencioso en sus proverbios. Muchos dijo, y

entre los muchos que le oí decir, me gustaron estas sentencias:

El pobre que es soberbio es veneno acerbo.
El pobre que se humilla es sincera avecilla.
El pobre que es tramposo es peor que el oso.
El pobre verdadero es como el cordero.

Rein.—Es cierto que son dignas de reflexión; pero dejando esto, ¿adónde está Cacaseno?

Marc.—Señora, conmigo venía; pero no le veo; ¡ay, pobre de mí! ¿dónde se habrá quedado? Pues juntos veníamos.

Oyendo esto alzó un criado una cortina, é hizo entrar á Cacaseno, que llevaba una puerta arrastrando; el rey y la reina comenzaron á reirse al ver tan buena entrada, sin saber el motivo de tal extravagancia; pero el mismo criado la descifró, y sin poder contener la risa, dijo:

Criad.—Sepan vuestras majestades, que al tiempo de subir la escalera de palacio, mientras Marcolfa entraba en la sala, este salvaje le dijo á un criado que tenía gana de hacer aguas; lo llevó á un lugar destinado para este fin, y así que entró, le dijo:—«Cuando vuelvas á salir, tráete la puerta hacia ti»; y el gran burro así lo ha hecho; la ha desgonzado y la lleva arrastrando tras sí.

Rey.—Dime, Cacaseno, ¿para qué traes arrastrando esa puerta?

Cac.—¿Y qué se te da á ti?

Rey.—Mucho se me da, que soy dueño de casa.

Cac.—Puesto que eres el dueño de casa, será tuya esta puerta, y tú me dirás lo que tengo de hacer.

Rey.—Sí, suéltala.

Cac.—Puerta, ya te suelto; que el dueño de la casa te da licencia; marcha, marcha, que ya pesas demasiado y no te puedo sostener; obedece, puerta, que si no te cascará el amo de casa.

Con semejante simpleza llegó Marcolfa muy enfadada, y se la quitó, mandándole que hiciese una cortesía al rey y á la reina, y postrándose de rodillas, besase las manos á entrambos; obedeció Cacaseno, pero fué poniéndose en cuatro pies, boca abajo; y, así puesto, empezó á decir:

Cac.—¡Oh, señores míos! Ya veis mi cortesía tan reverente, tirándome por el suelo, como mi abuela me lo ha mandado; ya no falta más que me metáis el dedo en la boca para besaros la mano.

Marc.—¿Qué haces, jumento, de esa suerte? ¿No quieres besar la mano?

Cac.—¿Pues no me has dicho que les haga la cortesía, y que de rodillas bese la mano á los dos? Ea, pues, ya estoy con las rodillas en el suelo; diles que vengan, se las besaré, que ya tengo ganas de merendar.

Los reyes celebraron mucho una sencillez tan grande, y le mandaron levantar, y llamando á un criado, que se llamaba Atilio, le ordenaron lo llevase á merendar.

Marc.—Serenísimos señores, habéis de considerar que Cacaseno no es nada menos ignorante que su padre Bertoldino: en fin, tal cual es el árbol, así ha salido el fruto, por lo que os ruego no extrañéis sus simplezas: yo le he conducido á la corte muy gustosa, para dar á conocer que soy obediente á los mandatos de mis soberanos.

Rey.—Está bien. Y Bertoldino, ¿vive todavía?

Marc.—Está vivo y sano, y después que llegó á ás crecida edad, empezó á tener razón y juicio, cosa que parece fabulosa; pero así es: después de

algún tiempo se casó y de este matrimonio ha nacido Cacaseno.

Rein.—¿Es cierto lo que me dices de Bertoldino?

Marc.—Verdad es lo que os he dicho; pues yo no diría una mentira á mi rey y señor, aunque me costara la vida. Y si no os causa enfado, quisiera contaros un caso de aquellos que refería Bertoldo.

Rey.—Refiérelo, que para mí será de especialísimo gusto.

Marc.—Había un príncipe, y éste tenía un criado muy querido: sucedió que un hidalgo, viendo la familiaridad que tenía con su amo, buscó modo de comunicarle una pretensión, y esperando por este medio alcanzarla, en premio le ofreció mil pesos si la lograba: el sonido de tan apetecible metal abrió las puertas de su avaricia, prometiéndole que haría todo lo posible para que se le despachase á su favor la pretensión que deseaba. No tardó mucho tiempo en hacer la súplica el familiar, quien luego recurrió al príncipe, y le pidió le concediese la gracia: y para lograrla más fácilmente, añadió una mentira, diciendo que el favor que suplicaba era para la persona de un hermano suyo. El príncipe respondió que se vería en ello, consultándolo con el ministro de su inspección, y que después de resuelto se le daría la respuesta. Como las mentiras no tienen alas, y el embustero necesita de una gran memoria, después de algunos días el príncipe se acordó que en cierta ocasión le había dicho su criado que no tenía hermano alguno, con que para aclarar la verdad quitóse de cuentos, y secretamente hizo llamar al hidalgo pretendiente: llegó á la audiencia, y el príncipe le dice: Tú me has de decir la verdad, y si no quedarás privado de mi gracia. Le respondió el hidalgo: Que sin dificultad daría noticia de lo que se le preguntase. Entonces le interrogó el prín-

cipe: Dime, ¿fulano es hermano tuyo? Respondió el hidalgo que no. Le volvió á replicar: pues, ¿por qué te ha prometido y facilitado la pretensión que deseas? El hidalgo respondió: Señor, le he prometido y asegurado darle de gracias mil pesos. Dijo nuevamente el príncipe: Pues dame á mí los mil pesos, que la gracia yo te la concedo; y te mando, que no hagas ningún recurso á tu amigo. El familiar ó criado, no hallándose sabedor de lo que había pasado con su amo y el hidalgo, un día viéndole de buen semblante, le hizo memoria de la gracia que le había suplicado para su hermano; y el príncipe entonces con grande agudeza, le dijo: Bien puedes buscar otro hermano, porque aquel que tú pensabas que era tuyo, lo es mío.

Rey.—Una respuesta fué muy pronta y una invención muy graciosa; pero volviendo á nuestro primer discurso, ¿por qué motivo has omitido darnos noticias de tu persona?

Marc.—Indiscreta es toda persona que no se contenta con lo preciso; bastante hemos disfrutado de la magnanimidad de vuestras reales personas con tantas dádivas como nos disteis al tiempo de nuestra partida: con lo que hemos sacado de sus valores, hemos comprado muchas tierras y posesiones, de suerte que, con todo lo que gozamos, podemos vivir mejor que otros de mayor esfera.

Rey.—¿Por qué no te has vestido de aquel paño fino y lienzo delgado que llevaste?

Marc.—Porque nuestra infeliz montaña requiere vestidos toscos, el pan mezclado con centeno, y beber continuamente agua.

Rey.—El que se contenta con su estado es feliz; pero me parece una gran simplicidad mantenerse de misturas y beber agua, pudiendo comer bien y beber mejor.

Marc.—No, señor, que es muy malo beber vino y ya que viene á propósito de aquellos á quienes les gusta el vino, si me prestáis atención, lo contaré brevemente.

Rey.—Estamos prontos.

Marc.—Un caballero alemán determinó salir de su patria para ir á ver la maravillosa ciudad de Roma, y reconocer el delicioso reino de Nápoles; púsose en camino con un criado de toda su mayor confianza, práctico en tales países; llegaron á Bolonia, y el caballero mandó al criado que se adelantase, y que en todas las ciudades, villas, lugares y aldeas que hallase por el camino real, parase en todas las tabernas y probase si había buen vino; y cuando lo hallase, para señal de que era bueno, escribiese sobre la puerta de la taberna una cláusula latina que dijese *est*, que quería decir aquí hay buen vino.

Fueron caminando por la Romanía, llegó el criado á un lugar de Toscana, situado entre Florencia y Siena, que se llama Pogibonce; se paró en una hostería que la llaman de las llaves, halló en ella de tres clases de vinos: moscatel, verdés y treviano; con tan buen hallazgo el criado puso el letrero tres veces *est, est, est;* llegó su amo, tendió su rancho y mandó que le sacaran de todos los tres vinos; bebió de ellos y cada uno le gustó á cual más; se detuvo allí tres días sin saciarse de beber, y llegó á tanta demasía, que le sobrevino una sofocación tan repentina, que en pocas horas le llevó la mala trampa. Al criado, que iba delante, haciendo el alojamiento del buen vino para su amo, le avisaron del suceso; volvióse atrás sumamente melancólico con tan funesta noticia; pasó á participarla á los parientes de su amo, y á todos sus amigos, los cua-

les preguntándole de qué habia muerto su amo, así les respondía:

EST, EST, EST.
Propter nimium EST,
Dominus meus mortus est

Con que aplicando el cuento, vuelvo á decir, que el vino es muy nocivo y engendra infinitos desórdenes y enfermedades; lo que no nos sucede á nosotros en la montaña, en donde nadie lo bebe ni aun le gusta, pues más apetecemos nuestras aguas cristalinas.

Rey.—Es cierto que ha sido muy graciosa la historia y muy adecuada; pero, por cuanto me hago cargo de que estarás muy cansada con el motivo del viaje, te mando y es mi gusto que vayas á descansar y después volverás con Cacaseno.

El rey llamó al mayordomo y le mandó que á Marcolfa la condujese al cuarto que se le había destinado; entró y vió á Cacaseno tendido en el suelo, gritando:

Cac.—¡Ay ay, ay!

Criad.—No le puedo hacer callar.

Marc.—¿Qué es lo que ha sucedido?

Criad.—Has de saber, que después que merendó me dijo que quería dormir: yo, juzgando que no fuese tan simple, le dije que se subiese sobre esa cama, y él se agarró con manos y pies de una de las columnas de ella, y cuando llegó al remate no se pudo sostener la columna, con que se rompió, y él dió en tierra con todo su cuerpo, como le ves.

Marc.—No te maravilles de esto, porque en nuestra montaña, como no se usan camas de esta moda,

se ha imaginado que el cielo de ella era en donde él se había de echar á dormir, y creedme, que éste ha sido el motivo. ¡Ay desdichada de mí! ¿Qué es lo que veo? El no habla. ¡Cacaseno! ¡Cacaseno!

Cac.—Déjame, no me despiertes, que estoy durmiendo.

Marcolfa lo levantó del suelo hecho un cesto de sueño, y le tendió sobre la cama, cerró las ventanas y lo dejó durmiendo. Mientras que estaba durmiendo, Marcolfa, cansada del viaje, y como había comido bien, se fué á descansar, pero cuando estaba en lo mejor de su sueño la despertó un gran golpazo que dió Cacaseno de la cama abajo.

Cac.—¡Ay de mí! ¡Ay infeliz de mí! ¿Dónde estoy?

Marc.—¿Qué ruido es éste? ¿Qué te ha sucedido?

Cac.—¿Qué ha de ser? Que me he caído de la cama y se me han saltado los ojos del casco.

Marc.—¿Habrá mujer más desventurada que yo? ¿Qué dirá Bertoldino y Dominga cuando sepan que estás ciego? ¿Adónde estás?

Cac.—¿Si estoy ciego, cómo quieres que te vea?

Marc.—Espera, abriré las ventanas.

Cac.—¡Alegría, alegría, abuelita, que ya me han vuelto los ojos!

Marc.—Salvaje, ¿cómo puede ser que estuvieses ciego? Sería el motivo el que las ventanas estaban cerradas; levántate de ahí: ¿te has hecho mal?

Cac.—Bastante, porque siento un gran dolor en las ancas; pero esto se puede dar por bien empleado por el hallazgo de mis ojos.

Estando Marcolfa y Cacaseno en estas ignorantes razones, el criado, á quien había enviado su amo para que supiese lo que sucedía, se estuvo escondido todo este tiempo detrás de una mampara, y después que vió todo lo dicho, sin poder contenerse

de risa, marchó con gran prisa á dar noticia al rey de todo lo que había oído, y lo de la pérdida de los ojos de Cacaseno. Fué extremada la risa, y más, que el criado lo contaba con sumo ingenio y propiedad: díjole la reina al criado, que llevase un recado á Marcolfa de que tenía precisión de hablarle; que era cosa sobre dependencia suya, que no permitía pérdida de tiempo, y que se viniese ella sola, dejando á Cacaseno en el cuarto; obedeció el mandato: dió el recado á Marcolfa, y ella dice á Cacaseno:

Marc.—Cacaseno, me precisa el ir á ver á la reina, y me ha enviado á decir que vaya sola; con que así, tú te quedarás aquí, hasta que yo haya cumplido con mi comisión.

Cac.—Yo también quiero ir allá, porque tengo miedo de quedarme aquí solo, y puede suceder que vuelva á perder los ojos otra vez.

Marcolfa cerró la puerta con gran prisa, á fin de que Cacaseno no se escapase tras de ella; empezó á gritar de tal modo, que parecía un becerro; y hasta que encontró unos juguetes con que divertirse, no hubo forma de callar; llegó Marcolfa delante de la reina, y dijo:

Marc.—Serenísima señora, aquí me tienes.

Rein.—Querida Marcolfa, yo me acuerdo que cuando estuviste la otra vez en la corte con Bertoldino, me descifraste ciertas dudas enigmáticas, acaecidas en un juego, en que yo me hallé con unas damas y caballeros; y como yo tengo mañana á la noche otra diversión semejante, quisiera que me enseñaras un juego bueno y de todo gusto, pero es preciso que yo le mande; y estoy muy bien persuadida, de que eres capaz para inventarle, y que sabrás algunos que sean de gusto y de diversión.

Marc.—¡Ay! señora, que las plantas silvestres

nunca crían fruto doméstico. Y yo, que vivo en una montaña, mal puedo inventar cosa digna, que corresponda á la persona de una reina como Vuestra Majestad.

Rein.—No importa, dime uno, que yo estoy contenta y satisfecha siendo tuyo.

Marc.—En todo debo obedecer y dar gusto á Vuestra Majestad; y, aunque lo que os diga sea cosa que en mí resulte común y muy ordinaria, saliendo de vuestra boca se apreciará y se celebrará infinito, y la experiencia nos lo enseña; pues aunque los grandes señores digan algún desatino, le abrazan los demás tan placenteros, como si saliera de la boca de un oráculo, y le interpretan por una sentencia muy docta; no obstante, deseo que me deis tiempo para daros el enigma.

Reina.—¿Una persona tan capaz como tú pide tiempo para pensarlo? Yo creo que me haces burla.

Marc.—¿Yo hacer burla de una persona tan sagrada? No se diga esto de mí. Soy muy agradecida, y como dije poco tiempo hace en la presencia del rey, siendo yo una pobre infeliz, tengo presente que con tus dádivas he llegado á gozar grandezas.

Rein.—Este es el fruto que produce el mundo, el que un pobre se ponga rico, y al contrario que otro, que de rico pase á pobre. ¿No sabes tú aquel proverbio, que dice:

Este mundo es escalera,
que uno acierta y otro yerra?

Marc.—Mi marido Bertoldo solía decir, figurando el mundo:

La carne en el garabato
huele el perro y maulla el gato.

Y para decirlo más claro, unos arriba y otros abajo; y á este propósito se me previene una moralidad de la zorra y el oso.

Rein.—Deseo que la refieras, y después volveremos á nuestro discurso.

Marc.—Accidentalmente, pasando un día la pícara y astuta de la zorra por un patio de cierto caballero, se subió sobre una cisterna, la que estaba con muy poca agua por una sequedad grande que se padecia: casualmente se puso la zorra á mirar á lo hondo de ella, y descubrió una gran cantidad de pesca que se mantenia con la poca humedad que habia quedado; llevada de su apetito de gula, pensó su astucia en bajar, y vió que habia una cadena con dos cubos, se abalanzó á uno de ellos, y con el peso de ella prontamente bajó á abajo y se hartó de pesca, como se suele decir, hasta la garganta; después que se vió saciada, se acordó cómo se habia bajado, y se persuadió que seria lo mismo para subir arriba; pero el juicio le salió muy al contrario, porque no pudo subir de ningún modo. Hallándose en esta aflicción, empezó á quejarse amargamente consigo misma. ¡Ay, infeliz de mí—decia,—y lo que he hecho! ¡Crei hacer una cosa buena, y me ha salido muy mala: desgraciada de mi! ¡Qué haré! ¿Quién me librará de este cautiverio? Si los dueños vienen, y por desgracia me hallan aquí, sin duda dirán que me he comido la pesca y me la harán echar á palos del cuerpo.

Mientras que la zorra hacia todos estos extremos, pasó por allí un oso, su pariente; la conoció en la voz, acercóse y se asomó á la cisterna, y viéndola allá abajo, le dijo: ¿Por que te quejas? ¿Te has caido, ó no puedes subir?

Querido, amado y pariente mío, ¿sabes por qué me quejo? Es por el caldo que está demasiado gor-

do; quiero decirte, que he venido aquí abajo, he comido tantos peces, que estoy llena hasta los ojos. Replicó el oso: ¿Y por eso te quejas? Añadió la zorra: No me quejo de lo que he comido; pero me pesa mucho de lo que dejo. Dijo el oso entonces: ¿Hay muchos? Y muy pronta dijo la zorra: Se pueden cargar más de diez acémilas. Oyendo el oso esto, dijo: Quiero yo también bajar, y darme una buena panzada y sacar mi barriga de mal año. Dime, ¿de qué modo has bajado tú? La zorra le enseñó, diciendo: Haz lo mismo que yo hice; agárrate á ese cubo y bajarás con ligereza; pero mira no sueltes las manos. Tan presto y liberal fué para agarrarse con el consejo de la zorra, que con la misma ligereza cayó abajo, sin considerar su fin. Al mismo tiempo se metió ella en el cubo que estaba abajo, y como el oso era más pesado con más violencia subió arriba, la cual viéndose arriba puesta en salvo, dijo al oso, su pariente: Adiós, amigo, hasta la vista, que discurro que no me verás ya más. Por esto se puede decir con certeza, que unos suben y otros bajan; conque aplicando el cuento, moralizándole, digo, que tal vez cuando una persona se halla en la mayor pobreza, asciende á las felicidades mayores, como sucedió á la zorra, que después de haber saciado su apetito quedó contenta y victoriosa, burlándose del mundo.

Rein.—Me has dado sumo gusto y contento con la fábula que has referido, y sólo tu agudeza pudiera traer las cosas tan prontas, y adecuadas al caso; pero dejando esto y volviendo á nuestro asunto antecedente, lo que quiero es, que me enseñes un juego de prendas, en que el que perdiese la pague, y para volverla á cobrar se le ha de dar la penitencia de descifrar alguna cosa dificultosa, ó un equívoco, y en suma otras muchas penitencias muy dis-

cretas que hay, y si no lo aciertan, suele haber un rato de fiesta de pasatiempo y de chanza.

Marc.—Pues quiero enseñarte uno, que yo espero será muy aplaudido de todos los concurrentes; y es juego que vió Bertoldo hacer á unos caballeros, cuyo título es:

La música instrumental.

Declaración del juego.

Los jugadores y jugadoras no han de ser más de doce, y cuando menos ocho; cada uno ha de tomar uno de los infrascritos instrumentos, y aquel que escogiese, le ha de imitar con la boca y con las manos, y después que haya imitado con su instrumento, tomará otro de los compañeros.

Juego y nombres de los instrumentos.

Primero	La Espineta.
Segundo	Archilaúd.
Tercero	Guitarra.
Cuarto	Violín.
Quinto	Bajón.
Sexto	Chirimía
Séptimo	Trompeta.
Octavo	Tambor.
Nono	Corneta.
Décimo	Flauta.
Undécimo	Viola.
Duodécimo	Trombón.

Aquel que hiciese el juego, dirá, por ejemplo: *dirindín* con *tu espineta*. El de la espineta responderá con su instrumento, y después tocará uno del de los otros, y dirá de esta suerte:

Dirindín con *mi espineta*, y *trapatá* con *tu tambor*; el que tuviese el tambor responderá:

I.	Dirindín	la mía ó tu espineta.
II.	Tronc, tronc	el mío ó tu archilaúd.
III.	Trinc, trinc	la mía ó tu guitarra.
IV.	Si, ri, si, si, ri, si	el mío ó tu violín.
V.	Virivi, virivi	el mío ó tu bajón.
VI.	Taratán, taratán	la mía ó tu chirimía
VII.	Tará, tará	la mía ó tu trompeta.
VIII.	Trapatá	el mío ó tu tambor.
IX.	Curici, curici	el mío ó tu corneta.
X.	Fis, fis, fis	el mío ó tu flauta.
XI.	Vion, vion	la mía ó tu viola.
XII.	Fu, fu, fu	el mío ó tu trombón.

Todo aquel que faltase pagará sus prendas.

Cuando le llamasen, sino responde presto con su instrumento, pierde: es á saber, si falta en cantar el verso, y si dice *tuyo* en lugar de decir *mío*; y cuando no se imita con las manos su instrumento ó el del compañero; advirtiendo, que si los instrumentos son de voz aguda, se imitará con su voz sutil, y los de las voces gruesas, se han de imitar á correspondencia; y el que faltase á esto, pagará una prenda; y por esto dice el proverbio, que todo cansa en este mundo, y que todo juego, tanto más gustoso es, cuanto tenga de más breve. Según cada

uno va poniendo su prenda, saldrá del juego; y cuando los jugadores tengan perdidas seis prendas éstas se las darán á los vencedores, y para hacérselas recobrar, después que haya salido del juego es preciso que otro le llame á su instrumento, y éste torna al juego y recupera su prenda; y aquél que ha errado, depone la prenda y sale del juego.

Rein.—Quedo muy enterada; pero si por acaso fuese yo uno de los vencedores, quisiera que me enseñaras una dificultad para mandar descifrar al dueño de la prenda.

Marc.—Está bien. ¿Cómo haria V, M. para partir veinte en cinco partes, y que cada partida quedase en número desigual, ó por mejor decir en nones?

Rein.—Yo también he estudiado un poco de aritmética; espera que haga el cómputo, á ver si me sale bien: 1, 3, 5, 7, sobran 4; no sale: 3, 3, 3, 3, sobran 8; peor: 3, 5, 7, 5, sobran 2; tampoco. Cuatro veces cinco, veinte, que son pares: no es posible partir en cinco partes; y que queden en nones.

Marc.—Véase con qué facilidad lo he de poner en claro, y partir cinco en cinco partes, y que queden en el número de nones: háse de partir la palabra en esta forma:

V E N T I.
1 2 3 4 5

NOTA.—Quédese en idioma italiano la palabra VENTI, por dejar el enigma perfecto.

Ya está desatada la dificultad, y discurro que es bastante enigmática.

Rein.—Es que es muy discreta; y me ha gustado y quedo enterada, persuadiéndome que saldré con aplauso de mi empresa, y que te daré las gracias: y ahora, pues no hay más que hacer, vete á ver á Cacaseno, porque el pobrecillo te estará esperando.

ALEGORIA SEXTA

La gula y la codicia reducen al hombre brutal; la razón grita, y lo reprueba la prudencia de otro; por lo que siempre es preciso echar fuera estos sujetos de las conversaciones de los hombres.

Simplezas de Cacaseno.

Con la mayor veneración y respeto que Marcolfa usaba, se despidió de la reina. Volviendo á Cacaseno, hizo lo que su abuela le había dicho cuando se fué á ver á la reina; esto es, que se entretuviese hasta que volviera; un criado, viendo que estaba solo, se escondió en un lugar oculto del cuarto, para observar todo lo que hacía, manteniéndose allí hasta que le vió hacer una de las suyas, y sin poder contenerse, fué corriendo á dar cuenta al rey, y como supo que estaba solo, mandó al criado que se lo trajese. Volvió y le sacó del cuarto con el pretexto de que le llevaba á beber, siendo engaño; pues se halló delante del rey, y mirándole la cara. que la traía toda engrudada, le preguntó á Atilio:

Rey.—¿Qué le ha sucedido al pobre Cacaseno, que trae la cara tan engrudada y puerca?

Criad.—Señor, habéis de saber, que un mozo de la repostería puso á la lumbre un perol de cola para pegar los cristales de los ramilletes, y pareciéndole cosa á propósito para comer, agarró el perol y se lo puso entre piernas, y comió alguna porción de cola, y después, se debe de haber estregado la cara.

Rey.—Dime, Cacaseno, ¿has comido de la cola?

Cac.—Sí; mi abuela me dijo cuando se fué que me entretuviese, y yo, como no hallé otra cosa, me he divertido con aquel perol de puches, y este cara de judío me ha traído delante de ti, en lugar de llevarme á beber.

El rey, oyendo razones tan inocentes, y mirando su cara de tan malísima figura, echóse á reir, y mandó al criado que le llevara á beber; pero como deseaba que la reina fuese sabedora de tal simplicidad, le hizo una seña para que le llevase á su cuarto, lo que obedeció puntualmente.

La Reina y Cacaseno.

Rein.—¿Cómo es así que vienes con esa cara?

Cac.—Es que he merendado, y se me habrá pegado alguna grasa, y quisiera sólo que me hicieras el gusto de mandar dar á éste veinticinco palos muy bien dados, porque el rey le ha mandado que me lleve á beber, y él no ha querido obedecer; y así manda tú que traigan de beber, porque me siento tan hinchado como una vejiga de puerco.

Rein.—A decir la verdad, te pareces á él en un todo, y tu cara no es de otra cosa.

Mandó que le refiriesen el suceso, y lo celebró infinito, y después ordenó que le llevaran á beber. Llegó Marcolfa á su cuarto, y no hallando á Cacaseno, se inquietó de tal modo, que iba á salir á buscarle sumamente enfadada: pero al mismo punto llegó Atilio con Cacaseno, y después que supo el suceso, empezó á exclamar, diciendo:

—¡Pobre de mí! ¡Este bruto tiene la culpa de que me vea tan avergonzada en esta corte!

Procuró lavarle; pero eran vanas todas sus diligencias, pues tan dura y tan tenaz estaba la cola, que no había fuerzas humanas para podérsela despegar de la cara y manos, y fué preciso poner agua á cocer para podérsela quitar.

Enfadada de sus bestialidades, y desesperanzada de su enmienda, determinó el ir á pedir licencia á los reyes para retirarse á su montaña. Los halló juntos, y con una reverencia humilde y profunda, así les dijo:

Marc.—Serenísimos y piadosos señores: Ya que es tanta mi fortuna en haberos hallado aquí juntos, acaeciéndome lo que muchas veces suele suceder al cazador que pone la red para un pájaro y coge dos á un tiempo mismo; con el mayor rendimiento vengo á suplicaros me concedáis licencia y libertad para volverme á casa; y así espero esta gracia de vuestra real clemencia.

Rey.—Conozco que es perjudicial á tus intereses y al gobierno de tu casa la ausencia de tu persona, y así te concedo la licencia y permiso, cuando fuese tu voluntad; pero te aseguro, que para nosotros sería de mayor gusto el que tú te quedases á nuestra vista.

Marc.—En todo asunto, oración, argumento, y

disfrutar favores de otros, siempre se gusta de la brevedad; además de esto, no parece bien que un súbdito se familiarice con su príncipe largo tiempo; porque tal vez, cuando menos se piense, no le hallará de gracia, y le sucederá lo que al ratón con el gato, que después de jugar con él largo tiempo, se cansa, y le deshace la cabeza para concluir su alegría. Mi marido solía decir, que la amistad de un príncipe es de la calidad del fuego; y así es menester precaverse, y no acercarse demasiado, ni tanto que uno se queme, ni alejarse tanto, que no se caliente, sino en un buen medio.

Rey.—Yo te confieso que tal vez con muchos suele suceder lo que dices; pero contigo, á quien conocemos tan prudente y tan formal en todas las cosas, no nos habíamos de privar de la prudencia, cometiendo tan mala correspondencia con una mujer de tu mérito y circunstancias; pero supuesto que estás en ánimo de marchar, por lo que á mí toca, yo te concedo la licencia, con condición de que sea con agrado de la reina.

Rein.—Yo te concedo licencia, pero con la obligación que has de venir con Cacaseno cada año una vez á verme; y si no me hiciera cargo del perjuicio que se puede seguir á tu casa estando ausente, sería mi mayor gusto de que te quedaras á vivir en la corte, pues contigo tendría una vida contenta y muy gustosa.

Marc.—Piadosísima reina: hablo con claridad, y con verdad me puedes creer. Si yo dejara los aires puros de mi montaña y me faltasen aquellas aguas sutiles, el comer de aquellas viandas tan gruesas, y me quedase en la corte con exquisito vino, viandas regaladas y otras cosas delicadas que allí no se acostumbran, en breve tiempo pienso que me moriría; ésta es mi primera dificultad: la segunda,

es cierto que habitando en la corte á título de mujer, que procedo en un todo con claridad y sin poder lisonjear, no habia de poder sufrir algunos preciados de cortesanos, siendo sólo interesados y aduladores, cuyas complexiones son como las de los avestruces.

Rein.—¿Los conoces tú á estos tales?

Marc.—Los conozco por unos versos que he leído hechos de mi marido, que notó en el tiempo que trató la corte, que por un raro modo los he visto, y los tengo impresos en la memoria.

Rey.—Pues quiero que los digas.

Rein.—Yo también, que discurro serán como suyos.

Marc.—Yo los diré; pero quisiera que se quedaran impresos para siempre en vuestra memoria.

EL VIRTUOSO CORTESANO

y el ambicioso

—

En vez de corte puso la voz *muerte*
un poeta, y no es mucha la ignorancia;
porque de corte á muerte, si se advierte,
es muy poca ó ninguna la distancia.
O ya la muerte pues, ó ya la corte,
regulando á su modo traje y porte,
concurre el virtuoso;
á éste, opuesto, le sigue un ambicioso.
De ceremonias viene prevenido,
con su hebilla y zapato presumido:

don Simón ser pretende el que llegare,
pero un tonto será el que así lo usare;
porque en su trato y en su vil porfía
no será don Simón, sí simonía.
Al virtuoso, si á medrar se aplica,
que es muy difícil se le significa;
su esperanza desde hoy pasa á mañana,
y por mucho que estudie, siempre afana
al ambicioso, en todo entrometido,
con falsa adulación, labio fingido,
si en la lisonja funda la alabanza,
siempre la corte da buena esperanza.
Corre pronto al halago, al fingimiento;
y es más aleve, cuando más atento,
pues con la risa falsa en sus razones,
corre bellaco á las sublevaciones.
Oye uno de estos á su dueño acaso,
que tiene hambre, ya está la mesa al paso:
si ya no tiene gana, lo mejora,
pues le dice muy presto: no, no es hora.
Si á otro día á aquel punto está presente;
y el valedor con gana no se siente,
le responde con mucha cortesía:
no es tiempo de comer, no es mediodía.
Si el patrón dice: hola, ya está listo,
ligereza mayor jamás se ha visto;
y bien que sea tarde ó bien temprano,
se presenta, el sombrero ya en la mano.
Si acaso escupe como esté delante,
va, y con el pie lo limpia en un instante;
pero basta. La hoja aquí doblemos,
y el discurso á otro asunto le mudemos,
que un útil pensamiento en esto se halla,
y es quitar de la oreja tal canalla.

Marc.—Estos son los versos que escribió Bertoldo, bien enterado de lo que es la corte; y dejar de hablarles claro á éstos, no fuera en mi mano; con lo que era preciso ser mal vista.

Rey.—No hay duda que merecen atención estos dichos, porque tienen mucha moralidad; pero volviendo á lo que íbamos, te digo que tu conversación nunca nos puede servir de tedio.

Rein.—Dime, ¿no me has ofrecido que volverás á vernos?

Marc.—Si la vida me lo permite, no tendré dificultad en cumplir con una obligación tan debida.

El Rey llamó al mayordomo y le mandó que trajese doscientos escudos para entregar á Marcolfa, disponiendo al mismo tiempo que por la mañana temprano hiciese aprontar una litera para conducirla á la montaña. El mayordomo se apartó para obedecer la orden que se le había dado; pero de tan mala gana, echando tantos entripados y juramentos, como el marinero en tempestad, haciendo muchos gestos, dando palmadas, y encogiéndose de hombros, iba diciendo:—¡Oh, qué sinceridad es la que tienen algunos señores en apoyar desatinos, proteger tontos y dar alas á bufones, como al presente se ve con este señor, que manda dar doscientos escudos á estos monos, irrisiones de la corte! Más presto premiarán á semejantes gentes que á un hombre erudito y aplicado, que se mata y se descalabra el entendimiento para dedicarse y perfeccionar con inmenso trabajo una obra; y después de tanto desvelo, la presenta con el fin de tener algún ascenso, y lo que saca de su afán es que ni aun le dan las gracias. ¡Mírese qué esperanzas pueden tener los eruditos y doctos después de tan malos ratos y trabajosos estudios!

Mientras que fueron á tomar el dinero, envió la

orden al literero para que á la mañana siguiente al romper el alba estuviese preparado para conducir los dos grandes personajes á su tierra. En este intermedio Marcolfa hizo á los reyes sus cumplidos de despedida en esta forma:

Marc.—Ahora conozco que vuestras majestades son nuestros amos y señores, y amigos ciertos.

Rey.—Tú dices que nos reconocemos por ciertos amigos. Pues dime, ¿que entiendes tú en esta palabra ciertos?

Marc.—Señor, es que también hay amigos inciertos.

Rey.—Pues declárame esa diferencia.

Marc.—Escucha, y atiéndelo en esta

OCTAVA

Tanto me sirve el bien que no aprovecha,
cuanto el mal que no daña. Hola, cuidado,
de amigos de promesa hay gran cosecha,
que el bolsillo te ofrecen con agrado:
mas si á la prueba vienes, la desecha,
que es cháchara y parola te ha mostrado;
sólo es amigo el que en grandeza alguna,
favorece al de mísera fortuna.

Rey.—¿Pues cómo se ha de gobernar el hombre para ganarse los amigos verdaderos?

Marc.—Las amistades verdaderas son las que están fundadas con las acciones de caridad y costumbres virtuosas; pero aquellas que tienen los cimientos del vicio duran muy poco, pues éstos se convierten de amigos en pérfidos enemigos; las amistades que uno llega á conocer que son perjudi-

ciales, se debe huir de ellas para no caer en el peligro, siguiendo después el principio, y así es práctica conocida que si un hombre dócil trata de continuo con otro que sea de malas costumbres se apropia y gana la ruín fama del compañero; vulgarmente se suele decir: dime con quien andas, te diré quién eres; y también dicen que las malas compañías desnucan al hombre, y por lo general semejantes amistades suelen ocasionar de tan grande amor, doblado, tenaz é intenso odio; de suerte, que, aunque pase mucho tiempo y se hagan amigos, nunca llega aquella amistad tan familiar como antes, pues el vicio del odio es de tan mala inclinación, que el vengativo en lo exterior parece que perdona; pero es muy al contrario, que nunca se olvida, y en su interior reserva el veneno, y así lo mejor es que ninguno se mezcle ni se ponga en lo que no le toca, pues nunca saldrá bien y se arriesga á muchas contingencias, y como yo no tengo tedio, ni odio con persona alguna, quiero decir á vuestras majestades una moraleja que viene adecuada á nuestro asunto.

Rey.—Refiérela, que la escucharemos con grande gusto y atención, mientras que viene el mayordomo con los doscientos escudos.

Marc.—Habéis de saber que en el año que las gallinas hilaban lana para tejer paño para hacer calzones á los gallos, refiere Esopo y otros diversos autores que hablaban entonces todos los animales, y por consiguiente tenían entre ellos sus amistades, quimeras y pleitos, trataban y contrataban en todo aquello que les era preciso para vivir.

En el mismo año se hallaban las zorras odiadas generalmente, por haber engañado á todo el mundo con sus astucias y maliciosos latronicios. Hallán-

dose sin amigos, y perseguidas con extremo, casualmente un dia una se encontró con un perro mastin, el cual así que la vió, se tiró á ella para matarla: ella con el sobresalto y sospechas de su corta vida, procuró ponerse en salvo, como en efecto lo consiguió; y fué su suerte, que hallando un agujero, se escondió dentro de èl; de modo que el perro no era posible pudiese entrar y lograr su intento; no obstante, viéndose asediada, y siempre con el mismo peligro si salia de alli, ideó una nueva astucia, y fué de esta manera: Empezó á hablar al perro con unas palabritas muy dulces, diciendo: Díme, hermoso, querido, amado perro mio, ¿por qué me quieres matar? Sabrás que yo venia deseosa de hallarte, y convenir contigo un pensamiento y arbitrio, que ha de redundar en tu favor; depón á un lado tu enojo, y te suplico que me escuches. Oyéndose alabar y tratar con tanta melosidad, y con el interés de que habia de tratar un negocio favorable á sus intereses respondió el perro que la escucharia muy gustoso; añadió la zorra: Ya sé, perro mio, que tienes noticias de todas mis picardías en que he delinquido hasta el día presente; pero te prometo (por vida de lo que yo soy) poner la enmienda; ya estoy arrepentida, de tal modo, que desde hoy en adelante viviré sin hacer mal á nadie, y así yo te vengo á buscar, porque estoy persuadida, que entre todas las bestias del mundo tú sólo tienes el nombre de fidelidad, por lo que espero que la uses, y seas piadoso conmigo; lo que yo no dudo; y ya que tengo la fortuna de decirte mi parecer, te digo que no te puedo expresar la grande lástima que me causa un estado tan infeliz como en el que estás destinado; tanto de día como de noche, te precisa estar de vigilante en la casa de tu amo para cumplir con tu obligación, y vivir con

la miseria del interés de aquello que te quieren dar, que no sirve para nadie, y esto te ha de servir de sustento; y después los ascensos son trabajar, y no descansar de día ni de noche; antes bien, muy al contrario, pues es preciso velar y más velar: pobrecito mío, te aseguro que se me parte el corazón de dolor y compasión que te tengo; y así te vuelvo á decir, estoy arrepentida de todas mis iniquidades, y sólo me falta para ser buena de aquí adelante una buena compañía, por lo que deseo tener amistad contigo, y de este modo, llevándome en tu compañía, te aliviaré en algún modo de tanta sujeción como tienes, y haré de centinela como tú en casa de tu amo; tú harás la guardia de día, y yo la haré de noche, y con esto empezaré á hacer mérito mientras tú te empeñes con el amo, insinuándole que me reciba para mayor seguridad de su casa, teniendo guardias confederadas y de buena correspondencia.

Entonces el buen perro, cuadrándole tan suaves proposiciones, sin considerar que la práctica y amistad de una bestia tan infame se le había de convertir en daño y perjuicio hasta su muerte, la dijo: Sal fuera de este agujero, que yo te daré la pezuña de bestia honrada, y la palabra de no ofenderte, y de hablar á mi amo para que te reciba en mi compañía como guardia de su casa y su ganado: salió fuera la zorra, bajo su palabra honrada; y ya que juntos estaban estos dos nuevos amigos, marcharon á casa del perro: el dueño, así que vió la zorra, tomó una estaca, y fué corriendo para matarla: la zorra, con grande mansedumbre, no quiso huir; antes bien se tendió panza arriba con grande humildad; el perro viendo acción semejante, se compadeció, y se puso en medio, para que el amo no la quitase la vida, insinuándole que la recibiese en su casa para mayor

gobierno y seguridad de ella: el amo accedió á las súplicas, y prometió al perro mantenerlos á los dos, consignándoles cuatro panes todos los días para cada uno, una artesa de agua, huesos y las demás regalías y emolumentos que se proporcionasen: quedó hecho el pacto: por dos ó tres días caminó con satisfacción el amo del perro y de la zorra, malicioso animal, que no estando acostumbrado á comer aquel pan negro, mezclado de centeno y salvado, que se usa hacer para los perros, pensó una industria, y fué, que hallándose un día en conversación con el perro, le empezó á decir: perro mío, fiel compañero, querido amigo de mi vida, ya que estamos solos, quisiera decirte cuatro palabritas, lasquete aseguro redundarán en favor nuestro; pero con el pacto, que me has de dar palabra y mano de no oponerte á mis arbitrios y proposiciones, tan ventajosas á nuestro mayor provecho. Respondió el perro: yo te doy palabra, como verdadero amigo, de escucharte, y de vivir unánimamente contigo, sin que yo revele á nadie el secreto; con que en este supuesto bien puedes libremente descubrir tu pecho sin la más mínima sospecha. Replicó la zorra: perro mío, tú ya puedes considerar nuestro miserable estado (no lo digo por el amo, pues no dudo que cumplirá con todo lo que me ha prometido), mira de la suerte que nos hemos puesto, después que nos dan á comer este pan de mezcla, pues estamos flacos como dos linternas, y negros como sartenes; y no es porque tú seas feo; antes bien eres galán y hermoso, pero la falta de carne te afea mucho. ¡Ah, pobrecito! ¡si tú te vieras, te habías de contar las costillas! Y así, quisiera que te aprovecharas ahora que es tiempo, y tomaras mi consejo: mira que yo sé muy bien, que tú eres práctico en esta villa, pues cuando sales fuera con el amo, tienes conoci-

das todas las casas de los vecinos; de suerte, que tú no ignoras las entradas y las salidas de todas ellas; y si acaso tuvieses poca práctica de algunas, las puedes recorrer un día, y hacerte cargo de todas, y de noche, mientras que el amo duerme, podemos ir hoy á una casa, y mañana á otra, á buscar un par de gallinas, que enseñándome tú el gallinero, te quedarás para guardarme las espaldas, y yo con gran destreza ejecutaré el tiro, y después nos iremos á un pajar que no falta en cada casa de estos lugares, y de este modo cada noche mudaremos del bisiesto, viviendo alegremente muchos días, sin que ninguno lo conozca; porque tú no eres persona sospechosa: de día irás tú á descubrir terreno, y por la noche iremos después á pegar fuego á la mina gallinesca. El perro la dió palabra, consintiendo á sus malditas astucias, dejándose hacer la mamola con las falsas proposiciones de la zorra: pusiéronlo en ejecución, y juntos de día y de noche se regalaron á costa de los vecinos del lugar; pues de cada uno lo pagaba su gallinero. Después de algunos días, estando en conversación las mujeres del lugar dijo una: amigas, ¿no sabéis que esta noche me han hurtado un par de gallinas? Respondió otra: Pues á mí me ha sucedido lo propio la noche antecedente; y así una después de otra, todas fueron refiriendo lo mismo; de lo que resultó que determinaron poner una trampa en uno de los gallineros, y estar á la vista, por ver si se podía descubrir al ladrón.

Mientras se determinaba esto entre ellas, el perro, que andaba rodando y espiando la caza, oyó los preparativos que disponían contra ellos; fué corriendo á dar aviso á la zorra, á la cual dijo: amiga, ya que nuestra fortuna ha querido, que nos hayamos puesto gordos, no volvamos más á hurtar

(sin duda el perro miraba primero por la vida, que por la golosina de su gula); pero la viciosa zorra, que no podia acostumbrarse al pan de perro, halló otra nueva astucia. Iba por la noche al gallinero de su amo, y se comía una gallina, perseverando en esta infamia, hasta unos seis días, y haciéndose sus cuentas de lo que podía resultar, dijo: ya no es tiempo de estarnos con las manos metidas en la faltriquera, porque si el amo hace revista de sus gallinas, á mí me ha de echar la culpa, de lo que resultará gravísimo riesgo á mi vida.

Después que se hizo sus cuentas, se fué al amo, y le dijo: Señor, es cierto que estoy muy satisfecha de los muchos favores y del buen trato que me habéis hecho, y yo, como estoy tan agradecida, vengo á descubriros una infamia, que se comete todas las noches en tu gallinero. Preguntó el amo: ¿Qué infamia es la que se comete? Respondió la zorra: El pícaro de vuestro perro, de quien tanta confianza hacéis, es el ladrón, y cada noche hurta una gallina; lo que hace con el hurto yo no lo sé. Replicó el amo: ¿Es verdad lo que me dices? Señor, es muy cierto, y si quieres desengañarte, vete al gallinero, y haz revista de las gallinas, y conocerás la falta; y para más seguridad y desengaño tuyo, esta noche te enseñaré el perro con el hurto en las manos.

El amo, airado contra el perro, quedó de acuerdo con la zorra de desengañarse viéndolo por sí mismo; se despidió la zorra del amo, y llamó al perro, y con gran secreto le dijo: Amigo, es tanto el amor que te profeso, que no puedo estar un instante sin verte, y así te digo: que esto de andar en los gallineros no es muy bueno, pues puede suceder que un día ú otro caigamos en la trampa, y lo pague nuestro pellejo; pero no obstante te aseguro, que me hallo con grandes ganas de que nos comamos un par

de gallinas... Preguntó el perro: ¿De las del amo? Sí de las mismas; yo las mataré, y tú las sacarás fuera de casa, y las esconderás en un barranco, que allí las comeremos después.

El perro hizo alguna repugnancia á tan depravada proposición, pero la zorra lo enredó de tal modo, que consintió, y quedaron determinados á hacerlo. En efecto, por la noche hizo ver al amo la verdad, pues vió pasar al perro con las gallinas en la boca; é indignándose de ver tal infamia, al día siguiente le halló durmiendo, y le mató. Cuando vió la zorra tal castigo, se hizo la cuenta de aquel refrán, que dice: Cuando la barba de tu vecino vieres pelar, etc., y así le pareció, que no tenía mucha cuenta el estar en semejante tierra, temblando no le sucediese á ella lo mismo que al perro. Todos estos juicios los fundaba bien, pero hallaba difícil el escaparse del lugar: no obstante halló un nuevo modo, y fué, que viniendo el amo á casa, la dijo: Ahora ya te he quitado el perro de tu compañía; siendo él el ladrón de las gallinas, discurro tendrás conocida la gran confianza que yo siempre he hecho de tu persona; mi deseo es que tú sirvas de perro. Con gran solapa replicó la zorra: Con mucho gusto obedeceré lo que me mandas; pero quiero que desuelles el perro, y adobes el pellejo, y después por parte de noche me lo pondrás alrededor del cuerpo, que de este modo creerán los ladrones que soy el perro, y tendrán miedo de mí; aunque yo no hago ánimo de ladrar, que será lo más acertado; pues dice el proverbio: perro ladrador, nunca es buen cazador; y de este modo daré color á esta invención, y quedarán engañados, creyendo que soy tu perro, y tu casa estará guardada y libre de todo insulto.

Al amo le pareció el partido más seguro: compuso el pellejo como se lo había propuesto la zorra, y

se le puso alrededor, fingiéndose perro; pero la infame, maldita y maliciosa bestia, cuando vió toda la casa en silencio, á media noche, se fué al gallinero, y se comió dos gallinas; y con el pellejo del perro encima de sus lomos se escapó disfrazada fuera del lugar á otra parte. Se levantó por la mañana el amo, y no hallando la zorra, y viendo la falta de las gallinas, descubrió la estratagema de tal dicho; por lo que dijo en alta voz: Me está muy bien empleado, y yo me lo merezco todo lo que me ha sucedido: esto acontece á todos aquellos que lidian con gentes viciosas. Pues éstas hacen perder á todos los que tratan; estoy cierto que el pobre perro ha muerto inocente, y su desgracia ha dimanado de la comunicación que ha tenido con la maliciosa zorra. Este es el fin de la fábula que prometí contar á vuestras majestades.

Rey.—No hay duda, que la fábula no sólo es gustosa, sino de grandísima utilidad para todos aquellos que se unen con malas compañías.

Rein.—La fábula es muy graciosa, y puede servir de mucho gobierno, particularmente á la gente joven, y sólo deseo saber una cosa, y es, ¿de qué procede que los príncipes tienen tantos amigos?

Marc.—A los grandes todos se muestran amigos, unos por el interés, otros por adulación y otros por miedo, y los más sencillos por obligación y respeto.

Llegó el mayordomo, y entregó á Marcolfa los doscientos escudos, y la Reina se quitó del dedo una sortija de esmeraldas, y se la dió, para que en su nombre la regalase á Dominga ó Menguina, que así la llamaban en su lugar. Después que recibió todo lo expresado la astuta Marcolfa, dijó á los reyes así:

—Serenísimos y piadosísimos señores: habéis de saber, que entre las muchas y lindas cosas que contaba mi marido, me parece adecuadísima á lo presente ésta que refería. Decía de Alejandro Magno, que un día regaló una grande porción de oro á un filósofo, y éste rehusó admitirlo (fué esta una acción sumamente alabada de todos; no lo fué de todos la de Alejandro, antes estas prodigalidades muchos se las desaprobaron, porque los bienes y las riquezas que Dios concede á los reyes, no se debe usar de ellas pródigamente, pues no han de servir más que que para las urgencias precisas, pagar lo que es de obligación á los vasallos, y lo que sobrare de esto practicar actos de caridad, que será lo más útil y grato á los ojos de Dios). El filósofo, pues, esquivándose para no admitir la dádiva, determinó injuriar á Alejandro, tomando á mejor partido el quedarse en su miseria, que recibir la oferta: no obstante esto, yo doy á vuestras majestades las más debidas gracias por los favores tan grandes, que os habéis servido hacerme, de lo que yo quedo siempre esclavizada y reconocida, y sólo ahora espero me deis vuestras últimas órdenes, deseando tengáis una larga vida colmada de las mayores felicidades, y que siempre logre vuestro reino de la mayor tranquilidad para sosiego de vuestros ánimos reales.

Los reyes se quedaron maravillados de la elocuencia de Marcolfa, porque en el concepto común no era mujer nacida entre montes, antes bien al contrario de mujer sagaz, que podía vender discreción á todos; si bien bastaba el haber sido mujer de Bertoldo, hombre tan celebrado en el mundo.

Por la mañana temprano marcharon en su litera: siguieron su viaje hasta su casa, y á la vuelta el literero dió noticia á sus majestades de la gran-

de alegría que mostraron Bertoldino y Dominga de verlos. Añadió más, que les hicieron grandes regocijos, juntándose todos aquellos montañeses inmediatos habitadores de su cortijo; pero mucha más alegría dice que tuvo Bertoldino, cuando oyó el sonido de los escudos, como también Dominga con el regalo de la esmeralda (que este punto que toca á recibir es una cosa tan buena, que aun á los tontos les agrada). Y con doblada alegría no se saciaba de hacer infinitos cariños á su estimado Caseno.

Como Marcolfa sabía leer y escribir, al tiempo que el literero iba á marchar, le entregó una carta para que se la diera al Rey. Llegó á palacio, presentó el pliego á su majestad, quien pasó inmediatamente al cuarto de la Reina, participándola que había recibido carta de Marcolfa; la abrieron con grande ansia y mayor gusto, y su contenido decía así:

Carta que escribió Marcolfa al Rey y á la Reina desde su montaña.

«Mis señores: Siendo tan debido el obedecer los »preceptos de vuestras majestades, me obliga á »participar mi arribo á esta su humilde choza; por »no omitirlo, mi obligación se vale de la ocasión »del retorno del literero á esa corte; añadiendo á »vuestras majestades, que hemos sido recibidos con »grandísimo aplauso de Bertoldino y Dominga, ha»biéndoseles aumentado mucho el alborozo con los »regalos con que nos habéis honrado, de lo que os

»damos todos juntos muy rendidas gracias. No es-
»cribo cosa particular de Cacaseno, porque el lite-
»rero sale hoy por la mañana muy temprano, y él
»todavía está en cama; y así, esta mía servirá de
»un pequeño reconocimiento, mientras yo y toda
»mi familia deseamos á vuestras majestades las
»mayores felicidades.»

FIN

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

PÁGS.

PARTE SEGUNDA

PARTE TERCERA

